

# El Taller

La crónica  
de la Tadeo

Del aula  
a la realidad.  
Historias al acecho:  
leer, gustar y publicar.

Editor Académico  
Óscar Durán

Editores Pares:  
Cristian Mora y Deisy Ávila

Selección y Prólogo  
Leila Guerrero

Lorena Beltrán  
Jorge Alejandro Llanos  
Alexandra Delprado  
Laura Asprilla  
Giselle Machado  
Lina Rodríguez  
Carolina Molano Moncada  
Julián Capera  
Sebastián Ospina  
Susana Mora Concha  
Maryann Estrada Fragozo  
Anyi Cárdenas Forero

Tras las rosas de Víctor Gaviria  
La soledad del fotógrafo  
Confieso que hemos pecado  
Mostráme cómo te peinás y te diré quién sos  
Entre balas y cuadernos  
La historia de Gina Potes  
Un trabajo agridulce  
El último sorbo del vinotinto  
De visita en la casa del diablo  
Bajo la piel de "El Patrón"  
Mística, la costurera Wayuu  
Relato de un exilio



**UTADEO**

UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO





# El Taller

La crónica  
de la Tadeo

Del aula  
a la realidad.  
Historias al acecho:  
leer, gustar y publicar.

Editor Académico  
Óscar Durán

Editores Pares  
Cristian Mora y Deisy Ávila

Selección y Prólogo  
Leila Guerriero

Lorena Beltrán  
Jorge Alejandro Llanos  
Alexandra Delprado  
Laura Asprilla  
Giselle Machado  
Lina Rodríguez  
Carolina Molano Moncada  
Julián Capera  
Sebastián Ospina  
Susana Mora Concha  
Maryann Estrada Fragozo  
Anyi Cárdenas Forero



**UTADEO**

UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
PROGRAMA DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO

Bogotá D. C. – 2017

El Taller. La crónica de la Tadeo : del aula a la realidad.

Historias del acecho: leer gustar y publicar / editor académico Óscar Durán ; editores pares Cristian Mora y Deisy Ávila ; selección y prólogo Leila Guerriero ; Lorena Beltrán ... [et al.]. – Bogotá : Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. Facultad de Ciencias Sociales. Programa de Comunicación Social-Periodismo, 2017.  
214 p. : il. ; 17 x 24 cm.

ISBN: 978-958-725-200-2

1. PERIODISMO – ARTE DE ESCRIBIR. 2. CRÓNICAS PERIODÍSTICAS. I. Durán, Óscar, ed. II. Mora, Cristian, ed. III. Ávila, Deisy, ed. IV. Beltrán, Lorena.

CDD070.44

©Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano  
Carrera 4 N° 22-61 – PBX: 242 7030 – [www.utadeo.edu.co](http://www.utadeo.edu.co)  
Ext. 1630 / 1636 [comunicacion.social@utadeo.edu.co](mailto:comunicacion.social@utadeo.edu.co)

**EL TALLER La crónica de la Tadeo**

ISBN: 978-958-725-200-2

**RECTORA**

**Cecilia María Vélez White**

**VICERRECTORA ACADÉMICA**

**Margarita María Peña Borrero**

**VICERRECTORA ADMINISTRATIVA**

**Nohemy Arias Otero**

**DECANA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**

**Sandra Borda Guzmán**

**DIRECTOR DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN SOCIAL Y CINEMATOGRAFÍA**

**José Augusto Ventín**

**DIRECTORA PROGRAMA COMUNICACIÓN SOCIAL Y PERIODISMO**

**Vera Schütz Smith**

**JEFE DE PUBLICACIONES**

**Daniel Mauricio Blanco Betancourt**

**COORDINACIÓN EDITORIAL**

**Juan Carlos Garcia Saenz**

**REVISIÓN DE TEXTOS**

**María Carolina Méndez Téllez**

**CONCEPTO GRÁFICO, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**

**Luis Carlos Celis Calderón**

**RETOQUE FOTOGRÁFICO**

**Luis Carlos Celis Calderón**

**REVISIÓN EDITORIAL**

**Mary Lidia Molina Bernal**

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de la Universidad.

IMPRESO EN COLOMBIA – PRINTED IN COLOMBIA



## Contenido

Presentación	9
Prólogo. Sólo rock and roll	12
Tras las rosas de Víctor Gaviria	17
La soledad del fotógrafo	35
Confieso que hemos pecado	53
Mostráme cómo te peinás y te diré quién sos	69
Entre balas y cuadernos	83
La historia de Gina Potes	93
Un trabajo agridulce	111
El último sorbo del vinotínto	127
De visita a la casa del diablo	143
Bajo la piel de "El Patrón"	161
Mística, la costurera wayuu	173
Relatos de un exilio	183



# Presentación

Cuenta el escritor Gabriel García Márquez que en sus primeros días el periodismo en Colombia “se aprendía en las salas de redacción, en los talleres de imprenta, en el cafetín de enfrente, en las parrandas de los viernes. Todo el periódico era una fábrica que formaba e informaba sin equívocos... Los periodistas éramos tan fanáticos del oficio que no hablábamos de nada distinto que del oficio mismo... Los que no aprendían en aquellas cátedras ambulatorias y apasionadas de veinticuatro horas diarias, o los que se aburrían de tanto hablar de los mismo, era porque querían o creían ser periodistas, pero en realidad no lo eran”.

8  
•  
9

En ese sentido, la cátedra de Redacción de Prensa II del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad Jorge Tadeo Lozano ha entregado a sus estudiantes las herramientas básicas de la redacción, como elemento inherente a la naturaleza del comunicador y como imperativo en su proceso de formación.

En esta asignatura se entiende que el periodismo es un oficio de reportería. Durante las dieciséis semanas de la clase, los estudiantes comprenden que la reportería sin narración, no son más que datos deshilvanados. Las herramientas estilística, narrativas y de redacción son las que le dan impacto, relevancia y profundidad a los hechos. Una buena escritura, con un lenguaje rico y preciso, es indispensable para representar la realidad con todos sus matices y expresar ideas complejas. Este curso invita a poner en práctica estrategias para la creación de textos de periodismo narrativo y a reflexionar sobre el oficio del periodista en su intento de contar la vida de forma precisa, pero también atractiva.

Como curso de la fundamentación específica, hace especial énfasis en el desarrollo de competencias en una buena redacción, eficiencia en la comunicación de ideas claras y concretas, capacidad de síntesis y análisis y, de manera general, en un uso adecuado y reflexivo del lenguaje escrito.

Para ello, ha hecho de la crónica el género periodístico por excelencia en su camino académico, entendiendo que esta es una información interpretativa de los hechos noticiosos, actuales o actualizados, donde se narra algo y al mismo tiempo se juzga lo narrado. Los textos publicados en las diferentes ediciones de *El Taller, la crónica de la Tadeo*, buscan mostrar una “pintura” de la realidad, con historias concretas y asumiendo en algunos casos la inmersión y la suplantación como estilos de narración.

Cada proceso de construcción y elaboración de estas crónicas, que en general tardan dos meses entre la investigación y la escritura del texto, estuvo acompañado de una anécdota parecida a la narrada por el escritor Eduardo Galeano: “Un niño distinguió un bloque de mármol en el taller de un escultor. Tiempo después, el niño vio la figura de un animal en el mesón donde antes estaba el trozo de mármol. Y entonces, con la mayor inocencia del mundo, le preguntó al escultor cómo hizo para adivinar que dentro de ese bloque de mármol había un animal. El niño, pese a su gran ingenuidad, descubrió lo que ya sabía ese genio de la escultura llamado Miguel Ángel: que el caballo está siempre dentro de la piedra. El secreto del artista consiste en eliminar con el cincel todo lo que sobra, hasta llegar a la imagen del caballo”. Todos los autores de las crónicas de este volumen supieron encontrar la historia precisa y los personajes certeros en cada uno de los relatos.

## **La revista en detalle**

*El Taller, la crónica de la Tadeo* nació por la necesidad de recoger y publicar los mejores textos entregados en el marco de esta asignatura. Su apuesta radica en sublevarse contra las normas de los actuales editores de medios de considerar a los mejores textos por sus características en el diseño (recursos gráficos, suplementos, viñetas) y su número de palabras, que por su calidad. Desde sus consejos de redacción, la revista cree que un texto que tardó tanto tiempo en la investigación, y que necesitó tanto tiempo para escribirse, nece-



sita ante todo tiempo para que el lector la deguste. Se aferra también a la idea de rechazar la desaparición del papel como medio de expresión y comunicación. Conoce las limitaciones en la extensión de sus historias, para luego poder ser publicadas por otros medios de comunicación, pero no reúsa su idea de considerar que las historias se deben juzgar por su calidad y no por su tamaño.

Como docente y editor de esta revista, espero que lo seleccionado aquí en el libro de la revista *El Taller* sea una buena excusa para no abandonar la idea de hacer y contar historias que valen la pena ser leídas desde el periodismo narrativo, nicho que la revista se ha sabido ganar con el paso de los años. Lo otro es una lección para los propios educandos, acostumbrados como están, a producir para el profesor o para una materia específica.

Para terminar esta presentación comparto la anécdota de un muchacho fastidioso que se acercó en varias ocasiones al escritor Julio Cortázar, con el ruego de que le enseñara a escribir. Para quitárselo de encima, Cortázar le sugirió que se encerrara durante un año en una habitación sin escribir una sola sílaba. Al año el muchacho se lo encuentra y le da un parte de victoria. Si duraste un año sin escribir –le dijo el escritor– tienes que dedicarte a otra cosa.

Óscar Durán Ibatá - Editor

## Sólo rock and roll

Existe en la Universidad Jorge Tadeo Lozano un curso llamado Cátedra de Redacción de Prensa II, dentro de la carrera de Comunicación Social y Periodismo. ¿Qué es una cátedra de redacción? Un lugar –podría pensarse– donde se enseña a escribir (si es que eso es posible). La cátedra es, efectivamente, un espacio donde se enseña a escribir. O, mejor, donde se reflexiona acerca de las herramientas de escritura, los recursos narrativos, la forma en que se puede llevar un texto desde una calidad básica a una instancia superior. Pero es una cátedra de escritura periodística, y la escritura periodística tiene particularidades: no puede consistir sólo en un floreo estético para demostrar las volteretas magistrales que es capaz de hacer un periodista construyendo frases con cuarenta subordinadas, ni para lucir las formas excelsas en las que un fulano puede pasar de la primera persona a la tercera y de ahí a la segunda sin estrellarse contra el piso. Para que un texto periodístico sea bueno –y cumpla su propósito– su autor debe tener un gran dominio del lenguaje y una paleta de recursos amplia, pero mucho antes debe tener los datos, la información y los testimonios sobre la historia que va a tratar. Sólo cuando un periodista tiene ante sí –y dentro de sí– todos los elementos de la realidad que le ayudan a contar una historia, la narración empieza a fluir. Pisar un terreno sólido construido en base a semanas de conversaciones, búsquedas y capacidad de observación es ineludible: la belleza de la prosa no suple la falta de datos, los baches de la cronología, el testimonio clave que jamás se consideró, la estadística que nunca se tuvo en cuenta o el viaje que no se hizo por pereza.

La Cátedra de Redacción Prensa II es un espacio donde, en efecto, se ejercita la escritura periodística con la conciencia de que el primer paso es el trabajo de investigación. Así, durante las dieciséis semanas que duran las clases, se propaga entre los alumnos la idea de que la narración sin reportería no existe, sin perder de vista su completa viceversa: que la reportería sin narración no es más que un recuento de hechos que terminarán por no importarle a nadie.

Uno de los requisitos de la cátedra es que los alumnos escriban una crónica. La tarea suele tomarles dos meses. No es poco tiempo: es, en cualquier caso, bastante más del que los periodistas suelen conseguir en sus redacciones. Algunas de esas crónicas y perfiles se publicaron en una revista de la universidad llamada *El taller, la crónica de la Tadeo*, que nació precisamente con la vocación de buscar más lectores para esos textos. Y los encontró, al punto que veinte crónicas escritas por estos estudiantes fueron publicadas por diferentes medios de comunicación –el diario *El Espectador*, la revista *SoHo*, los portales La Silla Vacía y Las 2 Orillas, entre otros–, y algunas de ellas obtuvieron premios, como la nominación a los Premios Roche de Periodismo en Salud, que recibió “Cuando todo cuelga del techo”, de Stephanny Galindo, en 2012, y el Premio de Periodismo ETECOM, que obtuvo en 2013 el texto “Tras las rosas de Víctor Gaviria”, de Lorena Beltrán.

En 2016 la revista cumple seis años y este libro, que reúne doce de las mejores crónicas publicadas allí, es la celebración de esa permanencia. Las crónicas reunidas son Relatos de un exilio, de Anyi Cárdenas Forero; La historia de Gina Potes, de Lina Rodríguez; El último sorbo del vinotinto, de Julián Capera; Bajo la piel de “El Patrón”, de Susana Mora Concha; Las rosas de Víctor Gaviria,

de Lorena Beltrán; Entre balas y cuadernos, de Giselle Machado V.; Confieso que hemos pecado, de Alexandra Delprado; Mostráme cómo te peinás y te diré quién sos, de Laura Asprilla; De visita en la Casa del Diablo, de Sebastián Ospina; La soledad del fotógrafo, de Jorge Alejandro Llanos; Mística, la costurera Wayüü, de Maryann Estrada Fragozo; y Un trabajo agridulce, de Carolina Molano Moncada. En ellas hay miradas más y menos cándidas, más y menos punzantes, pero siempre son miradas curiosas: las miradas de personas que dejaron la comodidad de sus casas, y en ocasiones de sus ciudades, para salir a ver y volver para contar. Los temas que abordan son diversos –el conflicto armado, las culturas wayuu y afrocolombianas), las mujeres desfiguradas con ácido, el fútbol–, y los abordan, también, de las maneras más diversas: las citas de Walter Benjamin trufan la historia de un fotógrafo muerto; la crónica de alguien que va en busca del Diablo termina siendo una historia sobre el abandono y la marginalidad. (“Llegué a la casa buscando al Diablo de las sectas, al de la tabla ouija, al responsable de la muerte de la vaca, mejor dicho, ¡al diablo que tanto me jodió de peladito!” –escribe el autor– “Pero lo único que encontré fue a un puñado de personas que pasan por momentos difíciles, que son apartados de la sociedad, que viven bajo sus propias leyes, y que por consecuencia, atraviesan el camino de la vida como el mismo Diablo lo dijo: ‘En la anarquía total, papi!’”). Hay primeras personas y narradores omniscientes, hay barroquismo y prescindencia, hay humor, hay miradas jóvenes sobre un país que, como todos en América Latina, arrastra problemas viejos: “¿Por qué dedicarse a sembrar caña y producir panela?” –se pregunta Carolina Molano, en Un trabajo agridulce. “Esto me lo responde Heriberto con una sonrisa: “No tengo nada más que hacer, aquí uno no encuentra nada más”.

Es significativo que una revista que publica textos de periodistas que salen al ruedo de una profesión a la que se le vaticinan finales inminentes y crisis luciferinas cada dos días, festeje sus seis años con la publicación de un libro: un objeto caduco, obsoleto, antiguo, analógico. No parece haber mejor manera de festejar un oficio, el de escribir crónicas, que va a contramano de los tiempos.

El cantante americano Bruce Springsteen escribió esto:

A los jóvenes músicos puedo decirles que abran sus oídos y sus corazones. Que no se tomen en serio y se tomen tan en serio como a la muerte. No se preocupen. Preocúpense hasta enloquecer. Tengan confianza de hierro pero duden –eso los va a mantener despiertos y alerta–. Crean que son los más malos del pueblo y que son unos idiotas. Eso te mantiene honesto. Sean capaces de mantener dos ideas completamente contradictorias vivas y bien dentro de sus corazones y sus mentes. Si no se vuelven locos, se van a hacer fuertes. Y manténganse duros, y tengan hambre, y sobrevivan. Y cuando salgan al escenario a hacer ruido, que sea como lo único que nos queda. Y después recuerden que es sólo rock and roll.

Las crónicas son sólo rock and roll. Pero no habría que olvidar que el rock and roll es la banda de sonido, y la razón de ser, de la vida de mucha gente.

Leila Guerriero



# Tras las rosas de Víctor Gaviria

Por Lorena Beltrán

16

•

17

Fotografía:  
Lorena Beltrán



“¿Para dónde van los niños de la calle, me pregunto, si no es dando esos, dando bailes y danzas como los papeles borrachos que enaltece el viento?”, fragmento del poema ‘En la Calle’ de Víctor Gaviria.  
Fotografía: archivo particular.



**E**n las míticas comunas de Medellín y sus barrios marginados transcurría una realidad para muchos inverosímil, antes de la trilogía de largometrajes del cineasta antioqueño Víctor Gaviria. Después de ver “La vendedora de rosas”, queda el interrogante sobre la veracidad de esas imágenes, como si se tratara de un mundo lejano, de un escenario inalcanzable y desconocido al que solo se llega inhalando pegante industrial. Esta película, que recibió más de catorce premios internacionales en la escena del cine, dejó a un grupo de jóvenes a la deriva. Si es difícil para un actor profesional abandonar un rodaje, aún peor lo sería para ellos, quienes ingresaron a ese proyecto siendo niños, y en él encontrarían un hogar, una familia, sin imaginar que tiempo después la fama los escupiría de nuevo a su realidad.

“En *La vendedora de rosas*, los actores naturales le aportan mucho a la película porque narran sus propias vivencias, es su manera particular de ver el mundo la que construye el guión, es una realidad que a todos nos toca. La doble moral hace creer que lo que produce la violencia es hacerla mediática, es decir *gonorrea*... yo hago películas que den elementos para que se entienda que la violencia no es un tema, es una realidad, realidad que todos construimos y por ende todos debemos afrontarla”, reseña Víctor Gaviria, sobre la verdad inexorable que hay detrás de su largometraje *La vendedora de rosas*.

## La Cachetona y su deseo de libertad

Al día siguiente de mi llegada a Medellín, bajé de la estación del metro a mi encuentro con Diana Murillo, *La Cachetona*, una de las actrices principales que hicieron parte del elenco de la película. Al llegar descubrí a una mujer ya madura, aún conservaba sus mejillas rellenas, tenía la piel hermosa y oscura como una noche sin luna, pero sin duda, marcada con azotes de indiferencia, de la lucha del día a día, iluminada por sus dientes blancos que esbozaban su sonrisa, la misma que brilló en la pantalla grande hace ya dieciséis años.

Mientras comíamos una bandeja paisa en un restaurante típico de la ciudad, me contaba que había pasado la noche en vela esperando a Luisa, su hija, cercana a cumplir catorce años y que ya le ha dado más de un dolor de cabeza, “pero cómo la voy a culpar si yo fui así de fregada”, dijo con esa risa de quien recuerda alguna picardía.

Escuchábamos cacarear a los reporteros en el vaticano sobre una paloma blanca que se posaba en la Capilla Sixtina representando –según ellos– la presencia del mismo espíritu santo. De repente la estridente sonoridad de la noticia de último minuto paralizó el lugar, ¡Habemus Papam!, Diana soltó una carcajada, y como una prueba fehaciente de que su vida no ha sido del todo fácil exclamó: “¡le dan tanta importancia a lo del papa!, ¿quién ha visto a Dios? porque hasta ahora yo no lo he visto”.

— Al papá de Luisa me lo mataron en el tercer piso de la casa, él no quiso prestar la moto para una vuelta de una gente del barrio y le dieron varios pepazos, como la policía no subía hasta la loma donde vivía me tocó bajarlo al hombro con mi cuñada para darle un entierro digno.

— *Lo mismo que le ocurrió a Lady Tabares con su pareja, ¿no?*

— Sí, y casi que por lo mismo, por no prestar una hijueputa moto. Yo a Lady le dije que tenía que superar eso, que la vida seguía, pero eso la marcó mucho a ella, incluso más que haber estado en la película. Igual es difícil olvidar cómo le disparan a la pareja, se lo botan a los pies y al día siguiente verlos pasar por el barrio como si nada hubiera sucedido. Así es acá, por eso me preocupa Luisa, porque ya hay unos paramilitares en el barrio y son amigos de ella, ella ya se va de la casa, ya consume marihuana y ¡tiene catorce años!



Diana Murillo, La Cachetona, revive momentos del rodaje en una de las locaciones de 'Barrio Triste', donde deambuló antes de conocer a Víctor Gaviria.

20  
•  
21



John Freddy Ríos recuerda desde su personaje, Chocolatina, su personalidad siempre conflictiva y libertina.



Mileyder Gil, quince años después de interpretar a Andrea en el largometraje 'La vendedora de rosas'.



*La Cachetona* conoció a Víctor en un hogar a las afueras de la ciudad en el cual estaba interna. “A él lo llevó Martica, la que hacía de Judy, allá empezó a hablar con nosotras y decía que quería hacer una película y a mí con tal que me sacaran de allá, le actuaba lo que quisiera y acepté”, reflexionó luego de recordar que su intención jamás fue ser actriz, sino ser libre. Diana aún vende rosas en la 70, calle comercial de Medellín, pero ahora lo hace sola por temor a caer nuevamente en los vicios. “La calle es muy amañadora, yo empecé a volarme por raticos y luego ya no volvía a la casa, consumía vicio, hasta que mi mamá me internó y allá conocí a todos los de la película”.

## **Barrio Triste**

Desde un puente que se eleva en el centro de Medellín, escuchaba sonar las campanas de una iglesia anunciando las tres de la tarde, reconocí de inmediato el lugar sin jamás haber estado allí, y es que sin lugar a duda esta ha sido una característica

del cine de Víctor Gaviria, mostrar la realidad por medio de la ficción, él expuso un universo que se creía inexistente, desnudó de manera sublime ante el mundo al Medellín de los años noventa –y al actual–, al Medellín que aún se desarrolla entre la violencia y la drogadicción. Su cine está inspirado en nuestra propia identidad social. Me encontraba en el lugar que había visto cientos de veces en la película, estaba en Barrio Triste.

Este, según Diana, era el barrio del Sagrado Corazón de Jesús, pero le quedaba mejor Barrio Triste a aquella selva de mecánicos y jíbaros donde la sangre y la grasa se juntan con facilidad. Al final de la calle hay un lugar llamado “La Manga”, allí los habitantes de la calle viven a sus anchas, sin ninguna represión de orden público. Estábamos en busca de John Freddy Ríos, quien interpretó a la edad de diecisiete años a “Choco” en *La vendedora de rosas*. Estaba tendido en un colchón en medio del prado, su aspecto era desaliñado y en su torso desnudo se apreciaban un sinfín de cicatrices que adquirió en las riñas y por andar *roche* y *pepo* –bajo el efecto de sustancias alucinógenas–. Me extendió su mano y me pidió que me sentara a su lado, ya que, además de ser un habitante de calle, está en condición de discapacidad: John Freddy no puede caminar hace algunos años, después de haber recibido dos disparos en su cabeza por un ajuste de cuentas. “A mí me dañaron pero yo le incendié el rancho a una gente en venganza y por eso no puedo volver por allá, ellos creen que estoy muerto” y después como pensando en voz alta añadió: “aunque aquí postrado sí estoy muerto en vida”.

— *¿Cuál es su mejor recuerdo de la película?*

— Cuando fuimos a Bogotá para el estreno, nos metimos al baño del avión con ‘el Zarco’ y por los nervios habíamos metido un poco e’ vainas y estábamos ya más volados. El ser actor me hizo pensar por un momento que iba a salir adelante.

— *¿Y la plata?*

— Una chiiimbaaaaaa –respondió con ese tono pausado al hablar que provoca el consumo de sacol (pegante industrial)– le compré la casita a la cucha y hasta ahí fue, la sensación de la fama también era buena pero eso se acaba.

De una vieja mochila que colgaba de su silla de ruedas, sacó un puñado de fotografías y me las enseñó mientras hablaba con dificultad –por el sacol y por

la ausencia de los incisivos en su dentadura– “esa fue la mejor época, es una experiencia que no tiene nadie más y yo sin merecerlo la tuve”.

Caminamos pocos metros y Diana se detuvo frente a una pequeña puerta en medio de los talleres de mecánica, “¿Quiere entrar?”, me dijo como si se tratara de una gran sorpresa. Cuando abrieron la puerta supe por qué estábamos allí, su aspecto no había cambiado, las escaleras estrechas y grises nos llevaban a un camino de recuerdos. “Aquí nada ha cambiado, esa era nuestra pieza”. Aquella pensión fue durante varios meses la locación donde se rodaron las escenas más relevantes de la película, donde se entendía la complicidad y amistad que existía entre las niñas de la calle. Al salir del lugar tomamos un taxi hasta la Universidad de Antioquia, allí nos esperaba Liliana Giraldo para compartir un poco de la investigación en la que participa sobre los niños en condición de habitante de calle.

Entramos a uno de los salones de la Universidad y Diana me presentó a conocidos suyos, entre ellos a Liliana, sin percatarme de que esa Liliana era la que buscábamos, estaba irreconocible. El consumo de bazuco y perico había deteriorado totalmente su dentadura y su aspecto físico.

“Mucho gusto, Liliana Giraldo” – dijo con el mismo desdén que la caracterizó en la película.

— ¿Cuál es la razón principal por la cual los niños se van de la casa? Preguntó el catedrático que lidera el proyecto de investigación. “La búsqueda de la adultez, uno quiere sentirse útil, independiente, pero no sabe cómo hacerlo. Cuando murió mi mamita (abuela), mi mamá la cogió contra mí y mi padrastro se robaba ese cariño que me tenía mi mamá, entonces me aburrí porque uno con la mamá tiene un hogar, pero la familia la tiene es en la calle”, replicó Liliana recordando su propia historia.

Nos sentamos a tomar un jugo. Ella lo guardó en el bolso, me dijo que lo vendería junto con sus rosas en la 70 esa misma noche.

— ¿La vendedora de rosas *fue su mejor experiencia?*

— Vea –hizo una pausa y luego un gesto irónico me hizo saber que mi pregunta era ridícula– yo quedé embarazada durante la película del que hacía de Anderson, el noviecito de Mónica, él se llamaba Elkin Vargas.





Liliana Giraldo antes de partir a la Plaza de las Flores, lugar donde compra las Rosas que vende en la 70 en Medellín.

— *¿Llamaba?, ¿Falleció?, ¿Por qué?*

— Sí, le dieron un montón de puñaladas, ¿por qué?... por buena gente será –explicó casi como un regaño y continuó–. El niño que yo tuve con él, me vi obligada a dejarlo con mi mamá y me fui de Medellín, cuando volví él ya tenía seis años, me lo llevé conmigo y él no respondía a nada, no jugaba, no hablaba... lo llevé al hospital y me dijeron que había sido abusado durante mucho tiempo. –Terminó casi como un susurro y con ríos en los ojos–.

— *¿Qué pasó con su hijo?*

— El hospital se lo dio al Bienestar Familiar y después de tenerme de aquí para allá me lo robaron, el niño desapareció –suspiró y dijo con cierta esperanza– hoy en día tiene dieciséis años y lo sigo buscando. Luego quedé nuevamente en embarazo y el mismo día del parto lo perdí, ¿si ve? mi Dios me tiene es pa' estar sola. Entonces, niña –nuevamente iracunda– ¿cómo pretende que la

película haya sido lo mejor de mi vida, cuando he tenido que sobrellevar tantas cosas? Entonces entendí su rabia y su rebeldía contra el mundo.

Cuando caía la noche, Diana me llevó a la Plaza Botero, caminábamos de prisa entre la multitud, me decía que había que tener ojos hasta en la nuca. Mientras nos dirigíamos a la estación de San Antonio veía niñas que difícilmente alcanzaban los doce años de edad, exhibiendo sus cuerpos semidesnudos como mercancía, en su mano izquierda un sube y baja (pegamento que se aspira en una bolsa plástica) y en la otra un gesto insinuante hacia los clientes potenciales del lugar. Alrededor no hay voyeristas –como los que hay en Bogotá al cruzar la Caracas con 22– nadie se inmuta ante su presencia, en Medellín ya se acostumbraron a ver una niñez prostituida y ensacolada.

## Conociendo a Víctor Gaviria

Gustavo Pinilla, escritor y amigo cercano de Víctor, me contó que en el lugar en el que me hospedaba en Medellín, El Poblado, –uno de los sectores más prestigiosos de la ciudad–, había crecido Víctor Gaviria en medio de una familia bien acomodada, y que cuando salía a jugar veía a otros niños en condiciones no tan similares a las suyas. Frente a su casa se podía observar un barrio marginado por la violencia y la pobreza, uno como Barrio Triste; entonces allí nació su interés y posteriormente su pasión por el neorealismo italiano. Esa noche recibí una llamada de Víctor, nos veríamos al día siguiente para visitar a Mileyder Gil, otra de sus actrices.

Y entonces por fin, estaba allí, divisé a unos pocos metros a Víctor. Mientras contestaba una llamada, se quitaba sus lentes y los guardaba en el bolsillo de su camisa a cuadros, justo ahí pude ver esa mirada que lo caracteriza, esa mirada que lo ha visto todo. Su rostro era igual al que se imprimía en las primeras páginas de los diarios de 1998, cuando su película *La vendedora de rosas* fue nominada a una Palma de Oro en Francia. El paso del tiempo solo se veía reflejado en su cabello ahora entrecano y aún ensortijado, que ya lucía cuando realizaba cortos en Súper-8 en los años ochenta; bajo su bigote espeso se dibujaba una amplia sonrisa que contestaba otra de las tantas llamadas que entraban cada dos minutos a su celular. Ya me lo había advertido Diana: “Don Víctor Gaviria era más ocupado que el alcalde de Medellín”.





Hace más de veinte años el cine tocó a Víctor Gaviria y desde entonces no ha parado de contar la realidad a través de la ficción.

Fotografía: revista Cromos.

26

•

27

Dominada por los nervios, me vi en la necesidad de esconderme tras una columna del lugar. Me temblaban las manos, en mi cabeza nuevamente enumeraba una lista de preguntas por hacer a quien contó la realidad de Medellín, a un fenómeno del cine, a un poeta, cronista y escritor, a quien llevó a Colombia al Festival Internacional de Cine de Cannes, y eso no me ayudó. Respiré de nuevo y aún temblorosa me dirigí hacia él; después de un amable saludo afirmó: “te dije que a esta hora porque Mileider se despierta muy tarde”, con esa dulzura y seguridad que solo puede tener un padre. Supe entonces que la relación con sus actores iba más allá de la duración de un rodaje.

Cuando ya iba por el segundo café de la mañana, Víctor me hablaba con entusiasmo sobre una de las escenas de la película en la que Mónica, la vendedora de rosas, besa a su pareja, Anderson. “Mientras rodábamos esa escena, Liliana –que era la novia de Anderson en la vida real– se atacó a llorar porque Lady Tabares le daba un beso al noviecito, es que eso de verdad es como poner a actuar pájaros<sup>1</sup>, es muy verraco” dijo asombrado entre risas explicando lo difícil que es poner en escena a un actor natural.

El cine neorrealista se caracteriza no solo por el desarrollo de su argumento en medio de secuencias al aire libre o por la influencia de la población marginada sino también por el uso de actores no profesionales. Según Víctor, esto hace que la película logre conseguir esa verosimilitud que necesita, hace que se vuelva más interesante –de allí su admiración por *Vittorio de Sica*, gran exponente del cine italiano de la posguerra–. Y aunque podría pensarse que este tipo de cine es un cine de bajo presupuesto, –por partir de la narrativa de lo cotidiano, por sus actores y locaciones– lo cierto es que para un largometraje como *La vendedora de rosas*, se necesitó cerca de un año de preproducción (en una película convencional solo se requieren dos meses como máximo) donde todo el elenco convivió en una casa en la que Víctor pretendía crear una hermandad de niños de la calle que se viera reflejada ante la cámara; este tipo de cine sólo proviene de una mente como la suya con corrientes estéticas e ideológicas muy opuestas al cine tradicional.

El trabajo de Víctor Gaviria, al igual que el de grandes de la literatura como García Márquez o Rulfo, hace énfasis en la descomposición social de América Latina, y más que hacer una denuncia, simplemente busca dar herramientas para comprender las problemáticas que aún afligen a la sociedad colombiana. Cuando se observa de cerca este lienzo que pintó Gaviria en *La vendedora*, resulta difícil entender cómo es que logró estructurar todo un largometraje con sus actores naturales.

¿Cómo se construyó el guión?, Víctor se queda en silencio por un instante y responde “ni yo mismo entiendo cómo.” Se toma un momento y luego de

---

1 Hace referencia al documental *Como poner a actuar pájaros*. Colombia 1999, 89 minutos. Dirección de Erwin Goggel, Sergio Navarro y Víctor Gaviria. Producida por Goggel.



Erwin Goggel,  
Giovanni Quiroz "El Zarco",  
Leidy Tabares "Mónica",  
Víctor Gaviria y su esposa  
en el Festival de cine de Cannes,  
Francia 1998.  
Fotografía: Eduardo "La Rata" Carvajal.

28

•

29

confesar que nunca ha sido muy apegado a las estructuras de guión que se utilizan en el cine, expone varios factores que fueron indispensables para la creación del largometraje *La vendedora de rosas*.

— "El primer universo que me encontré fue el de Mónica Rodríguez, cada diálogo que tenía con ella me mostraba pequeñas estructuras –dijo recordando su experiencia con Mónica antes de que fuera asesinada– el trabajo de campo, las entrevistas con los niños que serían los personajes, todo eso quedó grabado y las transcripciones fueron conservadas con ese lenguaje propio, ese *gonoreea* constante no está allí por cuestiones estéticas, esas expresiones representan parte del universo de los niños de la calle".

El largometraje también está basado en el cuento *La vendedora de cerillas* de Hans Christian

Andersen, donde se narra la historia de una niña en una fría noche de navidad y es este texto el que complementa los testimonios de las niñas de la calle. “Hay otra estructura que no es cinematográfica sino de la vida misma, y es la dramaturgia que hay en torno a la noche de navidad. Los niños siempre esperan con ansia la pólvora, la música, la noche del 24 y la mañana del 25 para mostrar los regalos a sus vecinos, para bien o para mal todos la esperamos. Entonces así fue más fácil hacer la película, reuniendo cada episodio que contaban los niños y orientándolo hacia ese concepto de la noche de navidad, era la única forma de controlar tantos universos de los niños”, dijo Gaviria concluyendo.

— ¿No fue un obstáculo trabajar con niños consumidores?

— “El cuento de Andersen y *La vendedora de rosas* terminan con la sonrisa imperceptible en el rostro de una niña, producto de una alucinación que tiene de reencontrarse con su abuelita. Cuando hacíamos las entrevistas les preguntábamos qué alucinaban, y siempre nos contaban cómo volvían a sus casas, a ver a su mamá, su abuela, sus hermanos, a un ambiente amoroso, aquí la droga tenía un aspecto positivo. Sin embargo nosotros no podíamos intervenir en sus vidas, había un respeto hacia ellos y hacia sus decisiones. En ocasiones fue un obstáculo, a veces el Zarco llegaba lleno de puñaladas que él mismo se hacía, por ejemplo, pero es un factor que tenía que respetarse”.

Los niños de la calle frecuentan ese paraíso perdido de su infancia mediante el sacol, buscan encontrar esa “umbilicalidad” perdida entre las calles del centro de *Medallo* donde se entregan al azar de la oscura noche, Víctor llama a la búsqueda de ese encuentro “el camino de los afectos”, una reivindicación moral que difícilmente alcanzan los niños sin alucinar. Este es solo uno de los conceptos que también estructuraron la película, nacen de una profunda investigación etnográfica por parte de Víctor y de los guionistas Carlos Henao y Diana Ospina, donde a través de esos diálogos, encuentran historias inimaginables, universos originales y simbólicos que dan vida a *La vendedora de rosas*.

Habían transcurrido ya dos horas y solo habíamos hablado acerca del rodaje de uno de sus largometrajes, de la construcción del mismo y de su experiencia como director; pero podrían escribirse sobre Víctor Gaviria innumerables

páginas sobre su legado como poeta, escritor y director, de todos sus premios y reconocimientos a nivel mundial, de su sensatez y su sensibilidad; es de esos pocos personajes sobre los que realmente se puede afirmar, *no necesita presentación alguna*, porque su trabajo a lo largo de estos años lo ha dicho todo.

Diana llegó a nuestro encuentro una hora después de lo previsto, nuevamente Luisa había salido a una de las fiestas que organizan los ‘paras’ en el barrio Blanquizal, cercano a la comuna 13. Subimos al carro de Víctor, tenía un libro de cine abierto de par en par, monedas y miles de papeles que según él prefiere tirar al carro y no a la calle, como todo buen paisa. Mientras conducía admiraba el paisaje, lo asombraban las pintorescas fincas de familias prestantes del lugar y en la vía reconoció un anuncio en el que se leía “Colina Amigó”, el internado en el que conoció a sus actrices, entre ellas a una pequeña traviesa de diez años, que ya a esa edad se robaba la ropa de los alambrados y caminaba hasta Sabaneta e Itagüí pidiendo plata para jugar maquinitas. Ella interpretó a Andrea, a quien muchos recuerdan por ser “la gaguita”, que hablaba con cierta gracia, que inspiraba ternura, la misma que guarda Víctor en sus ojos al hablar del rodaje.

## Entre arepas y memorias

Llegamos al municipio de Caldas hacia las once de la mañana, Mileider aún se encontraba en su cama, se incorporó y saludó a Víctor y a la cachetona como si hubiesen pasado años sin su presencia. Nos sentamos en la sala adornada por retratos de su juventud y su familia, todos alrededor de un cuadro del sagrado corazón. Nos presentó a Miguel Ángel, su hijo de tres años cuyo padre conoció mientras ejercía la prostitución años antes en Bogotá.

Su cuerpo, perfectamente curvilíneo y femenino, hacía difícil la tarea de asociarla con su personaje en *La Vendedora*, pero bastaba con escucharla hablar para identificar quién era, “yo pienso que Andrea fue un buen papel porque estimulaba mi personaje con la vida que llevaba en ese momento –dijo mientras asaba arepas para los invitados– pero eso no duró nada porque no conseguimos papeles importantes después de eso, algunas nos prostituimos durante un tiempo, pero hasta pa’ ser puta hay que ser organizada. Fue una experiencia muy bonita para todos, en mi vida no influyó tanto la película sino

el internado porque si yo no hubiera entrado allá, estaría tirada en el centro como muchas de mis amigas de esa época”.

Sentada en su cama –desde la que se apreciaba un viejo afiche del estreno de película– y luego de una carcajada por alguno de los recuerdos que la invadía, confesó melancólica: “para mí el mejor actor era el Zarco –permaneció en silencio y continuó– porque nadie pensaría lo tierno y amable que era con todos en el rodaje, era un hombre muy talentoso y al igual que Ramiro Meneses, tuvo la oportunidad que los demás no tuvimos, la de formarse como actor profesional. Le dieron una beca para estudiar en España, y ocho días antes de viajar lo acribillaron y lo tiraron al río Medellín, si uno se pone a pensar, los que han muerto han tenido un final muy similar al de la película”, concluyó diciendo que le aterra pensar en esas casualidades del destino.

Mientras regañaba a Miguel Ángel –que entre otras cosas recibió ese nombre, según ella, por querer un futuro diferente para él, uno diferente al de un Edison o un Byron– me contaba lo difícil que es tener una familia monoparental, y el de ella es solo uno de los cientos de casos que existen en Colombia. La crianza se torna difícil cuando se vive en un barrio donde cada sábado vienen a cobrar la vacuna, cinco mil pesos por casa, si no el panfleto que se entrega bajo las puertas explica las fatídicas consecuencias de no cumplirle a los paramilitares. Aún así conserva la esperanza de un futuro diferente para su hijo, uno donde no recurra al vicio para alcanzar sus más profundos e inocentes deseos, uno donde no juegue a existir y donde gane su dignidad sin esa salvaje rebeldía con la que los niños de la calle se enfrentan al mundo.

De regreso a Medellín, recorríamos la misma carretera pintoresca por la que alguna vez deambularon sin rumbo Mónica Rodríguez, Diana Murillo, Lady Tabares, Liliana Giraldo, Mileider Gil y Martica Correa. Con la extraña sensación de estar suspendida en ese tiempo, concluí que pretender ignorar la realidad que golpea con violencia la puerta, es mucho más sencillo que tratar de entender una imagen tan desgarradora como la de un niño con una botella de sacol bajo sus labios tiernos. Entendí entonces que es más fácil vivir con los ojos cerrados, y que Víctor Gaviria jamás vivirá de ese modo.







# La soledad del fotógrafo

Por Jorge Alejandro Llanos

34

•

35

Fotografía:

**Jorge Llanos**



La saturación del medio fotográfico y su progresivo declive nunca fueron excusa para don Luis, quien permaneció en el negocio hasta el día de su muerte. Fotografía: archivo particular.

*Crecer es morir un poco, morir es nacer de nuevo, librarse de la cáscara y dejar brotar el espíritu, un desdoblamiento frente a la carne y el hueso, los tendones añejos y el cabello canoso. Las manos se van achacando, las rodillas duelen, el corazón es débil.*

36

•

37

**E**l miércoles 17 de diciembre de 2014 una llamada a las once y pico de la noche turbó el silencio en la casa de Luis de Jesús Rojas Villamil. Su hija Nidya Alexandra, su esposo y sus hijos se encontraban celebrando el cumpleaños del nieto menor de Don Luis cuando una llamada los dejó quietos; una persona, que decía ser amiga del señor Rojas, les comunicaba que hacía poco la habían llamado para contarle que don Luis se encontraba en la Clínica de Occidente. No existían más datos ¿Le había pasado algo? ¿Estaba bien? Nadie lo sabía, lo único cierto era que se encontraba en aquella clínica y que era de vital importancia que los familiares se presentaran lo más pronto posible.

Aquella noche –recuerda Nidya Alexandra– lo encontró acostado en la camilla de una sala del hospital. Apenas parecía muerto, como si estuviera dormido. No llevaba en su cuerpo el peso de la muerte, ni siquiera el golpe de la parca, más bien un estado manso dominaba su carne, y Nidya Alexandra, viéndolo allí tan abandonado, no pudo contenerse y fue abrazada por una de las enfermeras que se encontraban allí. El diagnóstico fue claro: un infarto al corazón.

*El espíritu busca abrirse paso y el corazón detenido es la puerta de salida. Luis se fugó ya cansado de vivir, porque hasta la vida misma llega a cansar. Una vida turbulenta, envuelta en un sagrado corazón de Jesús.*

El 25 de junio de 1928, en un pequeño pueblo llamado Pachavita, un lugar que perfectamente podría ser el Macondo boyacense, nació Luis de Jesús Rojas Villamil. Él, el mayor de seis hermanos, comenzó sus días como campesino en una de aquellas miles de fincas que se riegan a lo largo del país. Él era como nuestro papá, me comenta doña Amparo, hermana menor de don Luis. Él fue el que nos sacó adelante, fue el último en irse de la finca después de que todos ya pudimos irnos del campo, comenta con voz apagada, la voz de una pequeña mujer que en su vejez se encoje y desaparece, como un uróboros vestido de lana.

Es que Luisito era el que llegaba a descargar las mulas con mi papá, y eso era terrible porque a veces llegaba borracho a pegarle a mi mamá y teníamos que quedarnos calladitos, pero Luis iba y descargaba las mulas y se quedaba trabajando, me dice David Rojas, uno de los hermanos de Don Luis. Para una familia criada en el campo, en pleno siglo xx, hijos de sobrevivientes de una guerra civil inacabada y participantes de una época que apenas comenzaba a madurar, el hijo mayor significaba el apoyo más grande. Es por esto que el rostro de don Luis puede ser identificado fácilmente en nuestro contexto colombiano, porque es el mismo de los muchos campesinos que se hicieron a sí mismos desde el barro, surgiendo del campo y migrando a la ciudad.

*Dejar que el cuerpo abone la tierra, que el polvo hecho carne regrese a su seno, y que las partículas de universo que conformaban su rostro vuelvan de nuevo al espacio del que alguna vez partieron. Todo muta y se transforma, se vuelve carne y a la vez tierra, océano y arena, contracción y reposo. Dejarme volar libre, permitirme fotografiar el arcoíris y las flores, los riachuelos opacos y la luz gris de los atardeceres. Arrastrarme dentro de la tierra entre raíces y tallos, ser yuca, papa, tubérculo, gusano. Sentir el frío del barro húmedo mojar me la piel y la lluvia cayendo en rocío de domingo.*



Inauguración del Aeropuerto Internacional El Dorado a finales de 1959 bajo el gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla, después de la restauración del Aeropuerto de Techo. Fotografía: archivo particular.

38

•

39

Don Luis llegó a Tunja un 12 de octubre de 1948, con 20 años en sus hombros, como él mismo me contaría unos meses antes de su muerte. Ya desde su juventud su piel era oscura, como la de los antiguos indígenas de la zona, con lunares en los brazos y el cabello peinado siempre. Cuando vi el proceso venía el acetato en vidrio, eso era un problema revelarlo pero bueno, ahí se hacía, ya después de año y medio fue que empezó a llegar el negativo, ya lo cargaba uno en chasis me dijo enfático en aquel entonces, con las manos firmes acordes a sus palabras, observando el suelo para tratar de acordarse. Los primeros





Entrenamiento de militares en el Cantón Norte alrededor de 1960. Dicha zona estaba prohibida para la mayoría de los civiles.

Fotografía: archivo particular.

fotógrafos eso era un misterio el verraco, eso se revelaba todo en cuarto oscuro, contó emocionado, como si volviera a verse en aquellos tiempos como asistente en un laboratorio de fotografía, uno de los primeros en la ciudad de Tunja.

En ese entonces duramos más de diez minutos tratando de recordar los componente químicos que se utilizaban en el revelado de las fotografías, minutos en los cuales don Luis no dejaba de repetir palabras, desafiando a su propia memoria de 86 años para exprimirle los datos que tiempo atrás dominó con maestría. Hidroquinona, bicarbonato, bromuro, sulfito, elon, se decía una y otra vez, y después de recordarlos comenzaba a contar la historia del revelado de la película, a oscuras, en aquellos mágicos cuartos de los fotógrafos de antaño, donde se hacían copias en papel fotográfico bajo una luz roja.

— ¿Cómo era el proceso cuando usted pintaba las fotografías con óleo? Le pregunté después de la lucha con su memoria por recordar los nombres de los químicos, interesado en aquel arte de retocar fotos al óleo para agregarles color cuando el Photoshop no existía.

— Ah, eso era una droga que se preparaba aparte, después de terminada la foto, revelada y todo se le daba un tono sepia, y luego se le ponía el color. La Kodak mandaba unos talonarios de colores, eso se disolvía en agua con pincel, y recuerdo que las libretitas venían de doce colores, entonces uno le daba el color que quisiera darle al vestido, la piel, y todo lo demás.

— ¿Y cuándo llegó a Bogotá?

— A finales del 57. Trabajé por ahí en la Foto Tito, como casi dos años, y ya después me casé buscando que hacer por la vida. Conseguí un local pequeñito en la calle quinta con décima y ahí empezamos con mi esposa, se tomaban bastante foticos por ahí, eso en diciembre se tomaba hasta las 100 fotos para carnet, y luego me enrolé con el ejército. En su época tuvo mucho apogeo la foto, no como ahora, ya ha cambiado con la nueva tecnología y ya el trabajo profesional se ha acabado, en esa época la fotografía profesional era en estudio, pero ya todo se ha acabado, todo se hace manualmente. Cuando me dijo esto pude notar los ojos que se perdían en el armario donde guardaba sus cámaras antiguas, olvidadas tras los avances de la tecnología que año tras año han traído nuevas posibilidades para tomar fotos y que relegan poco a poco, sin sentirlo, a los personajes como don Luis, figuras que se quedaron en el pasado.

Walter Benjamín escribió alguna vez en su *Pequeña historia de la fotografía*: “A pesar de toda la habilidad del fotógrafo y por muy calculada que esté la actitud de su modelo, el espectador se siente irresistiblemente forzado a buscar en la fotografía la chispita minúscula de azar, de aquí y ahora, con que la realidad ha chamuscado por así decirlo su carácter de imagen, a encontrar el lugar inaparente en el cual, en una determinada manera de ser de ese minuto que pasó hace ya tiempo, anida hoy el futuro y tan elocuentemente que, mirando hacia atrás, podremos descubrirlo”.



Kit de pinturas al óleo que distribuía la Kodak para el retoque de fotografías análogas en la década de los 70.

Esa chispita fue la que descubrió don Luis desde 1948 cuando llegó a la ciudad de Tunja a trabajar como ayudante de fotografía, y es la que se puede encontrar en sus fotografías. Existe en ellas aquella flamita que brilla anidando recuerdos y dejando esparcidos en los globos oculares de los espectadores una sensación de beneplácito. Él siempre buscaba modernizarse, con la última plata que le llegó por la venta de la casa donde antes vivía compró varios equipos nuevos, impresoras de papel fotográfico a color y dos cámaras Canon de última generación, me cuenta Luis Fernando Rojas, su hijo mayor. A pesar de tener solo un ojo funcionando, perdió el izquierdo al tener un evento cardiovascular por una subida de presión, él seguía trabajando con lo que tenía.

## El primer daguerrotipo

*Ser calor y frío, sereno y neblina, polvo gris y aire azul. Salir de este cuerpo pecado mundano, flagelo de la carne, lascivia escondida, dejen este cuerpo triste, contenedor de tanto vigor, y transfórmense en vida pura, salvaje, agreste. ¿Acaso es pecado ser fiel a la naturaleza? El lado más salvaje del hombre primitivo, la fuerza y el placer del sexo, el letargo de la anestesia del licor, el orgullo y la pampa del macho alfa.*

Don Luis era un hombre que andaba siempre de traje, uno no lo veía nunca sin traje ni corbata, era un estilo propio, como si fuera abogado, cuenta Guillermo Bonilla, videógrafo y amigo de toda la vida. Nunca andaba con degenero ni con cabellos despeinados ni barba o bigote, y tampoco le gustó nunca manejar, era sencillo y se expresaba fuerte, como la gente del campo, pero era una persona leída. Llegaba puntual a todas las citas y nunca rechazaba un tinto o un aguardiente.

Construir la imagen de una persona como don Luis es detallar a aquel tipo de colombiano del siglo xx, al campesino de orígenes humildes que debió migrar del campo a causa de la pobreza, y que encontró en el arte de capturar imágenes una forma decente de ganarse la vida. Es él, como muchos, también una víctima de la realidad colombiana, de la convulsa actualidad que nos rodea. Trabajando como fotógrafo para bodas, bautizos, comuniones y demás eventos





Parte del material fotográfico, incluidas cámaras, negativos, fotografías y láminas en vidrio fue a parar a manos del nieto de Luis Rojas, quien los guarda con recelo.

42

•

43

logró sacar adelante a una familia de cinco hijos. Retratando mujeres, hombres, chicos, viejos y niños captó en su lente los rostros de miles de personas. Fue testigo de la venida al país del Papa Pio VI, la inauguración del aeropuerto El Dorado y el sonido de los cañones del ejército en el Cantón Norte.

“Nosotros siempre nos la pasábamos con hartoo trabajo, porque eso había mucho por hacer en esa época, tocaba tomar fotos para carnet, para la policía, hasta Luis fue un tiempo a ceder gente en el campo”, me cuenta Fabio Ríos mientras me observa hacia abajo, llegando sus palabras como gotas de agua desde la altura de su cuerpo de más de ciento ochenta centímetros hasta mis oídos. Él, compañero fotógrafo de don Luis y parte también de esa vieja guardia de fotógrafos que por estos días no poseen ya más trabajo que el de pequeños encargos de amigos y familiares, sigue vagando por los viejos sitios del Centro y de Chapinero, recordando las mejores épocas, esforzándose por vivir.

Cada primero de mayo, desde que don Luis se convirtió en fotógrafo, salía a marchar a la carrera séptima por el día del trabajador. Se levantaba temprano, se ponía su traje, la camiseta de la CTC, Confederación de Trabajadores de Colombia, debajo de la camisa de traje y la corbata, y salía a marchar por la principal arteria de Bogotá, con un grito vagabundo como el de Guillemito Buitrago, que terminaba siempre en la cantina con los amigos. “Eso hay mucha vagabundería y mucho vándalo ahora, y ya llega la policía y los gases y le toca irse a uno”, me contó una vez que me lo encontré después de un primero de mayo, nostálgico de las épocas en que fuese joven, temeroso ahora de ya estar muy viejo para salir a marchar como trabajador orgulloso.

*No es ser perfecto el objetivo de la existencia, errores componen y estructuran el camino, a veces más errores que aciertos, sin embargo el camino es una lucha, y se necesita ser fuerte. Fuiste salvaje abuelo, fruta prohibida que despedazó el jardín para ser hombre y bestia a la vez. Dualidad cósmica de los animales, un equilibrio del que peca y reza, empata.*

Pero a pesar de hacer parte de la CTC siempre se consideró conservador, y entre sus cosas quedaron un vinilo del himno conservador y pequeños manuales del partido. Más que por elección, se podría decir que fue por imposición, voluntariamente aceptada a través de los años e interiorizada ya a lo último de su vida. Siempre solía ver las noticias del medio día, nunca se las perdía, y el periódico *El Tiempo* era lo primero que revisaba al despertar en la mañana. Para las elecciones, sin importar propuestas o conflictos, su elección se inclinaba por el candidato conservador, fuese el que fuese, demostrando su apoyo incondicional al partido que lo vio vivir. Pero eso nunca le impidió ser fiel admirador del dictador Gustavo Rojas Pinilla, a quien se refería como “mi general”, y por el cual guardaba especial afecto cuando se sentaba a hablar de las épocas de su gobierno.

En el año de 1974, cuando don Luis ya llevaba diecisiete años trabajando como fotógrafo, se funda en Bogotá el Colegio Colombiano de Cronistas Gráficos Coldegráficos, lugar de encuentro de fotógrafos de distintas áreas del país, donde don Luis encontraría compañeros para debatir su profesión y verse a través de los demás. Vinculado a esta institución, hizo parte de con-

gresos y experiencias con los demás fotógrafos, nunca dejando atrás la virtud del aprendizaje, nunca apartando las ganas por seguir trabajando en lo que amaba, seguir siendo un profesional en todo el sentido de la palabra aunque sin un título universitario.

*Siempre de traje ilustre para irradiar grandeza, con corbata en el cuello y traje de lino sobre la espalda. Nada de cabellos ni degenero, todo fielmente recto y hecho de forma correcta. Todo ajustado a su punto de vista, conservador, hermético, godo, muy elitista. No me duele tu muerte, ya para ti era algo inevitable, me duele la forma en que te buscó, como apareció inhumana cual perro olfateando un hueso, pero no Luis, no eras ningún hueso.*

Gustavo Martínez, presidente actual de Coldegráficos, sería el que en el año 2013 le estrechara la mano a don Luis tras entregarle un diploma que testificaba su labor como fotógrafo a lo largo de los años. “Como testimonio a su labor fotográfica por más de 50 años la junta directiva de Coldegráficos confiere a Luis de Jesús Rojas Villamil Honoris Causa, como legado y ejemplo a las nuevas promociones de fotógrafos y camarógrafos, y a los que elaboran imágenes”. Este sería el único diploma que en vida don Luis recibiría por su labor, recordando su trabajo como una huella que debe ser estudiada, por sobrevivir a un siglo manchado de sangre y terror en un país que no perdona a las



44  
•  
45

A lo largo de su historia, Coldegráficos ha dado pocos títulos honoris causa por la trayectoria de los fotógrafos que hacen parte del gremio.

personas pobres y mucho menos a las visionarias, por retratar el país desde la más absurda de las cotidianidades y por encontrar en ella la belleza que se esconde en las cosas simples que menciona Mercedes Sosa, las que se lleva el viento, las que el papel fotográfico de hace más de cincuenta años no deja consumir por el innegable olvido.

## Una escena jamás captada

*El perro furibundo te encontró navegando, y en los ríos hechos avenidas te lanzó sin pudor. Perra muerte con su lastre compañero, abandonarlo a la deriva, de noche y con marea alta, despojado de la vista, de la respiración tibia, maldito engendro sin alma el que te mandó a ahogarte en concreto, a los ojos de la noche, sobre la depravada acera.*

— Alejandro, Alejandro, venga se toma un aguardiente, me dijo una vez que llegó con un cuartico de Néctar verde y un cuarto de queso doblecrema.

— Bueno don Luis, hágale. Le respondí animado por la propuesta, siempre atento a lo que pudiera enseñarme.

— El que trabaja no come paja ni bebe agua como un simple buey mijo, usted tiene que educarse, tiene que ser un hombre de bien. Decía ya pasado de copas, con el cariño de un abuelo, dejando hablar a la experiencia de la vida tras sus delgados y morados labios.

Al pasar el tiempo, después de la llegada del nuevo siglo, las cámaras fotográficas entraron en un boom inesperado por el avance de la tecnología. El rollo fotográfico fue reemplazado lentamente por la tarjeta de memoria y las cámaras se volvieron más accesibles a todos, permitiendo a cualquiera convertirse en fotógrafo. Fue tan drástico el cambio y en tan poco tiempo que en 2012 la empresa fotográfica Kodak se declaró en bancarrota, tras haber estado activa en el mercado por más de cien años. Don Luis luchó más que la Kodak, eso sí, porque a pesar de haber trabajado con ampliadoras y negativos, rollos y flashes, intentó, sin éxito, entrar al mercado de la era digital con la compra de dos impresoras digitales y dos camaritas Canon de última generación.

El resultado fue un intento truncado por mantenerse a flote. En su casa colocó su fotografía y fue muy poca la gente que llegó. Intentó hacer volantes y





46

•

47

Fue a finales de 1957 que Luis Rojas llegó a la capital bogotana junto a su esposa Ana Dilia de Rojas, ambos fotógrafos. Fotografía: archivo particular.

pancartas para repartirlas por el barrio y así crear algo de publicidad pero los efectos fueron mínimos. Cada vez que llegaba un cliente su lentitud, causa de la vejez no de la pérdida de habilidad, le impedía complacer las demandas actuales, y aunque salieran bien las fotos los clientes no volvían. Su terquedad en el trabajo y su carácter fuerte, que a veces podía parecer grosero, no le dejaba espacio ya para su labor. Sin un ojo, con dolor en las rodillas, con una operación de hernia y un corazón grandísimo a causa de una alta presión, don Luis seguía en pro de seguir trabajando y aprendiendo.

*Al menos partiste sin zozobra ni opulencia, con el mayor de los respetos, con tu gracia y tu firmeza. Hombre recio sin bastón, y sin ayuda de nadie, muriendo bajo la ley propia, la ley de uno, la de más nadie.*

Según me cuentan sus nietos que vivían con él, salía desde temprano a buscar trabajo en el Centro, en Chapinero, en los distintos lugares donde antes se movía libremente, y que ahora lo expulsaban y lo dejaban a un lado. El mundo no espera a nadie y es cruel con los que se muestran débiles, es por eso que don Luis nunca bajó la guardia, ni siquiera bastón usaba. Afligido por la pérdida de su esposa en el año 2009, y dos de sus hijos, intentó seguir llevando su vida con la devoción al trabajo, entrega casi mística a la profesión. Porque si bien el dinero nunca le sobró, el acto de salir día a día a “lagartear” como don Luis lo definía, constituía para él un modo de vida, no un sistema de financiamiento.

Modo de vida que también transcurría en una bohemia propia de los más malditos poetas, con vericuetos en burdeles y alcohol libre cuando pudiera. Uno de sus compañeros de juerga, que siempre le era fiel en todas las borracheras, me contó que se metía al cuarto con dos muchachas. El hombre venía, se tomaba sus tragos, ya era viejo conocido de la administradora del sitio, en antiguos lugares oscuros y recónditos del centro de Bogotá, que son igual de anacrónicos a sus visitantes y que guardan en ellos el sabor añejo de lo que significa ser colombiano, en un país que se debate entre la moralidad, la religiosidad y el desfogue de las pasiones mundanas.

Pero ni aun así, con el peso del alcohol y la lujuria dejaba a un lado su profesión, porque si bien, como me contaba su esposa Ana Dilia de Rojas antes de

fallecer, llegaba borracho a altas horas de la noche, al otro día ya se encontraba de traje y repuesto, saliendo a las 5 o 6 de la mañana a abrir la fotografía. A donde tocará ir él iba, a pie siempre porque no gustaba de los carros, con su cámara al cuello, pilas, rollos y flashes. Con los codos bien pegados al cuerpo al momento de capturar imágenes, con el ojo listo para captar el momento y la situación adecuada. Agrupaba a la gente, componía la escena, cuadraba el diafragma y disparaba.

En Bogotá y a lo largo de Colombia, en la última década se han creado importantes escuelas de fotografía, pero en ninguna de ellas se hizo espacio para fotógrafos veteranos como don Luis. Conocimientos como la imagen en placa de vidrio, el uso de los químicos o la pintura al óleo de las fotografías se dejaron a un lado del componente académico. Mientras el Photoshop y el Illustrator triunfaban, el trabajo manual y la experiencia caían en el olvido. Aunque se siga enseñando fotografía análoga en las escuelas de fotografía, nunca se verá en ellas personajes que trabajaron estos elementos de primera mano en las épocas en que estos eran los únicos medios, como el caso de don Luis. Pero aun así incluso se ven estos seres repartidos en iglesias, fiestas y grados, con su cámara colgada al cuello y serviciales a todo momento, buscando captar un momento de la vida diaria por unos cuantos pesos.

*Con la carne calmada por el aguardiente, por el frío de la noche,  
por el roce de otros cuerpos alquilados por dinero que prestaron  
sus caricias en especie, por consuelo, así ibas anestesiado al final  
del recorrido, con la mirada seria, con el corazón sangrante.*

Los anales de la historia de la fotografía en Colombia siempre llevarán en sus capítulos nombres como Nereo López, Melitón Rodríguez, incluso Diego Cadavid, pero nunca han prestado importancia a los seres humanos que construyeron desde su propia realidad el concepto de fotografía. Walter Benjamín decía que “El analfabeto del futuro no será aquel que no conozca por cierto las letras, sino quien no conozca la fotografía”, y si no se abren las puertas para que la gente conozca el trabajo de los antiguos fotógrafos, ya al borde de la extinción, estaremos borrando una parte de nuestra historia, y quedaremos analfabetos a lo que esté próximo por venir.

Aquel miércoles 17 de diciembre don Luis había estado bebiendo en el centro de Bogotá. Los conocidos del bar lo enviaron a casa en un taxi y no supieron más de él. A eso de las diez de la noche los policías del CAI cercano a la carrera 13 con avenida 68 recibieron el aviso de que había un hombre tirado en el suelo, por una variante que lleva a una zona industrial. Allí encontraron a un hombre de la tercera edad, sin zapatos, boca abajo, que al darle la vuelta dejó brotar un suspiro, motivo por el cual lo dirigieron inmediatamente a una clínica, lugar donde ya llegaría muerto. Nidya Alexandra contiene la respiración y habla con rabia acerca de lo que posiblemente sucedió, que don Luis se le infartó al taxista en el carro, este entró en pánico y, previniendo riesgos, lo arrojó a una acera cercana y llamó a la policía. No existe una versión oficial de los hechos y la muerte fue declarada como causa natural. Cerca de un potrero, a los ojos de una ciudad que él mismo vio nacer en la modernidad y ayudó a su manera a construir, se encontraba aquel hombre tan dispuesto a trabajar, ahogado ya para siempre en la soledad de una sola imagen, una que solo se capta una vez, una que nunca volvería a ver.

*Ya pasó la vida, ya la muerte salió triunfante, ya no espero verte,  
solo quedó con tus palabras. Nos veremos allá bien lejos donde mi  
razón no alcanza, con las botas bien puestas, con la mirada alta.*







# Confieso que hemos pecado

Por Alexandra Delprado

52

•

53

Fotografía:  
Alexandra Delprado  
Ilustración:  
Diego Martín



**L**a fe mira hacia arriba, mientras el astro solar se alza con intensidad sobre el firmamento cristalino y uno, no uno, son dos, tres chulos los que planean sobre el cielo, vigilantes, hambrientos, se encuentran como disfrutando el particular olor que se respira en el ambiente.

Los receptores sensibles que perciben los olores, identifican un almizcle particular, casi indescriptible. Puede que sea hierro, a lo que huele la sangre, o aguas empozadas, a lo que huele el río Tunjuelo, tal vez sea descomposición, a lo que huele la muerte. Quizás el ambiente sea una mezcla de todos esos hedores.

Ahora la curiosidad mira hacia abajo y las aguas corrientes del Tunjuelito, un río que nace en el Páramo de Sumapaz, que recorre gran parte de Bogotá y se lleva consigo los residuos y sedimentos que producen y desechan los habitantes de la ciudad, los residentes de ese lugar.

De pronto hay un espectáculo bajo el puente que permite cruzar sin dificultad el río. El cauce que lo atraviesa cambia de color. Bajo el puente podría haber un objeto mágico. El agua grisácea se vuelve rosada, de un tono similar al del Lago Rosa de la península senegalesa. La explicación científica es que en Cabo Verde el color rosado es producto de la pigmentación de las algas, en Bogotá, el cambio de color es producto de la sangre, esa que destilan las alcantarillas ubicadas estratégicamente bajo el puente del matadero para que los líquidos que soltó la carne, tras la muerte de más de un centenar, se alejen hasta quedar en el olvido.

“Yo confieso ante Dios Todopoderoso, y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...”

## **No matarás: espejo y reflejo del matadero**

Las personas circulan sobre un suelo regado, sobre un suelo asperjado con sangre que brotó de las arterias de un bovino, ovino, porcino y ¿por qué no? De un canino o un equino. Todos conocen a Rómulo, sí, un hombre que se llama igual al de la leyenda que cuenta la fundación mitológica de Roma. Él entre chiste y chanza dice en repetidas ocasiones: “es que aquí matan vacas y personas. ¿Qué más le digo?...” En la guerra del Líbano, llevan a los palestinos al Matadero. Luego de interrogarlos, los ejecutan. La oscuridad nubla los pensamientos.

El Centro Comercial de Carnes de Guadalupe de Bogotá fue inaugurado el 1 de octubre de 1964. El frigorífico está dividido en dos por la Autopista Sur, localidad de Bosa. De un lado, está lo que siempre ha sido el matadero o lo que Farbielly Daza, una mujer de más de 40 años, llama “playa baja”.

La división fragmentaria es la siguiente: se construyó una sede en frente, “playa alta”. Esta sede fue diseñada y construida por la inmobiliaria ‘Espacios Urbanos’. El lugar tiene un área de 13.000 m<sup>2</sup> y cuenta con 102 locales divididos en cuatro módulos.

La “nueva” sede pretendía resolver los problemas técnicos y funcionales que presentan las viviendas del otro lado de la calle. La estructura simétrica, cúbica y contemporánea tiene un sistema tecnológico más avanzado por destinarse y enfocarse a la venta de productos derivados de la carne. Aunque, más bien pocos, recuerdan que la idea original era que quienes trabajaban en los negocios de “playa baja” se instalaran en la otra sede. Esto no funcionó porque no sucedió. Ahora, el matadero es espejo y reflejo porque está dividido en dos lugares que maneja dos precios, dos formas de comercio y aun así, sigue siendo un solo matadero.

Guadalupe no hace milagros como la virgen, pero se ha convertido en un lugar importante para Bogotá junto con el matadero San Martín. En promedio estos mataderos sacrifican alrededor de dos mil reses, que soportan el 74% de la demanda diaria de carne de Bogotá.



"La escena que se representa en el matadero era para vista, no para escrita",  
Esteban Echeverría.



"Cada habitante de Bogotá consume,  
en promedio, 3,8 kg de cerdo al año",  
Alejandro Guarín.

## No cometerás actos impuros: la carne caliente

La faena nocturna comienza mientras la muerte se avecina soñolienta en la madrugada. El reloj de mano marca la una en punto y el ganado proveniente de los Llanos y del Magdalena Medio está preparado para el sacrificio ritual. Los camiones ahora están vacíos. Las reses ya no están, ya no atestan el espacio. Pronto llenarán el estómago vacío de muchos bogotanos. Las reses esperan su muerte y entonces, –“Ilégole su hora, daga en mano, se la hundió en la garganta y el arma salió roja y humeante”– Echeverría en su cuento “El matadero”.

— Marleny, ¿aquí cómo matan a las reses?

— Algunos todavía lo hacen con puñal. Pero por eso de las leyes, también lo hacen con electricidad. Eso depende de dónde uno las mande a matar.

— ¡Ah! ¿Y dónde usted las manda a matar como las matan?

— No estoy segura. Yo pienso que con electricidad.

— ¿Por qué lo cree?

— Por el precio. A mí me cobran \$117.800 por cada res que mando a sacrificar.

Las reses comienzan a llegar a los almacenes de “playa baja”. Algunos locales no llegan a superar un área de 3x4 mts<sup>2</sup>, sin embargo, los despostadores se ponen manos a la obra. Cuelgan la res sobre un gancho y comienzan a quitarle sus partes como si fuesen cirujanos. Incluso su atuendo se le parece en lo aséptico. Unas botas blancas o amarillas de caucho y un overol blanquecino son sus uniformes. Los despostadores comienzan con el cuero, lo que parece ser un trabajo de precisión y delicadeza. Luego, siguen con el resto del cuerpo, la bola, la bota, la pacha (cadera y centro de cadera), el murillo de piernas, hasta que son solo pedazos de carne que pasa a los estantes para ser vendidos.

La carne necesita un proceso de maduración, de cambios bioquímicos y biofísicos, pero esto no sucede con frecuencia, me dice un representante de Fedegan. El 72% de la carne que se vende en Bogotá es lo que se conoce como carne caliente. Según el estudio “Carne de cuarta para consumidores de cuarta”, realizado por Alejandro Guarín, “tres cuartas partes de la carne que se consume en la ciudad se distribuye en caliente, es decir, que pasa directamente de las salas de sacrificio a los puntos de venta, y de allí al consumidor final, sin haber sido refrigerada o madurada”.





La cercanía entre el sacrificio y el mercado de consumo es inminente. Según Fedegán, en cada municipio de Colombia hay al menos un matadero. Se calcula que en el país hay unos 1.750 mataderos, cifra que supera el número de municipios totales. La ganadería representa para el país el 3,6% del PIB total y 2,7% del PIB agropecuario, que en gran medida corresponde a la producción bovina de carne.

Los almacenes de “playa baja” se reducen con el refrigerador o cuarto frío que deben tener para

“El hato ganadero colombiano está conformado en su mayoría por ejemplares de la especie ‘Bos Indicu’ (cebú) y en menor medida por la especie ‘Bos tauris’ (raza europea)”, Fedegán.

guardar pedazos de carne en días calurosos o para guardar la carne que no se vende. Incluso, por la precariedad del espacio algunos locales se han “especializado” en la venta exclusiva de ovinos, porcinos o bovinos, cuenta Claudia Ramírez, propietaria de uno de los almacenes. Ella también menciona que despostar una res no es lo mismo que despostar un cerdo, y por eso en su local solo se vende carne de vaca. En su negocio trabajan cuatro personas. Ella es la que se encarga de hacer las cuentas. Toda la mañana suma, resta y multiplica, pero nunca toca la carne.

Yo me encargo de las cuentas. Los hombres son los que despostan, los que manipulan la carne, los que cargan las bolsas hasta los camiones. ¿Si ve ese ese muchacho de allá?, me dice mientras señala.

— Ajá.

— Él hasta ahora está aprendiendo a despostar.

— ¿Cómo así? ¿Es que hay como una jerarquía?

— Sí, claro. Nadie nace aprendido. Esos muchachos comienzan moteando y si tienen talento resultan despostando.

— ¿Y cuánto se demoran en aprender?

— Por ahí seis meses, si son muy hábiles. ¿Si quiere le digo a alguien pa’ que le enseñe? (risas).

A media mañana llega una mujer canosa con caldo de papas. Todos detienen el trabajo y se sientan a comer en medio de la carne. Para ellos los pedazos de músculos ahora son un lugar común, no sienten repugnancia, ni asco, parecen cómodos, demasiado acostumbrados a su lugar de trabajo.

La gente entra y sale. El camino conduce hacia otro local y se ve cómo corre la gente para cruzar el semáforo. Se ven carretillas blancas, negras, verdes, llenas de carne, de huesos, de vísceras. Por aquí algunos vendedores ambulantes, por allí unas motos y ciclas con canastas llenas de carne, de pollo. Llegando al destino Claudia Medina dice que allí, que en el matadero, hay trabajo para todos. Entonces, un joven de no más de 18 años coge un pedazo de carne y comienza a motear: el machete que afiló rústicamente con una piedra ahora separa la carne pulpa de los huesos que serán vendidos más tarde. Llenan las carretillas del lugar con huesos, mota (cebo), patas y se las llevan del local.



Los primeros mataderos o rastros eran espacios a cielo abierto. Luego del descubrimiento de la refrigeración se comenzó a concebir el concepto. Los primeros mataderos en Suramérica estuvieron en Uruguay y Argentina.

60

•

61

— ¿A dónde llevan eso?

— A vender. Aquí no se pierde nada de la res. Hasta las pestañas las compran.

— ¿Y le ganan mucho?, le digo a Claudia.

Pues el kilo de mota lo vendemos a 550 y el de huesos, que es con lo que hacen las golosinas para los perros vale 250 pesos.

## Santificarás las fiestas: el sábado

*“..Y decile que regrese hasta mi vida, que me importa su pasado. Que sus fotos, sus recuerdos, su pasado me ha curado las heridas y sabrá que aún la amo. Juraría que va a misa los domingos, que a veces sueña conmigo, juraría que mi vida está atada a su destino, ¿pero dónde está escondida? ¿Qué*

*hago si me mata la melancolía?, ¿qué hago de esta angustia que ha sido tan mía?, ¿qué hago si algún día vuelvo a encontrarla?...”* –Me mata la melancolía, de Los Gigantes del Vallenato.

El sábado, después de las once de la mañana, cuando la mercancía se está acabando y los hombres comienzan a limpiar los locales, varias personas de los diferentes establecimientos se reúnen, ríen y comentan cosas sobre la dura semana que acaba de pasar. La algarabía del sábado se acompaña con unos tragos y ellos beben durante varias horas, hasta que comienzan a perder la conciencia entre la carne. Los trabajadores se embriagan en medio de los animales que para ese momento son solo piezas de carne.

Jorge, un despostador, comienza con la retahíla y todo se vuelve un recuerdo viscoso, un recuento de la semana. Todos los problemas comenzaron el lunes, como si ese día se hubiesen levantado con el pie izquierdo. Mientras trabajaban, llegaron representantes de la Alcaldía Local en una de sus “campañas”, que pretende hacer que los establecimientos de “playa baja” se ciñan a las normas porque los dueños de la mayoría de estos locales ejercen su actividad sin la documentación en regla.

Generalmente, cuando alguien abre un negocio, durante sus visitas, los representantes les advierten que deben sacar los certificados de Cámara y Comercio, de bomberos y de manejo de alimentos para legalizar su establecimiento. Parece ser poco, pero cuando solicitan estos documentos a las entidades pertinentes, se les niega por estar cerca de la cuenca del río. “Entonces vienen y nos sellan los locales, como pasó el lunes”, dice Rómulo.

Un funcionario de la Alcaldía Local de Bosa piensa que estos acontecimientos son una agonía para todos porque comprende la situación de las personas que trabajan allí. Pero también debe cumplir con su trabajo y, si es necesario sella negocios por tener condiciones insalubres para vender los productos cárnicos.

Muchas personas han invertido todos sus ahorros y otros dependen económicamente de estos lugares para solventar a sus familias. “Así que, unos decidimos romper los sellos y abrir. Otros como Claudia trabajaron a puerta cerrada con los clientes fijos”, comenta Farbielly Daza.

Aunque ellos fueron afortunados. Las batidas de la Alcaldía continuaron el siguiente día con lo que desaparecieron las moscas que sobrevuelan los



puestos informales que hay afuera de los negocios y las ratas que, a veces, aparecen a los pies para llevarse consigo algún pedazo de carne que esté en el suelo. En estos puestos, la carne, las vísceras están expuestas al humo, al polvo y al sol. La higiene parece sobrevalorada, innecesaria. Fedegán dice que el 70% de la carne se vende a través de canales informales. Durante esa semana, los dueños de los pequeños puestos colindantes a los locales estuvieron ausentes. En vacaciones adelantadas, bromea Marleny.

La resignación de la mala semana abrió sus alas hasta resguardar a los dueños de los locales. Un problema surgió de improvisto. La mayoría de los locales que son arrendados y la dueña de las

El diablo con la carne se mete en el cuerpo y la iglesia parece requerirlo.

casas es la misma mujer. Su perfil nunca se asomó mientras se veía el panorama, pero, según comenta Claudia Medina, la mujer es muy abusiva, casi usurpadora. Por el arriendo de cada local de 3x4 m<sup>2</sup> cobra \$1'600.000 fuera de servicios. Además la vigilancia cuesta \$10.000. También pide mensualmente \$50.000 por la caja, que es un cubo ubicado bajo el suelo de los negocios y que cumple la función de colador. Separa los residuos del agua sangre, para que solo los líquidos puedan llegar hasta el río. Claudia dice que ni el vigilante, ni la caja existen. "La semana fue difícil. Lo bueno es que ya se terminó. ¡Salud!", concluye Jorge.

## **No robarás: el hombre que huye**

Huir, alejarse hasta abandonarlo todo, lo poco que se ha construido, eso es lo que han tenido que hacer muchas personas. Si no hay alguien que maneje bien las cuentas, la gente puede endeudarse hasta tener que esconderse y salir de Bogotá para salvar el pellejo. Aquí en el frigorífico hay muchos casos. Una vez un hombre en menos de una semana debía como sesenta millones de pesos. Les debía a los ganaderos y a la arrendataria y no tenía con qué pagarles. Eso fue suficiente para que se escabullera, menciona Farbielly Daza.

## **No tomarás el nombre de Dios en vano: la cuaresma**

"Los abastecedores, por otra parte, buenos federales y buenos católicos, sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse a toda especie de mandamiento, solo traen en días cuaresmales al matadero, los novillos necesarios para el sustento de los niños y los enfermos dispensados por la abstinencia de la Bula, y no con el ánimo de que se harten algunos herejotes, dispuestos siempre a violar los mandamientos carníficos de la iglesia, y a contaminar la sociedad con el mal ejemplo". Echeverría en "El Matadero".

Colombia es un país eminentemente carnívoro por las condiciones físicas del terreno que siempre ha sido apto para la cría de ganado bovino, incluso, ha provocado guerras civiles. Sin embargo, todavía es un país fuertemente influenciado por la devoción religiosa que se ha transmitido de generación en generación, dice el representante de Fedegán.



Es por ello que la Federación, desde hace algunos años, viene promoviendo el lema: “no coma cuento, coma carne”. Y es que en el ámbito económico y cultural, la importancia de la actividad ganadera no tiene discusión porque es la primera generadora de empleo en Colombia dándole sustento a más del 7% de la población activa y consiguiendo dividendos de 67.424 millones de pesos si se habla solo de la carne bovina.

Se avecina la Semana Santa y las pérdidas comienzan a sumar ceros a la derecha. Las ventas se van a pique. Muchos deciden reducir el número de reses que compran porque nunca las venden y la mercancía se pierde. Se avecina la época de vacas flacas y hay que prepararse, eso es todo, dice Claudia Ramírez.

## **No cometerás actos impuros: la paradoja de los animales no humanos**

Sobre una calle de Guadalupe parece que hubiese caído una llovizna rojiza. El hálito es desolador y ahora los caminos no solo son lodosos sino que están anegados en agua-sangre estancada en huecos imposibles de esquivar porque las calles en que se comercia están atribuladas de personas.

El consumo de carne, la degradación de la tierra, la contaminación del aire y del agua son temas sensibles a la hora de hablar de espacios públicos como El Matadero. Existe, al menos, un centenar de documentos audiovisuales y escritos que hablan de la crueldad que soportan los bovinos, ovinos y porcinos antes de morir. Ellos implícitamente carecen de fuerza suficiente para soportar el peso brutal de los omnívoros. En este lugar, no vale el sistema jerárquico o de clases de los animales que menciona Paul McCartney en “Si los Mataderos tuvieran paredes de cristal, todos seríamos vegetarianos”. En este lugar no vale si son más inteligentes o si durante toda su vida están hacinados en sitios carentes de cuidados. La única verdad reveladora es que miles de ejemplares mueren a diario. Y tras sus muertes se forman sendos cuajos de sangre que desaparecerán con pañitos de agua y un poco de tiempo.

Muchos animales, desde su nacimiento, están destinados al Matadero. Y ¿Qué dijeron la vaca, el cerdo y el pollo al morir por nosotros? Nada. Lo confrontan. Solo se dejan arrastrar sobre la carreta de la inconsciencia. No hay sermón de las siete palabras, ni arrepentimiento; solo resignación. Y no está mal

adjudicarles estos adjetivos a los animales, ellos sienten, eso es lo que dicen muchos y el antropomorfismo lo permite. Los valores morales se han venido modificando en los últimos tres siglos. Ahora, es posible atribuir características humanas a animales no humanos y usar términos humanos para describir su conducta. Pero esta conducta, estos sentimientos y características no deben ser entendidos completamente desde el paradigma de lo humano. Es decir, si una vaca sufre, según el antropomorfismo, no es una palabra que se deba entender desde el concepto de sufrimiento de lo humano, sino desde una concepción sensible construida desde las personas y hacia los animales.

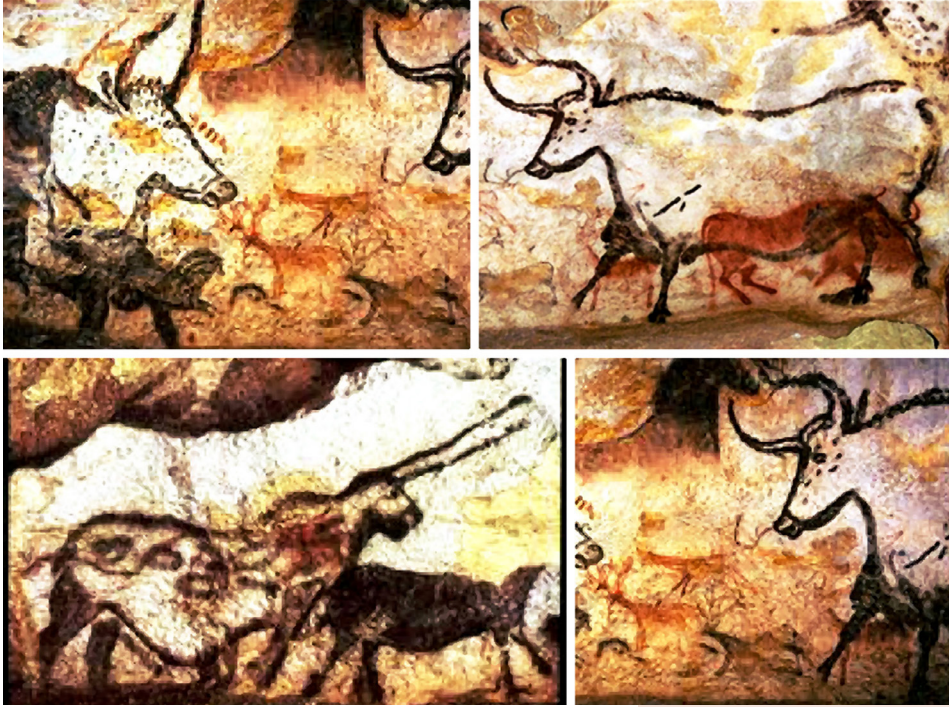
## **No consentirás pensamientos ni deseos impuros: la despedida**

El Matadero se ha vuelto un lugar familiar. La carne pegada de las paredes, la sangre salpicada alrededor, los cuchillos afilados, los mesones y ganchos con colgajos de carne, ahora no son tan indiferentes. Hay familiaridad. Somos animales de costumbres, adaptativos. El olor a cebo que sentía al principio ya no es tan mezquino. Los receptores de olor se han suspendido. Ahora están en *stand-by*.

Le agradezco por toda la ayuda Rómulo.

En ese instante una mano con tatuajes de sangre se extendía para ser estrechada. El pensamiento funcionó como una máquina bien aceiteada. Entonces, sin importar lo que pasara por mi cabeza, la educación y el agradecimiento pesaron más y mi mano, se acercó, en cámara lenta, hasta que los receptores de la piel me indicaron que alguien hacia cierta presión, que Rómulo me estaba dando el último apretón de manos.





Todas las vacas descienden del uro. Una criatura gigantesca que apareció por primera vez durante la prehistoria. El último ejemplar murió en Polonia en 1627.  
Fotografía: <http://caverna.ru/sovet.php>



# Mostrame cómo te peinás y te diré quién sos

Por Laura Asprilla

68

•

69

Fotografía:  
Laura Asprilla



Élda Cañate, peinadora tradicional de San Basilio de Palenque. Es dueña de la peluquería más conocida del pueblo y conocedora de los secretos que esconden los trenzados.

— ¿Ve ve vos, ese pelo es tuyo o es presta'ó?

— Es mío porque yo lo compré.

*Selva, longaniza, plátano, río Condoto, río Atrato, río San Juan,  
Quibdó, Tadó, Santo Ecce Homo, viche, chirimía: El Chocó.*

## Las trenzas: un tejido oral y físico de un andar por la vida

70

•

71

**E**n una tierra donde a las mujeres les gusta sentirse y verse como lo que son: como seres delicados y femeninos, el uso de extensiones de cabello es frecuente para intentar verse más bellas y estilizadas.

El chocono Alex Pichi, en una mofa rítmica, habla del uso de las extensiones, los cuidados y las cosas de las que se pueden perder por usarlas, en su canción “La chinininga”.

*A las chicas de hoy en día les gusta la perfección, lo primero que te dicen es regálame una extensión, pero solo pa' lucirla en muy poquita situación, te llevo a piscina no bañas, si cae aguacero te encerrás, te llevo al bunde no saltas, porque la gente ya te empieza es a gritar el pelo te huele rico, me lo lavo con Tampico, el pelo te creció mucho, la mano bendita de mi tío perucho, que come poco pero peina mucho, pero ese pelo no es natural... respétame y si querés tocá, tocá... el pelo te huele a coco, respetare so baboso.*

4:00 pm, todo listo, aguja, hilo negro, secador, plancha, peinetas y lo más importante: el pelo.

El cabello de Johanna no mide más de 5 centímetros. Se lo ha lavado el día anterior y ahora lo tiene envuelto en una pañoleta rosa de pepitas blancas. Entra en cuadro por la izquierda, Melissa, una amiga de la familia quien va a arreglarle el cabello a Johanna.

Una práctica muy común entre los afrocolombianos es que las mujeres con “buena mano”, expresión que se le atribuye a cierto don para tratar el cabello, peinen a domicilio a sus clientas. En Cartagena, por ejemplo, muchas mujeres peinan a sus parientes y allegados a cambio de dinero –cobrando menos que en un salón– aunque muchas mujeres sepan el arte de peinar, no todas tienen la facultad de hacer que el cabello crezca rápido, fuerte y negro.

Johanna tiene 33 años, vive con su madre, su hijo Pipe de 4 años, quien lleva el chulito de la marca Nike en la cabeza, y su marido Jimmy.

Melissa es muy cercana a la familia y desde hace tres años arregla las uñas y cabellos de todas las mujeres de esta casa. La pañoleta rosa de pepitas cae y deja al descubierto el pelo chuto y corto de Johanna; chuto se le llama al cabello muy crespo, con el que nacen la mayoría de las mujeres negras.

Peineta, vaselina, trenzas, la mujer que peina logra unir todo el cabello de Johanna en escasas nueve trenzas pegadas al cabello en dirección a la nuca. Ese estilo de trenzas es conocido en el mundo de los negros como Tropas: son trenzas tejidas con tres gajos de pelo, tienen un sentido histórico relacionado con la resistencia a la dominación. Las tropas funcionaban más o menos así: se sentaban las viejas con alguno de los jefes de los hombres, y hacían la tropa, se escapaban de cierta parte (la frente) y se encontraban en otro (la nuca) entonces a las muchachas las peinaban y los hombres miraban –porque siempre han tenido la mala maña de mirar– y ya sabían dónde encontrarse.

4:40 pm, las tropas están hechas. Melissa selecciona unos mechones de pelo y empieza a peinarlos para ponerlos en la cabeza de Johanna. Los mechones de pelo no son de la cabeza, son unas extensiones hechas de pelo natural que usan muchas mujeres para que su cabello se vea más largo. Hilo y aguja, delicadamente Melissa cose con hilo negro las extensiones de pelo a las tropas en la cabeza de Johanna.





72  
•  
73

Peinado con forma de armadillo, que no deja a la vista nada de su cuero cabelludo como símbolo de protección.

5:00 pm, Johanna es una mujer con el cabello que le da hasta la mitad de la espalda. A las 7 de la noche ella no deja de mirarse en el espejo, se ve hermosa, su hijo se lo dice y ella lo sabe, toma fotos con su celular y las publica en la red.

Es una mujer coqueta y le gusta sentirse atractiva. El cabello no determina la belleza de una mujer, dice, “la belleza de uno va por dentro, pero uno sí cambia demasiado con el tipo de peinado que tenga, yo no me atrevo a salir de mi casa sin mis extensiones, no porque me sienta fea, sino porque la gente se acostumbra a verme de pelo largo, un día no puedo salir calva, pues con mi pelito natural, y al otro, con una melena hasta la cintura”.

Ella dice que no todas las mujeres tienen que verse iguales, es una cuestión de gustos y diversidad. “Soy negra desde que nací y lo seré orgullosamente hasta el día que me pongan tierra encima, así que a mí nadie me venga a decir que eso del pelo alisa’o es pa’ negras que quieren parecerse a las blancas”, dice con una cerveza en una mano y manoteando con la otra. “Mientras las extensiones existan yo tendré pelo largo... que pelo presta’o ni que nada, ese pelo es mío porque la que saca la plata del bolsillo pa’ comprarlo soy yo”.

## **Lo auténtico, lo afronatural**

En el escenario se presenta el grupo de danzas “Palenke”, tambores, currulao, marimbas, pies descalzos. Nadia se baja del escenario. Esa fue la primera vez que la vi, en la Media Torta un 21 de mayo, establecido en la Ley 725 de 2001 como día nacional de la Afrocolombianidad.

De todo su parche, ella es la única negra que lleva su cabello natural, lo luce con la frescura y espontaneidad que la caracteriza. “Me siento orgullosa, me siento yo misma. Sabía que nunca me pondría extensiones, porque ahí yo ya no sería yo. Imagínate que se me caiga la extensión en una rumba, ¿cómo queda uno?”, dice.

Caminábamos por la carrera 7ª y por la misma acera, venía una mujer negra de cabello largo, la miramos en silencio, cuando ella pasa Nadia me dice en voz baja: “por ejemplo, aquí mi amiga tiene su extensión y fea no se ve”. El uso de la extensión y el alicer, es considerado por algunos como una práctica muy “blanca”; “es esconder el cabello natural por vergüenza, a algunas mujeres les parece feo el cabello apretado y buscan parecerse a las blancas, igual uno lo respeta”, decía mientras caminábamos y la gente que pasaba se quedaba mirando su pelo afro.



## Mi cuerpo, mi lienzo

El cuerpo puede ser un escenario porque brinda la posibilidad de hacer instalaciones y exposiciones. Las marcas en él expresan aspectos importantes de una cultura o un sentir individual. *Los sucedidos*, como se le llaman a los estilos de peinados, reflejan los diálogos entre la persona que peina y la que es peinada, son el tejido oral y físico de un andar por la vida. Por medio de las trenzas las mujeres expresaban lo que les había sucedido durante el día, cómo les había ido en la mina, por ejemplo. Si les tocó excavar y la mina era de agua, tejían las trenzas y pasaban el pelo por debajo. Y eso quería decir que habían estado buceando o metiéndose en el canalón. Sonia no trabaja mina, y si lo hiciera posiblemente a Andrea no le importaría llevar el itinerario de un día de trabajo de Sonia en su cabeza.

Andrea vive en el sector de Suba, y una vez cada dos meses va a Bosa a la peluquería de Sonia. Para los que no conocen, Suba es a Bosa, lo que el Cabo de la Vela es al Delfín rosado. Antes de llegar a la peluquería, Andrea recibe una llamada, alguien quería invitarla a algo, pero ella niega con la cabeza y dice: “hoy no puedo, tengo el cabello desbaratado”.

Cuando Andrea era niña su mamá la peinaba, de hecho nos peinaba a las dos –valga decir que soy afrodescendiente– siempre con unas moñas o cachitos. El cabello de ambas era chuto y alborotado, la única forma de tenerlo bien arreglado era amarrando con trenzas y cauchitos. La tarea era incómoda, el peinado diario



Imagen tomada de una de las revistas de peinados y estilos para llevar el cabello que se encuentra en la peluquería de Sonia. La revista funciona como catálogo. El peinado de la foto muestra uno de las tantas formas en que las mujeres afro llevan su cabello.

incluía jalones, mechoneadas y a veces una que otra lágrima, en esa época ella solo deseaba crecer para alisarse el pelo. Al cumplir quince años, Andrea decidió alisarse el cabello. En la cultura afrocolombiana es tradición que las niñas lleven su cabello natural hasta la adolescencia, en su niñez las madres cuidan demasiado de su cabello y solo ellas las peinan o pueden autorizar a otra mujer cercana a la familia para que lo haga, generalmente en las reuniones o festejos llaman a una peinadora para que le haga algún peinado especial a la infanta, eso sí manteniendo el cabello natural. No es un rito de iniciación a la adolescencia o algo que se practique obligatoriamente, pero al cumplir quince años la mayoría de las niñas tienen la autorización de sus padres para alisarse el cabello, es como el cambio de zapatilla, pasar de zapato plano a tacón, pasar de cabello natural a alisado y verse más grande. El alisado se realiza con productos químicos, cremas con componentes especiales que convierten el cabello chuto en uno liso como el de una muñeca; el alisado es permanente, después de aplicada la crema alisadora el cabello no volverá a ser igual.

Después de haberse alisado a los 15 años, Andrea pasó por un proceso de arrepentimiento, tener el cabello alisado significa tener más cuidado, hay que cepillarlo, alisarlo periódicamente y enrularlo (como doña Florinda) para que no se enrede por las noches y amanezca con volumen. Y ella no quería ser una mujer esclava de su cabello, le daba pereza peinarse y estar preocupada por la lluvia. “Me da pereza tener que pasarme un peine por la cabeza todos los días”, decía. Así que decidió cambiar de look y hacerse trenzas con cabello sintético.

Las trenzas tienen varias significaciones según su forma, Lina María Vargas hace un recuento de ellos en su libro *Poéticas del peinado afrocolombiano*. “Embutidos: Pequeños moños hechos sobre la cabeza, se realiza el moño o puchito y luego se inserta la punta dentro del mismo, por eso solo quedan pequeños bultos en la cabeza. El cabello aparte de ser usado como lienzo también cumplía una función de monedero, hubo mujeres que escondían en sus trenzas una pequeña parte del producido de la mina, para ahorrar y así pagar la libertad”.

Esperanza Biohó, directora y fundadora de la Fundación Cultural Colombia Negra, a lo largo de su vida ha llevado su cabello de todas las formas posibles, ella tiene otra teoría acerca del significado de las trenzas, dice que en la cabeza no se dibujaban las rutas de escape, porque sencillamente ellos no tenían



76  
•  
77

Mujer habitante de San Basilio de Palenque. Se hace un peinado para las fiestas del pueblo. Estuvo sentada sin moverse durante dos horas.

tiempo para peinarse y hacerse tantos moños. Eran esclavos, trabajaban todo el día, así que las mujeres andaban con su cabello afro y se cubrían con trapos o pañoletas. De ahí el uso de los turbantes, la tela amarrada alrededor de la cabeza tenía una razón espiritual y una religiosa: las mujeres de raza negra son o eran más sensibles a las energías y estas entraban por los poros de la cabeza, así que usaban turbantes para no permitir el ingreso de energías negativas en el cuerpo. Se usaban dentro de los cultos religiosos, quien lo llevaba gozaba de una categoría espiritual más elevada.

## La peluquería de Sonia

El lugar está lleno, de gente y de música, la champeta suena a todo volumen. Hay tres hombres negros con una camisa que lleva en la parte inferior trasera el nombre de la peluquería Jersey. Era una peluquería de negros, pero en la banca esperaban su turno dos mestizos. El fenómeno de las peluquerías afro en Bogotá no surgió de la idea de proponer nuevas estéticas, sino como respuesta a una demanda del negocio, por la llegada de afrocolombianos a la ciudad. En la carrera décima con calle 18 está Galaxcentro, un centro comercial que a principio de la década de 1990, comenzó a llenarse de peluquerías afro y se volvió el sitio de encuentro para ellos, para nosotros, para los afrocolombianos. Jersey, la peluquería donde Andrea va a peinarse no queda en el centro, sino en el sur de la ciudad, sin embargo, el ambiente que se respira es casi el mismo. Música del pacífico o de Cali, negros, risas, sabrosura, alcohol, parqueés, dados, máquinas para peluquería, *corrinche*, *arrechera* y *bochinche* (expresiones que se usan dentro de la cultura para referirse al desorden y la rumba). Hay aproximadamente 15 personas, el que la peluquería esté llena de gente no significa que el negocio venda, muchos de los que llegan, van de visita a charlar un rato, estos lugares se convierten en sitios de interacción social para los afrodescendientes que llegan a la capital provenientes del Valle, el Chocó y la Costa Atlántica. Sonia, la dueña del salón, dice que el trabajo allí es muy bueno, “nos va bien pa’ qué le digo que no, si sí, pero los fines de semana se toma más de lo que se trabaja”. Con un tono un poco burlesco contaba que allí llegan unas blanquitas con ganas de que las peinen como negras y a los siete días de haberse trenzado el cabello vuelven peleando porque se les desbaratan muy rápido, “el asunto es que el cabello de ellas es muy liso, ese tipo de peinados



Fotografía de la líder cultural Esperanza Biohó. Ella lleva sus turbantes a todas partes, en esa ocasión se celebraba el día de la Afrocolombianidad en la Media Torta, en Bogotá.  
Fotografía: Archivo particular.

78

•

79

se lucen y duran más tiempo con el cabello crespo”, dice Sonia con las manos en el cabello de Andrea.

Había que esperar el turno, en el trono le estaban poniendo extensiones a una mujer, las extensiones no tienen distinción de edad alguna, por su apariencia la mujer a la que peinaban cuando llegamos tenía entre 45 y 50 años. Pasa una hora, es el turno de Andrea, se quita el gorro, de inmediato Sonia le mete peineta. Sonia niega con la cabeza y le pregunta quién la había estado peinando, afirma que tiene el cabello comido. Andrea le responde que la última vez la peinó una tía; esa tía suya tiene una mano muy mala, le dice. Julianita llega con Zutano y Perano, Zutano se va, Mengano llega. Perano se emborracha, Zutano vuelve, Pepe se peluquea, el tiempo corre, María gana la partida de parqués, Julianita se va. Andrea está peinada. El diseño es sencillo, no significa nada relacionado con rutas de escape o resistencia esclavista, es sólo resultado de la creatividad de Sonia.



## Soy negro

Un plano medio de Javier Angola, muestra sus dreadlocks (rastas) que le llegan hasta el coxis. Las rastas las llevan mestizos y negros, es un peinado que usan las personas que siguen o tienen una afinidad con el rastafarismo. Javier es uno de los 10'562.519 afrocolombianos que habitan en Colombia y luchan por representar su raza donde quiera que vayan, es modelo de profesión, bailarín por vocación, y negro de nacimiento y corazón. Esto último lo menciono porque Javier empezó a reconocerse como negro cuando tenía 15 años. Cuando era niño, él sabía que era negro de por fuera, pero no lo sentía por dentro, y le daba pena porque en el colegio se reían de él. En su adolescencia empezó a leer libros sobre historias de líderes afrodescendientes y a documentarse sobre la llegada de la raza al continente americano. Ahí se sintió orgulloso de sus genes y con la frente en alto y el corazón contento dijo: "soy negro, orgullosamente negro". Le pregunté acerca de la denominación "Negro", si le molesta, lo ofende o le agrada, dice que no le molesta, esa es una palabra de doble sentido y mal usada puede llegar a ofender.

Las formas del lenguaje que usan para autodenominarse son muy variadas, el 31,3% se autodenominan negros porque desconocen el significado de afrocolombiano: 8% sostiene que la raza afrocolombiana no existe: 20,7% afirman: "ni persona negra ni afrocolombiano, simplemente persona humana", el 10% usa el término *afrocolombiano* por un supuesto origen africano. Digo "supuesto", porque si hacemos un análisis del origen de toda la humanidad, concluimos que el primer ser humano fue africano y de ahí descendemos todos, por eso se conoce a África como la cuna de la humanidad.

Los flujos de información y la vida urbana actual han hecho que las identidades sociales e individuales se hayan fragmentado, diversificando las prácticas culturales y adaptando algunas que antiguamente no se concebían. Hoy cualquier persona de la raza puede acudir o concebir productos culturales diversos que podrían asumirse como una contradicción. En el caso de la estética afrocolombiana asociadas al cabello, el uso de extensiones o alisado permanente para algunos es símbolo de negación y vergüenza de las raíces.

Los peinados y la estética de los afro no sólo responden al gusto por llevar su cabello o los estilos de moda, sino que llevan en sí mismos elementos que dan

cuenta de los procesos de resistencia africana cuando llegaron a América, esta población cuenta, contamos –aquí debo hacer una excepción y meterme en el relato, porque más allá de ser la cronista soy afrodescendiente y no debo hablar de ellos sino de nosotros–. Retomando el relato: nosotros contamos una historia que enlaza la dominación y la liberación, combinada con elementos de nuestra tradición cultural. El pelo no se ha escapado de las garras del comercio y el consumismo, por eso es común que algunos estilos se popularicen en algunos sectores no afro, y que las tradiciones de los peinados se mezclen con las otras. A pesar de eso los peinados no han perdido su valor histórico y artístico, podrían tomarse como un documento que relata un recorrido a través de costumbres africanas y vivencias de la esclavitud, incluso de “chocoadades” que ahora se reinterpretan y se mezclan con otros elementos, con el objetivo de mantener la historia viva.

## **El cabello no miente**

Cuando tenía el cabello natural, Victoria Lozano pasaba mucho trabajo para peinarse, y le pareció que era más fácil mandarse alisar y peinarse cada 20 días. Pero al año se arrepintió porque la mitad de su cabeza estaba lisa y la otra crespa, decidió raparse. “Si el pelo de uno es crespo, por más alisado que uno se haga, buscará su naturaleza, el cabello no miente siempre quiere mostrarse tal cual es”.

Depende cómo cada mujer lleva su cabello, éste tiene un sentimiento o una emoción. Cuando decidió raparse sabía que se vería como un niño, pero también sabía que todo era cuestión de actitud. Ser o no ser negra, liso o no liso. Vituka, como le dicen sus amigos, piensa que el cabello es una cuestión puramente estética, y claro que sí influye en la identidad, pero esta no se puede determinar a partir de un detalle como el pelo. A ella la conocí aquí en Colombia, con trencitas en la mitad de la cabeza y afro o “crespitos” en la otra, ahora ella vive en Rosario Argentina y seguido le dicen ¡hay los rulitos, mirá cómo los tenés! allá le ha tocado aprender a peinarse sola, no es un problema, lo disfruta y se divierte, no me lo dijo ella, eso lo sé porque la conozco y la vi caminar por las calles de Condoto, Chocó, con las manos en la cabeza arreglando con gracia sus crespos.





# Entre balas y cuadernos

Por Giselle Machado

82

•

83

Ilustración:  
Giselle Machado



El temor y el miedo se  
apoderan de la mente y el  
corazón.

*Quien no es cercano a la guerra no la percibe igual que quien la ha padecido.*

*Quien no ha visto la muerte de frente no le teme igual que quien ha sido testigo.*

*Quien todos los días se encuentra con un cadáver en la carretera, primero se conmueve, con el paso del tiempo solo se impresiona y con las costumbre aprende tenacidad.*

*Entre balas y cuadernos se escribieron varios años de su historia.*

84

•

85

**T**odo empezó el día que se presentó a la Universidad Nacional de Colombia para aplicar a la carrera de Derecho. Con los billetes arrugados en el bolsillo, llegó ansiosa por pagar la inscripción. Sin embargo aún tenía dudas, y entre sus alternativas también se encontraba la Facultad de Filología e Idiomas, si elegía esta última, sus pasos se encaminarían hacia la docencia. Por arte del azar, el destino, o como se le quiera llamar, justo ese julio de 1973, la Facultad de Derecho se encontraba cerrada por problemas políticos. No quiso llevar de nuevo los billetes al bolsillo, y en un arrebato de su verdadera vocación inició esa tarde su preparación para ser maestra.

Creía que lo más difícil que viviría al estar en la Nacional sería afrontar una que otra manifestación o algunos paros estudiantiles, cargados la mayoría de las veces de policía antimotines. Pensó que en esos casos tendría, a lo mucho, que esconderse en alguna tienda aledaña. Pero la vida le deparaba situaciones mucho más difíciles, que en la candidez de su juventud no alcanzaba a imaginar.

## **Del sueño a la pesadilla**

Todavía sosteniendo el título en la mano, consiguió empleo como profesora al servicio del Estado. Sintió agarrar el cielo con sus dos manos ¿Qué más se podía pedir? –pensaba–. “obtener un salario casi inmediatamente después de la graduación y trabajar en lo de uno, era lo máximo” sentenciaba sin aspavientos. La plaza seleccionada era el Colegio Departamental José Hugo Enciso en la inspección de Reventones, municipio de Anolaima en el departamento de Cundinamarca. Lo que era importante precisar era que este pueblo estaba en el corazón de una zona guerrillera, dominada por el frente 22 de las FARC-EP.

Corría el año de 1982 cuando después de un viaje que parecía interminable por una carretera maltrecha y en su mayoría sin pavimentar, llegaría al que sería su sitio de trabajo. Se bajó de un pequeño carro que por el estado de la vía ya estaba a punto de la chatarrización y divisó un grupo de niños jugando en una desnivelada y maltrecha cancha de fútbol. Algunos la observaban con desconfianza y otros con curiosidad. En ese momento, lo que más le llamó la atención, eran los zapatos de todos los niños gastados por el trajín de recorrer a pie las trochas.

Desde un principio detectó en cada uno de los grupos a los rebeldes del colegio, a los aplicados, los respondones, los cumplidos y los incumplidos, así como a los detallistas y a los poco cuidadosos, en fin, tuvo una visión clara de todo el grupo. Uno de los detalles que más la inquietó, sobremano, era la actitud altiva, casi solemne, de las jóvenes más atractivas del colegio, enseguida pensó que podrían causar problemas.

Sus vaticinios, con el tiempo, fueron acertados. Como si tuvieran una marca en la frente, oculta por un tiempo pero que sería develada después, se fueron convirtiendo en el artífice de una pesadilla. Cada una de estas “agraciadas” muchachitas era la pareja sentimental de algún cabecilla guerrillero, sentían que

el poderío que tenía el grupo subversivo sobre la región, también podía traspasar las paredes del colegio, por lo que comenzaron las exigencias de su parte hacia los profesores, con el objetivo de incidir en los resultados académicos. “Pues profe, si no paso esta materia mi novio de pronto vendría a conversar un par de cositas con usted” –decían altivamente las niñas. “Profe, yo creo que está calificación está mal. Es más, si se la mostrara a mi novio, él diría lo mismo y vendría a explicarle el por qué... ¿usted me entiende verdad?– la amenazaban sin el menor pudor.

Algunos profesores o funcionarios del colegio, eran invadidos por el temor y se rendían ante sus exigencias, otros más osados, se mantenían en su posición y hasta se atrevían a confrontar a los *enamorados*. Uno de ellos, fue el profesor de educación física, el mismo que en medio de un enfrentamiento entre ejército y guerrilla, pudo rescatar del fuego cruzado a varios estudiantes del colegio, mientras que otros más se escondían debajo de los pupitres en medio de gritos de desesperación. Por fortuna para propios y extraños, en aquella ocasión no pasó nada de qué lamentarse, pues no hubo víctimas mortales, ni mayores daños materiales, todo quedó en un gran susto.

## La puerta al calvario

Un día cualquiera, como siempre se levantó y se preparó para el largo camino que le esperaba a su trabajo. Le dio un beso en la frente a su bebé que aún dormía, mientras la contemplaba en aquella envidiable sensación de paz, la misma paz que ella no tenía hacía mucho tiempo. Tomó el bus y a penas tocó la silla, cayó dormida del cansancio. Por momentos una tranquilidad la cubría, reposando y esperando la hora de llegada a su destino.

Casi llegando al Boquerón, ubicado en límites del municipio de Quipile, el bus en el que se transportaba frenó abruptamente y todos los pasajeros se pusieron de pie y se asomaron a las ventanas, dejándose llevar por el morbo. Sobre la mitad de la carretera, tendido boca abajo, yacía el cuerpo sin vida del profesor de educación física en un cuadro desgarrador, digno de una escena dantesca, el mismo profesor que tiempo atrás se había vestido de héroe en medio de balas en el colegio. Sobre el pavimento se pintó de sangre su cuerpo cubierto solamente con una pantaloneta, acompañado por unas manos sin

uñas y un rostro sin ojos, abandonado así, para que todos lo vieran. No era necesario preguntar, quiénes habían sido los autores de este asesinato.

Así empezó el infierno, el desfile macabro de cuerpos desnudos y con señales de tortura en medio de la carretera, tiñendo de sangre el pueblo entero que ya escribía con rojo, para ese entonces, su nombre y su pasado. Letreros con mala ortografía acompañaban a los difuntos como si se tratase de despreciables epitafios. “Por sapo, por lambón, por no obedecer, por no darnos a sus hijos”. Todos los cuerpos eran dejados a merced de los buitres con su letrero correspondiente.

Aún los más respetables trabajadores honrados, eran condenados y asesinados. En ese deambular de la muerte, fue sacrificada de un tiro en la nuca, por un simple rumor que la tachaba de soplona, la fritanguera que cocinaba los mejores cerdos de toda la zona.

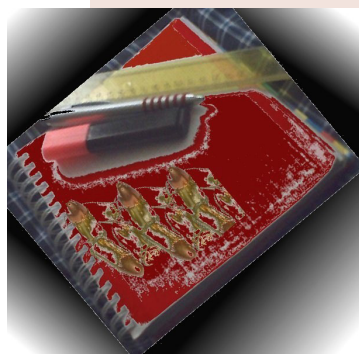
El dolor de aquellas escenas se fue convirtiendo en simple impresión, y luego de tantas lágrimas y noches en vela, casi en indiferencia. Una mujer que siguiendo su instinto y su vocación de maestra se había lanzado al ruedo para contribuir a la formación de las nuevas generaciones, era ahora una mujer que se sentía entre la espada y la pared, acorralada entre sus miedos y sus principios. En Colombia, las plazas de maestros afiliados al magisterio son asignadas bajo unos criterios que resultan muy difíciles de modificar, por eso cuando un profesor obtiene un puesto como docente en cualquier lugar del país, es muy complicado lograr un traslado. Para ese entonces, no tenía relación alguna con funcionarios o políticos que pudiesen ayudar para obtener un traslado, pues por razones lógicas, ninguno de sus compañeros que trabajaba en Bogotá, accedía a cambiar de lugar. Lo único que podía hacer, entonces, era aferrarse a un milagro y confiar en que nada le fuera a pasar.

## **La muerte toca a la puerta**

Un problema de rinitis que le había aquejado desde muy pequeña, hizo necesario una intervención para contrarrestar la “enfermedad”. Justo en los días de la cirugía y posterior a su incapacidad, los alumnos del Colegio Departamental José Hugo Enciso, recibirían sus notas finales, y allí, por decisión de la maestra y producto de las evaluaciones, las novias de los cabecillas guerrilleros

perderían su asignatura. Siguiendo su iniciativa, los demás profesores que tenían a esas muchachitas inscritas en sus clases, optaron por hacer lo mismo, y esa determinación no le sentó nada bien a sus respectivas parejas. Más se demoró el grito de indignación y el berrinche de una de las jovencitas, que darse la primera “visita” del jefe guerrillero al Colegio. Un tiro al aire y el terror se hace presente de nuevo. “Bueno ¿Quiénes son los que me están rajando a las muchachas? –Sentenció uno de los guerrilleros–. Es peor si no salen, igual ya sé quiénes son, con nombre y apellido”. Y así, uno a uno, fueron saliendo los profesores a cambiar las calificaciones en presencia de quien empuñando un arma, dejaba escapar una bala cada tanto para infligir temor.

Mientras tanto en Bogotá, aquel frío hospital le parecía mil veces mejor que la vereda en la que había visto tantas atrocidades y anhelaba en su silencio, que su incapacidad se extendiera un poco más en el tiempo. Entre tanto, su mejor amiga y compañera de trabajo, estaba en casa preparando el almuerzo, cuando la puerta fue abierta de un empujón y dos hombres encapuchados la encañonaron. “Necesitamos que el entregue algo a su amiga, a ver si aprende. Que la estamos esperando para cuando vuelva”, dijeron en tono amenazante. Congelada como una estatua, solo pedía que su hija mayor no llegara del colegio, que no la vieran estos hombres, que no le hicieran nada, mientras veía cómo aquellos delincuentes ultrajaban a sus dos hijas más pequeñas. Dejaron una nota sobre la mesa con orden de entrega inmediata, cerraron



Entre balas y cuadernos  
es un relato crudo y real.

88

•

89

la puerta y ella, aún luchando por reaccionar a su espanto, llamó a su hija y le dijo que se veían mejor en Bogotá, donde la abuela materna, pues a la casa ya no podía llegar. El sufragio ya estaba en camino.

## El principio del fin

Al llegar a la Capital, lo primero que hizo su amiga amenazada fue dirigirse al hospital y entregar el mensaje que contenía la orden impartida por el grupo guerrillero y firmada por el cabecilla del frente 22 de las FARC, el novio de turno de una de sus estudiantes. Si la profesora no obedecía, la orden era ejecutarla.

Las pesadillas se agudizaron, cada vez se vuelven más espeluznantes, la paranoia ahora es latente ¿Dónde está la niña? ¿Por qué no ha llegado del jardín? Las dudas y los temores se apoderan de ella. Una puerta de seguridad con no menos de seis cerraduras protege la entrada de la casa. Las soluciones se vislumbran cada vez más lejanas, por lo pronto, no se podía regresar a ese sitio, eso era lo único que tenía seguro, lo demás resultaba muy incierto.

Viajaba cada mes en compañía de su esposo e hija que no la dejaban sola, pues debía cobrar su sueldo y la nómina aún se encontraba allí. Se contrataba un taxi de ida y regreso, y como en una película de terror, viendo por todos lados, se bajaba del automotor y rápidamente, sin que nadie la viera, entraba al lugar y hacía el cobro, y una vez cerraba la puerta del vehículo, le pedía al conductor no detenerse por nada del mundo hasta llegar a Bogotá. Cuando llegaban de nuevo a casa, a pesar de estar a salvo, la asaltaban pensamientos horribles, temía que secuestraran a alguno de sus familiares o simplemente que los mataran, no volver a ver a sus seres queridos, sin duda, fue la peor época de su vida.

Pasaron los meses y por recomendación de su hermana mayor, decidió ir a la Defensoría del Pueblo, donde encontró una abogada que tomó el caso y se comprometió decididamente con su causa. Con carta en mano, acudió a todos los mecanismos habidos y por haber para proteger la vida de su defendida. Hasta que por fin, después de muchos intentos, gracias a una petición enviada a la misma Presidencia de la República, se emitió la orden expresa de traslado inmediato al municipio de Chía, Cundinamarca.





Orar y poner toda la fe en Dios, fue la única opción para la maestra.

Un buen día, ya ejerciendo como profesora de Inglés en uno de los principales colegios de Chía, le terminó de “volver el alma al cuerpo”, cuando vio en las noticias, que una arremetida de la Policía Nacional en una vereda llamada Rincón Santo, había dejado como saldo, la muerte del cabecilla del frente 22 de las FARC y sus dos “lugartenientes”. Durante la celebración de los 15 años de la novia del “Comandante”, él y sus secuaces, perdieron la noción de su estrategia de seguridad, y después de beber durante varios días, fueron tomados por sorpresa por la policía. Como consecuencia de la operación, los insurgentes decidieron replegarse hacia otros lugares.

Los mismos que la habían amenazado, que habían puesto el luto anticipadamente sobre su casa, ahora se encontraban tendidos sobre la tierra, tragando el polvo que habían hecho probar a muchos. Esta fue su última imagen, ahogados entre su sangre que no alcanzaría a compararse con la que derramaron sobre aquellas recónditas montañas y maltratados caminos, pero que ya estaba vertida en el suelo decretando la sentencia de sus días. La condena había sido perpetuada, y los verdaderos culpables pagaban esta vez, sin entender al menos, que tal vez, si lo pensaran mejor, estudiar hubiese sido la mejor salida.



# La historia de Gina Potes

Por Lina Rodríguez

92

•

93

Fotografía:  
Archivo particular



El logo de 'Reconstruyendo Rostros', diseñado por Gina y Patricia, busca que las personas se familiaricen y conozcan la labor de la Fundación. Fotografía: Lina Rodríguez.

**U**n ave fénix que logró renacer desde las cenizas. Eso es Gina Potes, la primera sobreviviente de un ataque con ácido que se registra en Colombia. Una mujer guerrera que luego de que atentaran contra su integridad decidió seguir con su vida, salir adelante con su nueva situación física y convertirse en un símbolo de superación.

### **Una decisión tomada**

A sus 27 años, Gina Potes decide salir de la prisión en que se había convertido su habitación. Abre sus ojos, toma un respiro como si fuera a prepararse para comenzar una lucha. Una lucha eterna con su propia vida. Corre las cobijas de su cama y el primer pie que apoya en el suelo, es el derecho. Abre las cortinas de su habitación, la luz del día entra e ilumina cada espacio oculto y silencioso que se resguarda. Camina al baño, se mira al espejo, vuelve y respira. Agacha su cabeza como si se fuera a rendir, pero no, esto es un hecho. Ya se dio el primer paso.

## La casa mágica

No es una casa de princesas ni de muñecas, pero tiene magia. No está hecha de baldosa tipo mármol, ni tiene ventanas con bordes en oro, o una cocina reluciente y con diamantes, ¡No! Es una casa real, hecha para mujeres reales y no para cuentos de fantasía. Sin embargo sí tiene poderes. Cuando llega una mujer que fue destrozada en su piel y alma, esta casa la transforma. Se convierte en un medio de construcción de sueños, de lucha. Es como una antigua fortaleza en donde se resguardan sus mejores soldados y en el momento en que están totalmente preparados, salen a luchar por su vida, por su valor propio.

Sentada en su escritorio de vidrio, con una actitud que certifica la propiedad y tranquilidad que le transmite el lugar en donde se encuentra, Gina Potes, mientras me habla del hogar que ha forjado, centra su mirada en una fotografía que reúne a todas las mujeres víctimas de ataques con ácido que han llegado a la Fundación Reconstruyendo Rostros y así mismo han permanecido, en la búsqueda de un apoyo y comprensión.

“Es un lugar que deja atrás las tristezas, el dolor, la tragedia”, dijo Gina Potes contemplando el techo y las paredes que la rodean en su sencilla oficina. Y mientras dirigía su mirada lentamente hacia la ventana que está al lado derecho de ella añadió metafóricamente: “es un espacio donde se aprende a entender que el sol sigue brillando a pesar de que hay días grises, al otro día sale como si nada... yo digo que mientras exista la vida todo se puede arreglar”.

Son poco más de las ocho de la noche, Gina Potes viste una blusa ligera de color negro, un pantalón ajustado a su figura y chancletas. Por el vestuario intuyo que pronto se irá a la cama, sí, allí, en la Fundación, porque es su propia vivienda en arriendo pero adaptada de manera humilde para acoger a las víctimas. De día es la casa mágica que transforma vidas, que reúne a las mujeres que quieren luchar por una existencia, de noche ya se convierte en la tranquila morada de descanso para Gina sin perder la magia ni el sentido de transformación.

Durante la charla, Gina me cuenta sobre el inicio de este proyecto. Antes de obtener el título de Fundación, junto a Patricia Espitia, su compa-



Alan González es un especialista en Cirugía Plástica y Caumatología que alió su empresa con la fundación 'Reconstruyendo Rostros' sin recibir dinero a cambio. Fotografía: archivo particular.

96

•

97

ñera de batallas, también víctima y guerrera de vida, deciden crear un pequeño círculo de apoyo social, donde la base fundamental fueran las mujeres lesionadas con ácido que quieren dejar a un lado la compasión que las personas normalmente sentimos por su situación y salir adelante. Continuar su vida, sus proyectos, lograr convertir sus sueños y metas en verdad. Esto se llamó "Rostros sin ácido". Luego, gracias al gran trabajo de Gina y Patricia, consiguieron a otros miembros profesionales para continuar con el camino de auxilio de víctimas. Con esto y una gran trayectoria, que aún no se acaba, se logró la constitución de la Fundación Reconstruyendo Rostros.



Ciro Garnica, especialista en odontología; Eugenio Cabrera, director de Oftalmología; y Alan González, su más grande aliado, apropiado de la cirugía plástica, son los tres guardianes de la casa mágica que han aportado con su experiencia al recorrido de transformar vidas. Con una expresión de agradecimiento hacia los tres hombres que han dado su tiempo y dedicación a esta causa, Gina los destaca por su interés autónomo de querer aportar sus conocimientos y experiencia sin recibir algo a cambio. Son hombres que por su propia iniciativa se suben las mangas y preguntan ¿qué hay que hacer? Sencillamente, se convirtieron en columnas para el crecimiento de este hogar.

“Es la casa de todos. Para reír, para contar anécdotas, para convertirnos en familia” dijo Gina Potes, mientras presionaba sus manos contra el pecho, como mostrando la fuerza de la unión. Después agregó levantando sus manos empuñadas desde su cabeza, de forma pausada como si llevara una carga: “Este proceso de la casa ha sido como alzar una pesa que uno insiste e insiste en levantar, hasta que lo logra”.

La Fundación Reconstruyendo Rostros se asemeja a la historia de su logo –la flor de loto– que fue creado por el diseñador Giovanni Aerronog e idea de su hija Nancy Nicol, el cual está pintado en cada pared blanca que se encuentra dentro de la casa. La flor de loto representa la pureza espiritual, de cuerpo y alma, cuyo objetivo es florecer en búsqueda de la luz como una elevación espiritual. Mientras la flor de loto representa la creación del universo; la Fundación, la evolución de nuevas vidas. Con un color rojo en la corola central que destaca el valor y el coraje, un rosado que simboliza lo sentimental y positivo en dos de sus pétalos que van abriendo esta flor. Y un púrpura para los externos, que determinan la nobleza y el poder. Sin olvidar, el reflejo de la flor en el agua, que es como el reflejo de las mujeres al renacer y verse a un espejo por primera vez. Son las características que encierran la magia de esta casa que no pierde la esperanza.

“No apoyamos la porno miseria, que es mostrarse como una víctima peor, que solo quiere lástima” dijo Gina al tiempo que su faceta cambiaba de una mujer orgullosa a una mujer decepcionada. Con un ojos penetrantes y el ceño fruncido. Luego mientras agachaba su cabeza y me miraba de reojo agregó:





98

•

99

Gina Potes llevaba un mes y doce días de haber cumplido 20 años después del ataque.  
Fotografía: archivo particular.

“Se han perdido muchos de los procesos, porque ellas se dejan utilizar de morbo y amarillismo, esperando compasión... Quedarse no es obligación para nadie, solo sentido de pertenencia”. En esta misma conversación, Gina hizo énfasis en que la principal lucha de la Fundación es por un común de las mujeres y no un fin individual.

La muestra de esperanza es evidente en los términos y gestos de Gina Potes. De una u otra forma sus ojos transparentes y directos junto a su temperamento decidido y fuerte que acompaña cada palabra pronunciada, demuestran que los proyectos para la Fundación Reconstruyendo Rostros son aún muchos. Desde el trabajo en equipo para la creación de una cartilla que explique los auxilios que se le deben prestar a una víctima en el momento del ataque, hasta poder brindar un trabajo digno a las mujeres víctimas del ácido y que la sociedad les niega la oportunidad. La creación de un taller de confección en donde estas mujeres puedan coser prendas a la vez que recomponen las costuras internas de sus vidas. La creación de manualidades dirigidas por las grandes manos trigueñas de Gina y la meta de dejar de ser invisibles, son las causas por las que Gina Potes y su equipo de guardianes junto a sus sobrevivientes guerreras no dejan de trabajar. Sin los recursos suficientes o riquezas para lograr algo muy grande y sin la necesidad de hacer publicidad, esta casa mágica seguirá creciendo con la chispa de la esperanza, la lucha y el renacer de nuevas vidas.

## **Ataque e impunidad**

Gina es una víctima sobreviviente de un momento de terror y crimen. Una mujer que suma en las listas de violencia en Colombia.

El 28 de octubre de 1996, hacia las siete de la noche sonó el timbre de su casa, en el barrio San Vicente en el sur de Bogotá, cuenta Gina Potes. Ella con 20 años, junto a su hermana menor Angie y su hijo que apenas tenía tres años, salió a atender la puerta. “Fácilmente recuerdo a una señora que me preguntó por un jardín infantil”, explicó Gina, quien luego añadió con una actitud de extrañeza por lo sucedido: “Mientras le daba las indicaciones llegó corriendo un hombre que me lanzó ‘esa cosa’ y me gritó ¡Quién la mandó a ser tan bonita!” –refiriéndose a ‘esa cosa’, como la sustancia de olor repugnante, pegajosa



Patricia Espitia, aparte de ser víctima de ataque con ácido, es sobreviviente de un cáncer en el cuello uterino y perdió a su hija quién se suicidó al ver a su madre deformada.  
Fotografía: archivo particular.

100

•

101

y espesa que sentía recorrer en todo su cuerpo. Lo que le siguió al ataque fue un desmayo que al despertar, recibió la sorpresa de que el ácido había borrado el rastro de su ropa y afectado parte de su cara, cuello, brazos, senos y abdomen. También, se llevó la piel facial de su hermana Angie y provocó el retumbante llanto de su hijo.

El horror ya había llegado a Gina. Al verse al espejo, el sentimiento era de espanto y pavor. Su cara se había convertido en un borbollón ardiente, un volcán de color tan rojizo que estaba próximo a hacer erupción. "Todo lo que me destacaba, había quedado destruido" dijo Gina, agachando

su mirada y moviendo sus dedos uno a uno, mientras los entrelazaba y recordaba su caso. Luego alzando su cabeza de forma lenta agregó: “Gracias a Dios el ácido no me alcanzó los ojos, los habría perdido. Además, por unos guantes para lavar la loza que tenía en las manos logré salvarlas de daños peores”.

La agonía inició en el hospital El Tunal, que fue el primero en atender su emergencia. Allí, estuvo cinco horas sin atención, mientras el líquido viscoso seguía introduciéndose en sus nervios y destruyendo sus tejidos. El siguiente martirio fue en el hospital Simón Bolívar, en donde estuvo muriendo en vida por tres meses. Sin apoyo, sin protección y sin sentimientos. “Allí no tuvieron corazón. Cuando vieron que las cicatrices ya no sangraban, que ya habían cerrado, me botaron a la realidad, sin pensar en lo que sentía” dijo Gina, con tristeza en su mirada.

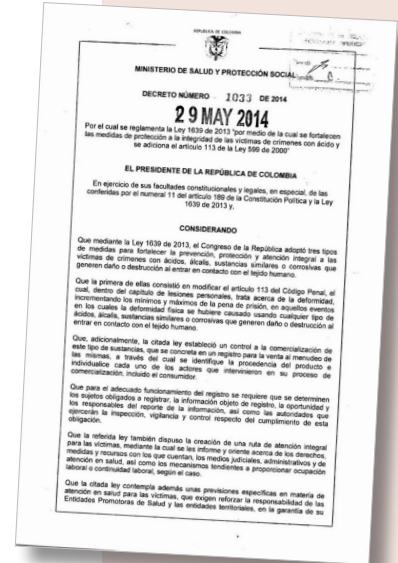
Entre más seguía fluyendo nuestra conversación, surgió un tema que es simplemente controversial en el país, la impunidad. Pero, ¿qué es la impunidad? Si se busca en un diccionario, saldrá una definición simple: “No recibir castigo a un delito”. Un profesional en el contenido de problemáticas y justicia en Colombia podría responder que es un proceso falto de investigación que queda abierto y no resuelve la protección y cumplimiento de los derechos humanos, como lo concreta la Fiscalía General de la Nación para un artículo del diario *El Tiempo*. Sin embargo, Gina define la impunidad como falta de poder y desunión.

Dentro de la lucha que existe para encontrar una mayor atención y solución a los casos de mujeres víctimas de ataques con ácido, desaparecer la impunidad es una de las misiones. La Ley 1639 de 2013, con la modificación del Decreto 1033 que pone al ataque con ácido en una posición fuera a la violencia común, donde se busca castigar con más años y menos oportunidad a los victimarios, fue el primer paso que dio Gina Potes como activista de justicia y protección en los casos de agresión con ácido. A pesar de cada uno de los obstáculos que logró superar Gina para intentar el cumplimiento de la Ley 1639, el Congreso la rechazó por falta de argumentos y firmas, dejando una vez más en vano el caso de muchas mujeres que habían sido atacadas con ácido. A Gina como a muchas mujeres, la silenciaron después de ser atacada, dejando

a un lado la opción de hacer justicia en su proceso. “Este tipo de violencia era solo para pobres no para nadie con poder... Los victimarios fueron tanto los agresores como el Estado. No me prestaron ninguna atención”, dijo Gina Potes mientras acaricia su mano izquierda en la parte superior con la derecha.

Hasta ese punto seguían invisibles e impunes las víctimas con ácido. Pero luego del 27 de marzo de 2014 en donde Natalia Ponce de León, única mujer entre tres hermanos de una familia adinerada, fue atacada y destruida con ácido en todo su rostro, el destino cambió. La Ley 1639 que había estado en el camino de la justicia para las víctimas con ácido, fue renovada por la 1773 de 2016, que con los mismos contenidos, algunas modificaciones en sus artículos y bautizada por los medios de comunicación con el nombre de “Ley Natalia Ponce de León” se aprobó. “No debería tener un nombre singular y menos si hablamos de luchas, varias luchas” afirmó Gina, mientras fruncía su ceño y negaba con su cabeza, después agregó: “Eso es la prostitución del Estado y los medios, que buscan seguir creando amarillismo y siendo oportunistas al mostrar una cicatriz”.

Por la actitud de Gina al hablar de Natalia Ponce de León se podría decir que presentan ciertas diferencias de entendimiento, sin embargo, son mujeres que tienen una lucha en común, en busca de la justicia por las víctimas de ataque con ácido. “Llevo veinte años pisando en terrenos vírgenes, eso es un trabajo fuerte, sin desmeritar al de la señorita



102  
•  
103

La Ley 1773, en la actualidad ha presentado fallas de cumplimiento y estabilidad en el Congreso.



(Natalia Ponce de León) y al de otros casos” dijo Gina al mismo tiempo que achina sus ojos y añadió con obviedad: “Los renombres de ella, son realidades que pienso yo, no son ocultas para nadie. La realidad de esta chica es una, y la realidad del 99,9% de las demás víctimas es otra, totalmente distinta”.

Gracias a la aprobación de la Ley 1773 de 2016, la lucha de las activistas víctimas y a la voz en los diferentes casos que ocurren en el país sobre ataques con ácido, como lo es Gina Potes, se ha visto una mejora, pero no es una solución completa ni tampoco elimina en un 100% a la impunidad que sigue demostrando el Estado en estas situaciones. “Somos un Estado desunido, en eso radica. Todos vivimos nuestros mundos en forma separada” dijo Gina, luego apuñando sus manos como indicando fortaleza y poder añadió: “Pero ¿qué pasaría si nos agarramos de las manos y formamos una barrera inmensa?, ahí se marcaría la diferencia”, después con decepción y en voz baja dijo: “Eso no va a pasar”.

## Un ángel real

El miércoles 15 de septiembre de 1976, nació Gina Lilián Potes Aguirre. Un regalito de amor y amistad que estaba destinado a ser abierto para mostrar la superación y victoria después de un ataque con ácido. Hija de Nancy Aguirre y un padre ausente. La segunda mujer de cuatro hermanos. Madre a los 16 años de su primer hijo y a los 18 del segundo. Físicamente, el primer impacto son sus ojos. Un par de ventanas grandes, que expresan la profundidad de su alma. La transparencia de su ser. El brillo es constante en cada mirada que transmite. La esencia y la luz de sus ojos que simboliza la magia en esta mujer, no se perdió después del ataque. Su piel, es un vivo ejemplo del color latino que nos representa. Un tono moreno, como noche bajo las estrellas. Sus grandes manos podrían atrapar al mundo. Abundancia en su cabello color negro, ondulado y largo. Y claro están, sus cicatrices. Una que empieza desde sus labios, sigue en su barbilla, termina hasta su pecho y varias en sus brazos que es la sobrevivencia de un acto atroz, al cual la única respuesta que le dio, fue seguir adelante.

Entre sus palabras el amor hacia cada una de las víctimas que llegan a resguardarse en la casa mágica, es notorio. Ella es como una madre adoptiva que



104  
•  
105

La edad de las mujeres víctimas de ataques con ácido acogidas por la Fundación está entre los 20 y los 52 años.

Fotografía: archivo particular.



cuida de sus hijas (las mujeres vulneradas con ácido) hasta que se sientan listas para salir a enfrentar la vida. Gina, en su forma de ser irradia paz, tranquilidad. Se convirtió en protección y seguridad para una víctima. Aunque su voz aguda no tiene mucha relación con su personalidad valerosa, cada frase que pronuncia, la dice con la verraquera y actitud dominante para marcar diferencia y hacerse notar. Es una mujer que no busca publicidad del caso, si no justicia y deferencia para las víctimas.

Patricia Espitia es la mejor amiga de Gina. Es una víctima más de los ataques con ácido que ha dejado la violencia en el país. Ella como miembro de la Fundación Reconstruyendo Rostros y así mismo, una valiosa sobreviviente más que ampara la casa mágica, habla de Gina Potes como una coincidencia y casualidad que ha dejado siete años de amistad real y sincera. "Gina es amor a primera vista. Es un ser lleno de alegría y esperanza, que a pesar de los dardos venenosos que recibe, sigue luchando. No sé cómo lo hace" afirmó Patricia, luego agregó: "Ella es una maga que toca a las personas y las cambia, es como una inyección de otro sentido para nosotras".

Patricia, su mejor amiga junto a muchas de las víctimas, destacan a Gina como un ángel que simplemente Dios puso en el camino de cada una. Una criatura diferente. Pero ella se identifica como una mujer real. "Me llaman ángel pero en realidad, soy normal. De carne y hueso como todas las mujeres. Con errores e imperfecta, solo con el don de querer progresar" dijo Gina con una sonrisa en su rostro que ilumina su mirada.

## **El ave fénix**

Sobre su escritorio, Gina deja ver la evidencia de una fotografía, para ella su favorita, de la mujer que existió antes del ataque. En la foto tenía 18 años, con una melena ondulada que rodeaba su rostro, una cara tersa de muñeca y unas mejillas rosadas y redondas. Era una joven con muchos sueños, pero pocos ya definidos. Fue madre a temprana edad, así que no tuvo elección ni un camino establecido, solo dejar que pasara y corriera el tiempo. Sus pensamientos eran superficiales. A donde fuera, consigo llevaba problemas. A los 20 años sucedió el ataque con ácido. Aunque no se puede decir ni calificar que es una acción de cambio ni menos positiva, para Gina si fue la transformación. Después de



106

•

107

Fuera de ser una mujer con actitudes fuertes y estables ante la sociedad, Gina es una persona sensible y gustosa por las artes y danzas escénicas.

Fotografía: archivo particular.

afrontar 26 cirugías y 70 procedimientos quirúrgicos, renació una nueva mujer. Llegó una guerrera líder de una casa mágica. Con una actitud sensible y ejemplar. Que ha querido impactar la vida de las personas, sin importar el dinero o lo material. Surgió un nuevo capítulo para el libro de la vida de Gina Potes, que trajo consigo un proceso largo y arduo a pesar del avance que ha logrado. Llegó el paso a paso que deben superar las víctimas. El qué dirán de las personas, la negación de vanidad, la elección de cubrirse o no, la zozobra de las miradas del mundo hacia sus cicatrices, todo genera un proceso espinoso y de gran trabajo, como lo contó Gina. Un camino cubierto de piedras, que raspan, hieren y martirizan en cada paso a las víctimas, pero es necesario sobresalir de esto, para crecer, para dejar a un lado el pasado. Gina destacó que el proceso más grande, que no tiene un final, es abrir la cerradura que ocultan sus cicatrices, o como lo llama ella, sus marcas de guerra. Dejar salir su belleza interior y poner a un lado, como complemento, lo exterior. "Soy una mujer muy bonita. Todas somos hermosas a pesar de las marcas... Esto (señalando su cicatriz) no lo elegimos pero sí lo afrontamos. ¿Qué más podemos hacer?, la vida continúa y la mejor solución es entender para qué Dios nos puso al frente y reconocer que todo ha valido la pena" dijo Gina Potes acariciando su cabello, como si lo peinara. Luego traslada sus manos a la cicatriz de su barbilla, las resbala de forma lenta y con una mirada penetrante añadió: "Jamás se aceptará una cicatriz, pero sí se aprenderá a vivir con ella".



Recuperar, renacer, regresar, son las tres misiones que Gina trabaja desde hace 8 años con la fundación 'Reconstruyendo Rostros'.

Fotografía: archivo particular.



# Un trabajo agridulce

Por Carolina Molano Moncada

110

•

111

Fotografía:  
Carolina Molano





Güepsa está ubicado después de Puente Nacional, Santander. Es un pueblo escondido entre árboles en el que se produce la mayoría de la panela que se comercializa en la región.



“ Los domingos por las tardes llegan todos los obreros y comienza la molienda con los señores preseros”, así relata el primer verso de la canción *La Molienda* de los Hermanos Ayala y Santoyo de Güepsa, Santander. De cuatro a cinco horas por carretera desde Bogotá, casi 245 km, música ranchera y uno que otro vallenato; ve palmeras tan altas que parecieran alcanzar el cielo, huele ese aroma a ají y panela y siente el sudor pegajoso en su cuerpo provocado por un clima cálido y húmedo a la vez. Bienvenido y bienvenida, usted ha llegado a Güepsa, Santander.

Pueblo cinematográfico y panelero según la pancarta gigante que se encuentra en la entrada del ramal del pueblo, cinematográfico por los cortometrajes y largometrajes del director Iván Gaona, y panelero por la gran cantidad de campesinos que trabajan en los trapiches. La entrada delineada con palmeras pintadas con los colores de la bandera del pueblo: el verde y el blanco de los troncos le abren paso a las calles de un lugar rodeado de montañas color verde, verde musgo, verde oscuro y verde claro. Allí en Güepsa se aprecia la panela porque es el sustento de los campesinos de la zona y de las veredas aledañas.



Heriberto Rizo es uno de pocos campesinos que son dueños de los trapiches, muchos de ellos al igual que Heriberto trabajan por obtener la tranquilidad del campo y no una ganancia económica.

Uno de ellos es Heriberto Rizo, un campesino dueño de uno de los trapiches, nicaragüense de nacimiento llegó a Güepsa por su esposa Evelia Chavarro, ambos trabajan haciendo panela. Heriberto no tiene más de 60 años, es técnico agrícola de la Universidad de Cundinamarca, ha estudiado zootecnia y sabe de distintos temas, tiene una barba tupida y llena de cabellos blancos. Trabajó en cultivos de flores en la Sabana de Bogotá y cuando su esposa se pensionó llegó a Güepsa y al no tener nada más que hacer empezó a sembrar caña, fabricar panela y cuidar animales, que lo llevarían a formar una asociación agropecuaria que se presentó en Corferias con artesanías. Heriberto me invita a dar un recorrido por su tierra para ver lo arduo de su trabajo.

Heriberto, que lleva puesto un sombrero de paja para protegerse del sol, me indica dónde queda su trapiche, aunque no es necesario, pues el aroma a dulce de la panela y de la caña le traza un camino al olfato. "Hoy me encontré fue limpio porque es sábado, casi siempre estoy sucio y untado de toda la tierra", dice Heriberto mientras llegamos al trapiche. Con él recorreremos los campos donde siembran la caña de azúcar, el ambiente inspira paz y tranquilidad, lo que lleva a que Heriberto haga una pausa en su charla y mire con profundidad el paisaje que nos rodea. Yo me percaté de lo que tengo ante mis ojos: un campo que no es plano, tiene ondulaciones y está lleno del sembrado de la caña, cada vara que contiene el jugo utilizado para la panela y que se divide en diferentes colores: el amarillo ocre de la base, el siena



Más del 30% de los campesinos de Güepsa sobreviven gracias a la actividad de los trapiches, para ello trabajan toda una semana sin parar, sin importar el clima o los animales que se puedan encontrar mientras cortan la caña de azúcar.

114

•

115

tostado del cuerpo y el verde de las hojas que si se mira desde lejos pareciera césped crecido, que no se ha cortado en días y que se confundiría con la maleza, pero no, esto no es maleza, esta es una de las pasiones de Heriberto.

Porque para Heriberto la tierra, el campo y los animales son una pasión, de tal manera que para ir a trabajar usa una camisa que se utilizaría con traje formal, que no tiene corbata sino que está acompañada de manchas de lodo y de tierra. Allí en los cultivos coge un pedazo de caña y la empieza a romper con su machete mostrándome una pequeña parte que tiene una bolita salida, ese es el embrión, que de acuerdo al Manual del

manejo agronómico de la caña panelera de Fedepanela –la federación de los paneleros– se debe hacer la siembra con la semilla acostada o se puede coger el cogollo de la caña y se siembra a pica. Heriberto prefiere lo segundo: sembrar la caña con el embrión con la puntica hacia arriba “porque si se siembra con la puntita hacia abajo no nace, por los procesos fisiológicos de la planta que siempre busca la luz y la otra parte que es la raíz siempre busca la oscuridad”, comenta Heriberto mientras chupa el pedazo de caña que acabó de cortar.

## **El campo es pasión, no dinero**

El proceso de producción de la panela es largo, tedioso y deja pocos beneficios económicos, por eso es que Heriberto está en el campo, por pasión y no por lo que pueda ganar económicamente, pues además de enseñar a cuidar animales, Heriberto es uno de los principales productores de panela de Güepesa, en el pueblo lo conocen como ‘Nicaragua’ y saben que lo encuentran en la casa o en el trapiche, trabajando y haciendo una que otra parada para tomar cerveza, aguardiente, whisky, guarapo y el tinto santandereano que no le puede faltar.

Con Heriberto trabajan más de treinta personas, todos campesinos que hacen mucho para obtener lo mínimo. De acuerdo con el informe de precios de la panela realizado por Fedepanela, cada unidad se vende en promedio a \$1600 colombianos, sin embargo este precio no es fijo y la panela se estaba vendiendo a \$1800 según Heriberto, haciendo que el productor pudiera venderla a un precio rentable que dejara para volver a cosechar y para pagarle a los trabajadores. Hay otros factores que afectan el precio de este producto, el economista José Alberto Pérez Toro argumenta que la situación con la frontera de Venezuela hacía que se vendiera la panela a precios más bajos, y por otro lado, el costo de la mano de obra aumenta cada año con el incremento del salario mínimo.

Mientras caminamos de regreso de los campos al trapiche, Heriberto me muestra dónde se está produciendo la panela y quiénes están trabajando allí y es que para entender por qué es un trabajo pesado y arduo hay que conocer el proceso de elaboración.





Las mulas son la ayuda de los alzadores para transportar la caña, algunas de ellas deben cargar toneladas de panela diariamente y están adiestradas para ir de un lugar a otro.

116

•

117

## Una panela natural

Heriberto explica que para hacer la panela se tiene que contratar varias personas, las cuáles se agrupan en corteros, alzadores, preneros, relimpiadores, hornilleros, tolincheros y la cocinera. La suma de las diferentes funciones específicas que hace que un pedazo de tronco de caña se transforme en un bloque de panela dulce lista para ser utilizada.

En los campos con Heriberto se ven tres personas que son los corteros, que con un machete tumban la caña y la pasan a otros que son los alzadores; tres más que suben la caña a las mulas.

Unas mulas que parecieran adiestradas, según Heriberto por el manejo de la psicología animal, estas mulas llevan la pesada carga de las cañas hasta el trapiche, solas, sin necesidad de que alguien les indique, llegan y como si fueran carros dan reversa frente a la máquina que sacará el jugo de la caña.

Me despido de Heriberto para visitar el trapiche y conocer a las personas que trabajan allí. Pasando por montañas de lo que podría parecer lo que queda de lijar la madera, llego a una máquina enorme, con ruedas que aplastan las cañas que sueltan el dulce jugo, allí veo a dos muchachos de no más de 25 años sudando y empujando la caña para que sea aplastada por la máquina, ellos son los preñeros. Siguiendo el camino se observan tres fondos o pailas gigantes que tienen el jugo que acabó de soltar la caña, allí está Julio Saiz, otro campesino que hace la función de relimpiador y de hornillero, en ese momento Julio tiene una cuchara enorme con la que debe pasar el jugo de la caña de un fondo a otro, para que quede limpio y se pueda pasar al moldeo. Julio lleva dos años trabajando en el molino y sabe que el trabajo es duro porque la molienda no para, son siete días seguidos desde el domingo, trabajando tres horas y descansando tres horas, toda la semana en turnos de tres horas. A la elevada temperatura del territorio se le suma el calor que hace en la hornilla del trapiche. Cada trabajo es pesado pero el del panelero es agotador y poco rentable; pero Julio sabe que lo hace para obtener lo necesario: “Alcanza para la Poker y sobra, porque eso de solo ahorrar no se puede, porque el día que uno se muera en el cajón no le van a echar nada”, dice Julio mientras se seca el sudor de la frente con la mano.

De acuerdo con la tabla de Departamentos paneleros de Colombia de Fedepanela, Santander es el principal productor de panela y Güepsa uno de los municipios que más emplea personas para trabajar en los trapiches, además de producir una panela natural; es decir sin ningún químico. En las pailas donde trabaja don Julio solamente le ponen cal cuando es necesario, la cual no se considera químico y cumple la función de evitar que la panela se cristalice. Me despido de Julio y sigo el proceso de la panela para ver al hornillero echando el bagazo (aquello que parecían los residuos de lijar madera) en un fogón inmenso que le da la potencia al trapiche para producir la panela que será puesta en moldes por el tolinchero.



Aunque son campesinos hombres los que producen la panela, detrás de ellos está una de las más importantes labores de los trapiches: la cocinera. Al recorrer otro espacio del establecimiento encuentro un cuarto pequeño, vigilado por un perro de calle y restos de comida acumulados en una esquina al lado de una escoba. Al entrar se observan varias ollas, una estufa encendida, garrafas de aceite y una señora de cabello rubio cortando cebollas para agregarlas en lo que parece ser un caldo. Doña Hilda María Medina es la cocinera del trapiche, ella tiene dos hijas que alimentar y por eso trabaja en la molienda, porque al igual que los demás campesinos ella no va a descansar, la tarea de ella es más extensa y se podría pensar que más importante, mientras el hornillero le da potencia al trapiche para que funcione, doña Hilda prepara

El campesino trabaja durante el tiempo que dura la molienda y permanece alejado de su familia mientras está en el trapiche. Julio Saiz es uno de los trabajadores del trapiche que cumple la función de relimpiador y de vez en cuando de hornillero.

118

•

119



la comida que se da en toda molienda, así comenta doña Hilda mientras sigue cortando las cebollas: “Para el desayuno, me levanto a las tres y media, a las cinco estoy armando piquete y así sucesivamente, voy repartiendo desayuno y voy armando piquete, voy repartiendo piquete y voy armando almuerzo”. Y es que en la molienda se le da a los campesinos desayuno, piquete, almuerzo, piquete, medias nueves, piquete, cena y por último un chocolate con algo más. Mientras doña Hilda habla, llama mi atención unos trozos de carne colgados en un gancho a la intemperie –es la carne oreada de los santandereanos–. Esos son los trozos que ya se han pesado previamente para alimentar a los campesinos, dice la cocinera. Y de nuevo el tema del dinero. ¿Cuánto podría ganar una mujer que duerme dos horas diarias toda una semana mientras debe cocinar para más de treinta hombres? En la cabeza de mi acompañante la respuesta sería mucho más de un millón de pesos, pues es el esfuerzo lo que vale, pero no, “para la paga toca esperar a ver cómo es, eso es de acuerdo a la panela que se haga, todo depende de la molienda”, responde Hilda María.

Además de los lugares de trabajo que están en el trapiche, los campesinos tienen dos espacios: el baño y la habitación para dormir. El primero es un lugar estrecho y oscuro, tiene un lavamanos y el espacio del inodoro se cubre con una cortina de ducha, en la pared, arriba del lavamanos hay un letrero de recomendación escrita con tiza: por favor cuidar la llave. El segundo es una habitación oscura y pequeña con cuatro camarotes que tienen colchones delgados que por su color demuestran el tiempo que llevan puestos y que complementan los sitios de trabajo y descanso de las personas que trabajan en la molienda. También hay un cuarto con una sola cama y un poco más amplio que es el de doña Hilda, la cocinera, allí es donde descansa sus dos horas diarias y son esos lugares los que hacen, a pesar de su aspecto, que los campesinos puedan recuperarse para seguir trabajando en el trapiche.

## **La panela huérfana**

Luego de reencontrarme con don Heriberto en el trapiche, me comenta que son más los problemas que pasan los campesinos para producir la panela, por lo que me dirijo al pueblo donde se encuentran una de las bodegas de empaque y distribución de panela. Mientras vuelvo a recorrer el camino de

palmeras de la entrada del pueblo, José Benavad Mendoza, un güepsano, pero no de nacimiento, conocedor de la panela y contacto principal de la mayoría de personas del pueblo, me presenta a Lola Cabello, dueña de la bodega, un lugar que está lleno de cajas hasta el techo, que desprende el olor dulce de la panela y que tiene abejas que a nadie incomodan. Mientras doña Lola habla dirige a las personas que trabajan con ella, pues están pasando la panela al camión de distribución, allí, ella comenta que la panela debe ser completamente natural y que por restricción de Fedepanela, cada panela y cada caja deben llevar un sticker que determine los cuidados de la panela, el peso, la fecha de producción y otros datos. En la bodega se presentan dos de los principales problemas de los campesinos güepsanos en la producción de panela y mientras me despido de doña Lola, me los comenta José Benavad Mendoza, el señor conocedor de panela reconocido por más de la mitad del pueblo, mientras caminamos de vuelta al trapiche. José es un señor de 53 años, que ha vivido la mayor parte de su vida en Güepesa y sabe los 'trucos' que se manejan en el mercado de la panela: "De pronto eso no se lo dijeron porque les da vergüenza pero resulta que por tradición la panela de Villeta tiene un buen mercado, mejor que la santandereana, entonces es triste decirlo, pero por mayor comercio la panela güepsana se empaqueta como panela elaborada en Villeta, Cundinamarca", dice José mientras llegamos al trapiche. Esto explica el hecho de que en la bodega de doña Lola se estuviera empacando la panela



La Federación de Paneleros de Colombia se encarga de la economía y venta de la panela por todo el país, el producto que no tenga el sello de aprobación no se puede comercializar, por lo que se ha vuelto obligación la compra del sello.

en cajas marcadas con letreros de 'La Villetana', lo que hace que la mano de obra santandereana no se reconozca al creer que la panela proviene de Villeta Cundinamarca, y no de Güepsa. Esto la convierte en una panela huérfana, que no se sabe realmente de dónde proviene y que para muchos no tendría lugar de origen, algo a lo que se ven obligados los campesinos para mejorar la venta de la panela.

Cuando llegamos de nuevo al trapiche hablamos con don Heriberto sobre la situación del empaque y él reafirma que ese es uno de los problemas y comenta que precisamente el sello o marca que deben llevar las panelas es un requisito obligatorio y que el que lo exige y lo vende es la Federación Nacional de Productores de Panela -Fedepanela-. Que además –en opinión de Heriberto– es una Federación que no aporta: "Lo que siente el panelero es que la Federación no sirve, que la Federación cobra por una etiqueta y el campesino no recibe nada a cambio, no recibe ningún incentivo, en cambio la Federación de Cafeteros sí", dice Heriberto mientras nos lleva a José y a mí de vuelta a los campos de siembra.

## Muchos mochos

Cuando volvemos a observar el paisaje de las montañas con los tonos ocres de las cañas de azúcar todos nos quedamos en silencio, de nuevo se siente un ambiente de tranquilidad y paz reflejado en el cambio de expresión de Heriberto y de José. Rompiendo con el silencio, Heriberto dice que problemas son los que hay, que a diferencia de muchos trabajos en Bogotá donde lo que sobra es gente, en el pueblo lo que falta es mano de obra, porque antes habían muchos obreros dispuestos a trabajar que venían de diferentes veredas, pero que con el tiempo eso se fue acabando y los campesinos fueron dañando el trabajo y no porque lo realizaran mal, sino porque algunos campesinos llegaban borrachos a la molienda y otros no llegaban, eso retrasaba la producción. José me dice que recuerde que en el pueblo vimos a más de tres personas mochas, sin un brazo. "Esa gente llegaba embriagada, entonces estaba el prenero y botaba el brazo, lo mandaba a la máquina y como estaba 'jarto' el molino le cogía el brazo y se lo cortaba, hasta que apagaran el molino para devolvérselo", afirma José mientras dábamos paso a las mulas que llevaban una nueva carga de caña. Entonces una cosa depende de la otra y esa otra de la misma, la



producción de la panela es un ciclo y ese ciclo funciona si todos ocupan su lugar en el tiempo adecuado: sin cocinera no hay comida, sin tolinchero no hay panela, sin prensero no hay jugo de caña de azúcar y así sucesivamente, todo para obtener tan preciado dulce, que de acuerdo a Fedepanela causa el efecto panela.

### **¿Y el ambiente quién lo salva?**

Como buen agricultor, Heriberto sabe lo que es bueno para la tierra y lo que sirve, para él todo tiempo pasado era mejor, pues comenta que anteriormente se trabajaba con azadón para limpiar la tierra y que por falta de mano de obra y mala economía para el campesino se incentivaron el uso de las malezas, de los insecticidas y que esto

No hay una edad precisa o adecuada para entrar a trabajar en un trapiche, lo único que se le exige al campesino es ser trabajador, responsable y tener la fuerza suficiente para desempeñar la labor que le corresponda.

122

•

123

daña el suelo, pero que es lo que hay y con lo que se puede trabajar. Con una mirada algo decepcionante Heriberto me mira y se ve en sus ojos la tristeza que le produce el daño que el ser humano le causa al medio ambiente, más aun sabiendo que él mismo tiene la solución y sabe que ese deterioro tiene una razón: "Por la economía política, por los líderes políticos que tenemos que no incentivan los precios sino que prefieren importar y en vez de coger esa plata que están importando digamos: hombre, capacitemos al trabajador del campo porque en la capacitación del campesino, de los técnicos, de todo lo profesional del sector agropecuario está el cuidado del medio ambiente", dice Heriberto, no con rabia sino con impotencia.

Seguimos nuestro camino por los campos de siembra, el cielo güepsano se empieza a cubrir con un sol más picante, lo que hace que Heriberto reacomode su sombrero y que José se ubique debajo de un árbol de naranjas. Ya va a ser medio día, porque en la molienda del trapiche no se para, el proceso es un ciclo, todos dependen de todos y trabajan por intentar lograr algún sustento económico. Entre pagarle el sello a una Federación que de acuerdo a Heriberto y José no aporta nada económicamente, pagar un sueldo para los campesinos que trabajaron en la molienda, guardar para volver a cosechar y volver a tener el dinero para producir y también comprar la comida con la que se alimentarán a las 30 personas o más que trabajarán en el trapiche, ¿Qué le queda a Heriberto? ¿Por qué dedicarse a sembrar caña y producir panela? Esto me lo responde Heriberto con una sonrisa: "No tengo nada más que hacer, aquí uno no encuentra nada más pero si uno busca alternativas, los precios varían. Hoy puedo vender en mil pesos como puede estar en mil quinientos pesos, el campo es agradecido para la salud del ser humano, pero ya no es para enriquecerse", dice Heriberto mientras observa a José intentando buscar sombra debajo del naranjo.

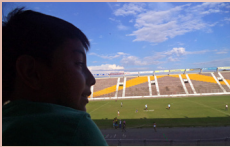
Me despido de estos dos anfitriones y paso una última mirada a las personas que trabajan en el trapiche al calor de una hornilla, que sudando van por la comida que doña Hilda les preparó. Vuelvo a recorrer ese pueblo que huele a ají y a panela, que tiene un clima muy caliente y unas palmeras verdiblanas que saludan a los viajeros que quieran conocer un poco más de este pedazo de tierra santandereana, una tierra dulce, panelera y cinematográfica.





124  
•  
125

De acuerdo con el Invima, la vestimenta que deben usar los trabajadores es de color blanco, sin embargo, las limitaciones económicas han hecho que los campesinos utilicen cualquier tipo de ropa que los haga sentir cómodos.





# El último sorbo del vinotinto

Por Julián Capera

126

•

127

Fotografía:

**Julián Capera**



La poca asistencia de público en Ibagué agudiza la crisis financiera que vive el Deportes Tolima.

Fotografía: Elrincondelvinotinto.com

## El insulto

128

•

129

**E**l reloj había marcado ya las 4:00 de la tarde de aquel 7 de julio, era una de esas fechas que han de convertirse en peldaños de la historia. Cualquiera de las columnas del estadio Manuel Murillo Toro servía para huírle a la ferocidad con la que el sol golpeaba esa tarde en Ibagué. Las graderías empezaban a llenarse de rostros sudorosos, ceños fruncidos y sonrisas ansiosas. El Deportes Tolima estaba a un paso de la final. Con el correr de los minutos una espesa mancha vinotinto iba ocultando los viejos escalones, casi siempre vacíos, del máximo escenario deportivo de los tolimenses. Juan Manuel, un niño de 12 años y sonrisa dispareja que delata su ingenuidad, vaciaba una bolsa de agua sobre su cabeza mientras discutía con hombres seis veces más viejos que él la alineación que debería presentar el equipo de sus amores. En su mano derecha una bandera que le cosió su abuela con retazos de tela que él mismo consiguió, en la izquierda un sombrero safari saturado de vinotinto y oro, como su camiseta, sus cuadernos, su habitación y su corazón.

Al otro lado de la hierba hirviendo, el camerino norte: recinto custodiado por muros de ladrillo con casi 60 años de historias. Muros teñidos de excremento de paloma que delatan el paso del tiempo. Muros a los que los niños se acercan con la ilusión de un autógrafa, y en los cuales se recuestan los periodistas a esperar aquellas voces que llenarán los oídos de la afición y las barrigas de sus hijos. En aquellos muros un portón de metal por el cual ingresaban los protagonistas, los dueños del espectáculo: los jugadores. El bus del equipo arribaba al estadio luego de recorrer las vías de una ciudad que le hacía calle de honor con banderas y bocinas. Carlos Castro, director técnico del Tolima, entró al camerino rumiando una preocupación que se haría insoportable con el correr de los minutos: "En el bus no vi lo que sentía como jugador cuando me dirigía a un partido de estas características. El equipo estaba apático, silencioso". Adentro, lejos de los ojos expectantes de la afición, Castro se dirigía a sus jugadores con la autoridad y el afecto de un padre: "vamos mis guerreros", recuerda que les decía mientras subía el volumen del equipo de sonido para animar a sus dirigidos. Todo estaba dispuesto para que ese fuera un gran día. Quizá todo menos los encargados de hacerlo realidad.

Faltaban solo minutos para que rodara el balón en Ibagué. Daniel Arbeláez, trompetista miembro de la barra popular del Deportes Tolima, cuenta que luego de eludir la "represión de los policías, en muchos casos provenientes de otras ciudades, hinchas de otros equipos", la banda musical de la *Revolución Vinotinto Sur*, máxima agrupación de hinchas de Ibagué, hizo su ingreso captando la atención de todos los asistentes. Aquellos instrumentos, ingresados y requisados dos días antes por disposición policial, "no son los más afinados, pero son una extensión del alma", dice Daniel con una breve sonrisa que delata su orgullo. Adelante los vientos, luego una línea de bombos "que llevan el ritmo del corazón", atrás la fila de redoblantes y la línea de platillos. "Un carnaval de alegría popular. Una pasión con la que se nace" dice Carlos Rojas, *Carlitos*, un hombre cercano a los 40 años, de barba espesa y elocuencia académica, reconocido en la ciudad como uno de los rostros visibles de la *Revolución*. Quienes no tocan no entran cantando, entran dando voces de guerra, gritos concebidos en lo profundo del alma que salen a flote al declararle su amor a todo ese conjunto de emociones que es el Deportes Tolima. Un amor expresado en



coros adaptados o compuestos por aquellos que encuentran en el fútbol un escape pasajero a la crudeza de su realidad. Para *Carlitos*, “la barra se compone en su mayoría por jóvenes de los sectores más complicados de la ciudad, pero logra reunir a gente de toda clase en torno a una misma pasión”. Sin duda una cuestión de afecto resumida por Daniel con la resignación de un enamorado: “Un amor humilde que una vez encontrado no se puede dejar jamás”.

El Tolima saltó a la cancha con el peso del favoritismo a sus espaldas, o mejor, en sus piernas. “El periodismo deportivo nos daba como finalistas, estábamos a un gol”, recuerda Diego Estrada,

A pesar de la incertidumbre sobre el futuro del equipo, los entrenamientos continuaron en el Manuel Murillo Toro.

130

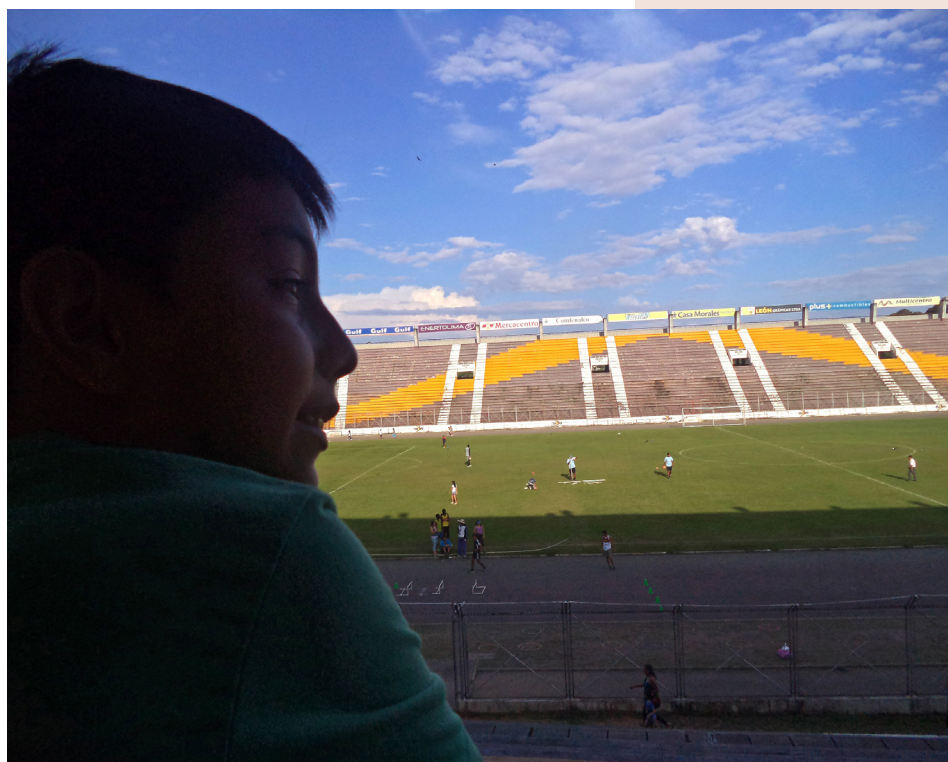
•

131

preparador físico del equipo. Ser los más opcionados constituye la primera mala señal para Ricardo Torres, corresponsal de uno de los diarios más prestigiosos del país. “Es una cuestión de mentalidad. En Ibagué no tenemos mente ganadora”. El sol por fin daba tregua, el público en pie para recibir a los once gladiadores que debían llevarlos a experimentar la adrenalina de disputar un título. El estadio rugía por primera vez en todo el semestre, y aquello también pesó. “Nos costó ver la casa llena, –recuerda Castro con una expresión de lástima en sus ojos– estábamos acostumbrados a jugar ante solo 3000 personas”.

Inició el partido y “el equipo que a punta de grandes esfuerzos había llegado hasta esta instancia parecía haber sido reemplazado por uno completamente desconocido”, cuenta Estrada. “Un equipo sin alma, sin huevos”, dice Arbeláez. Ante la falta de actitud de sus jugadores la *barra brava*, que para Carlitos es la “deidad en el templo que es todo estadio” fue modificando paulatinamente el tono de sus coros: de la declaración romántica de fidelidad eterna se pasó a las bruscas exigencias. Pero a diferencia de otros partidos con características similares, las demandas no solo provenían de la tribuna sur. “El estadio, todo el estadio, se fue calentando con el correr de los minutos”, recuerda Torres, quien cubría el juego a pocos metros del banco técnico y sentía el espesor del ambiente. “Niños de 12 años se levantaban con vehemencia a exigir cambios”. Algo fuera de lo cotidiano estaba por suceder.

A diez minutos del final, ya entrada la noche, la desesperación en las graderías y del banco técnico parecía alcanzar su punto máximo. Ni los reclamos provenientes de la tribuna, ni los cambios ordenados por el cuerpo técnico lograban hacer reaccionar al equipo. Entonces ocurrió lo que Castro veía venir desde que percibió aquella apatía incómoda en el camerino norte. Víctor Cortés, delantero rival, envió el balón a la red del conjunto tolimense, en una jugada rápida que pareció más un sablazo que un gol. Los segundos siguientes fueron largos, difíciles. El silencio reinó. “Un impresionante silencio de veinte mil personas, un silencio que hablaba”, recuerda Carlitos, quien enfocó su videograbadora en “los ojos de Laura, la niña que toca el redoblante, y que no pudo evitar llorar”. Otra vez el sueño de ser campeones parecía desvanecerse sin mayores explicaciones y por eso la profundidad de aquella mudez. “Cuando la mujer que tu amas se silencia es más duro que cuando te insulta”, reflexiona



el líder de la barra. En el costado sur del estadio se rompió la afonía: a ritmo de trompeta se entonó un coro que dirigió de inmediato todas las miradas al palco de preferencia donde se encontraba, acompañado de su familia, Gabriel Camargo Salamanca, máximo accionista y presidente del club. El cántico que atacaba directamente la reputación del directivo, o la de su madre para ser más específicos, “se contagió a todo el estadio. Especialmente a la tribuna numerada, la más costosa. El dinero no es garantía de una buena educación ni de un buen comportamiento”, dice Torres. Para Carlitos, lejos de estar relacionado con la educación, “el madrazo es un desfogue”. Por su parte, Ricardo

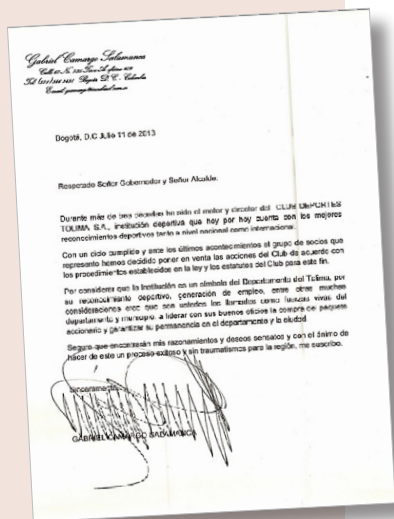
A sus 12 años, Juan Manuel, ha encontrado en el Deportes Tolima una de sus mayores pasiones.

132

•

133





Mediante una carta enviada a las autoridades del departamento, Gabriel Camargo informó su deseo de dejar la institución. Fotografía: Club Deportes Tolima.

Salazar, gerente del equipo manifestó: “sentí lo que sentiría si viera a unos hijos insultar al padre que les ha dado todo”. Aquellos improprios traían consigo una acusación moral. Reproche que una buena parte de los asistentes al estadio sostuvo aquella noche de rabia y dolor en Ibagué. “veinte mil personas no se pueden equivocar”, dice Carlitos sobre el tema.

## El rumor

Desde que obtuvo su primer campeonato en diciembre de 2003, el Deportes Tolima ha estado muy cerca de volver a conseguir un título. Sin embargo, “ha faltado el remate” dice Salazar, quien ha estado al frente de la institución durante la última década. “Lo sucedido la noche del 7 de julio fue la manifestación de la fuerza que ha ganado un cuento que al repetirse tantas veces termina por parecer una realidad”, analiza Torres. “Dice la gente en Ibagué que Camargo vende los partidos, y por eso no ganamos nada”, explica Arbeláez. “Ni bobos que fuéramos. Para el miembro de un equipo no hay nada más hermoso que ser campeón. Antes que el dinero está el prestigio de recibir un trofeo, salir en una foto y poderle mostrar a sus hijos que fue campeón”, relata Estrada. “Eso son bobadas que se inventan los medios malintencionados. Incluso económicamente no hay nada mejor para un club que ser campeón”, dice Salazar.

## La decisión

Cuatro días después nadie quería hablar del tema. Traerlo a colación era salar una herida que de a poco empezaba a cerrarse. El silencio lo rompió

en quince líneas Camargo Salamanca, quien tuvo que salir escoltado por la policía unas noches atrás. “Con un ciclo cumplido y ante los últimos acontecimientos el grupo de socios que represento, hemos decidido poner en venta las acciones del Club”, expresaba en una carta enviada por el directivo al Alcalde de Ibagué, Luis Rodríguez y el Gobernador del Tolima, Luis Carlos Delgado, en la cual añadía: “Creo que son ustedes los llamados a liderar la compra del paquete accionario y garantizar su permanencia en el Departamento y la ciudad”. A quienes conocen del tema les bastaron estas líneas para predecir una tormenta. “El problema no es que Camargo se vaya, el problema es que no hay quién le suceda”, reflexiona Arbeláez, quien dice que en Ibagué a nadie le interesa hacerse cargo; “es una vergüenza la amargura de la ciudad”. La alcaldía y la gobernación dejaron en claro rápidamente que no estaban en condiciones económicas de comprar las acciones. Así las cosas, el *vinotinto y oro* podía salir de la que había sido su casa por casi sesenta años, “no porque en Ibagué no haya empresarios capaces de adquirir el paquete accionario avaluado en treinta millones de pesos, sino porque ellos no lo van a hacer” anota Torres. “Un equipo en estas condiciones, con una de las taquillas más bajas del país no es rentable para nadie”, dice Ricardo Salazar.

## La incertidumbre

Martes 24 de septiembre. Han pasado casi tres meses desde la noche del 7 de julio. Nada volvió a ser igual en la concentración del equipo pijao. Eran las 7:30 de la mañana en el parqueadero principal



Ricardo Salazar, gerente del Deportes Tolima ha recibido fuertes críticas de la hinchada por el manejo administrativo que da al equipo.

del estadio Manuel Murillo Toro. Lentamente van apareciendo periodistas en busca del profesor Castro, el primero, casi siempre, en llegar. Es tarde, al menos en el reloj del entrenador quien ya ingresó a las instalaciones del estadio. Frente al portón está Miguel, “el chef del Vinotinto” dicen riendo los periodistas que le acompañan. El cocinero, tímido con los desconocidos y afectuoso con los miembros del equipo, supera ya los cuarenta años. Llega el estadio con su bata quirúrgicamente blanca, en una pequeña moto acondicionada para traer ingredientes, jarras y hasta una estufa portátil. Miguel es uno de los tantos ibaguereños madrugadores que no tiene ingresos estables, mucho menos prestaciones, y que encuentra en el Deportes Tolima algo más que una distracción.

Con el paso de los minutos van arribando los jugadores, muchos de ellos protagonistas de aquella eliminación. Anthony Silva, capitán del equipo, “de los pocos que cree en esta causa”, según Arbeláez, llega sobre la hora límite en su automóvil negro. Saluda con cordialidad a los periodistas que vienen a cubrir el entrenamiento, despojado de la bravura que evidencia en el terreno de juego, y se dirige a Miguel para pedir algo de desayuno. Antes de ingresar es abordado por una señora que le ofrece boletas para participar en la rifa de un reloj que seguramente Silva puede pagar. El capitán saca un billete de su bolsillo, y cuando su interlocutora va a entregarle la diferencia él le pide conservarlo, explicándole que le quiere comprar cinco boletas. “Es un caballero, aunque todo esto le haya afectado un poco el carácter”, comenta Torres al presenciar la escena.

Para Ricardo Torres, un periodista deportivo que creció siguiendo al Deportes Tolima por influencia de su padre, “la desaparición del equipo supondría un impacto muy fuerte para las familias que viven gracias a esto”. En el ejercicio de su profesión Ricardo ha hecho amistad con vendedores de tinto, agua, empanadas y lechona, y sabe lo que implicaría la ausencia del Tolima en una ciudad con una tasa de desempleo cercana al 13%. “Eso sin mencionar el golpe emocional para aquellos que, en una ciudad con pocas alternativas de entretenimiento, han hecho de esto un estilo de vida”.

Carlos Castro camina cabizbajo por el terreno de juego mientras los jugadores se preparan para iniciar el calentamiento. “Si alguien siente una derrota soy yo. El Tolima lo es todo para mí”, dice el *profe* quien ha estado vinculado a la ins-

titución casi toda su vida, como recoge bolas, jugador y ahora desde el banco técnico. Sin duda está preocupado, su “querido Tolima”, constante protagonista de los últimos torneos, no gana hace tres fechas y está lejos de los lugares de privilegio en la clasificación de la Liga Nacional. Sumado a esto la asistencia a los partidos es cada vez más baja en Ibagué, en parte porque no se aprueba su labor. “Los pocos que vienen no dan para sostener un equipo que esté peleando primeros lugares”, dice el entrenador con un acento que delata su tolimese origen. En su tierra natal muchos ya olvidaron la entrega con la que disputaba cada partido cuando vistió en la década de 1990 la camiseta vinotinto y oro, y ponen en tela de juicio su coeficiente intelectual o su moral, lo cual es más grave para él. “La gloria no la compra ningún dinero. Ser campeón es algo que no se puede pagar”. Al terminar el entrenamiento Castro llena su *Pegeout QP 206* de juveniles que aún no tienen para llegar en carros propios, sube el volumen de su radio y se marcha en busca de su almuerzo.

Gabriel Camargo “un adinerado afebrado del fútbol”, según Salazar, decidió no responder llamadas. Camargo, de 71 años, quien fue legislador de la República en dos ocasiones es “un jeque” para Arbeláez, “un actor” para Carlitos, “el capitán de un barco” para Torres, y “un luchador incansable y solitario” para Salazar. Es capaz de despertar desde el odio profundo, hasta un respeto que raya en la sumisión: nadie que haga parte del Deportes Tolima se refiere a él sin utilizar el *Don* previo a su nombre, o sin dotarlo de un cargo que ya no



Gabriel Camargo ha expresado en varias ocasiones su deseo de dejar el Deportes Tolima tras el poco respaldo de los tolimeses.  
Fotografía:  
[Elrincondelvinotinto.com](http://Elrincondelvinotinto.com)

ostenta, el de senador. El sonar de su nombre detiene cualquier entrevista y obliga a detener lo que sea que se esté haciendo para atender su llamada.

Ante el sepulcral silencio del ex senador, Ricardo *el Pitirri* Salazar, gerente de la institución, y mano derecha de Camargo, es quien responde preguntas. Atiende solo a aquellos que pasan el filtro de su secretaria en las instalaciones del Club, a pocas cuadras del estadio Manuel Murillo Toro. Este santandereano, hombre de fútbol, demora cada una de sus respuestas y esquiva con virtud preguntas complejas. Ojos, oídos, voz y hasta mensajero de Camargo, quien reside en Bogotá. Es “el que más conoce sobre el tema. El único que sabe la verdad”, según sus propias palabras. “Hemos logrado tener un equipo importante recogiendo lo que sobra de otros, fichando jugadores antes que sean figuras que no podamos pagar”. Salazar se empeña en evidenciar los sacrificios que hace el senador para “llevar en sus hombros un equipo que está perdiendo cerca de cuatrocientos millones de pesos al mes, y enfrentarlo a escuadras millonarias como Nacional”, que según la Superintendencia de Sociedades encabeza la lista de las utilidades del sector con ingresos cercanos a los 7800 millones de pesos anuales, y paga salarios cercanos a los setenta millones de pesos. “Es como poner a competir un *Renault 4* con un *BMW*” resume el *Pitirri*. “El insulto es grave pero no más grave que el aspecto financiero. Este equipo no es rentable. Esa es la verdadera crisis”, finaliza Salazar.

## La noticia

Es 25 de septiembre, han pasado más de tres horas desde que se cerraron las puertas de un lujoso salón en el club El Nogal de Bogotá. Adentro, el presidente del Deportes Tolima Gabriel Camargo, todos los miembros de su junta directiva, el alcalde de Ibagué y el gobernador del Tolima. Afuera, a cientos de kilómetros, un pueblo que a falta de noticias se dedica a especular. En medio de un silencio que se volvió ritual, al menos con la gente de Ibagué, Camargo abandona el recinto sin ratificar o desmentir ninguna de las especulaciones que los días y el silencio han tejido. Los medios más importantes a nivel nacional buscan a personas cercanas al empresario y se apresuran a poner en su boca la decisión de echar para atrás la determinación de vender sus acciones. Juan Manuel, el niño de 12 años que ha sufrido, impotente, con la “posibilidad



de que la pasión de toda una región se mude a otro estadio”, sonrío y aprieta el puño al enterarse de la disposición. Los habitantes de la capital musical de Colombia coinciden en que este no ha sido más que un capítulo de la novela de amor entre Camargo y el Deportes Tolima, los cuales parecen no concebir su existencia si el otro faltase.

Sin embargo, el paso de los días se encargará de demostrar que aquella tarde en Bogotá no se pusieron puntos finales. En su lugar, puntos suspensivos que avivan de nuevo la incertidumbre. Las tribunas cada domingo se ven más tristes que el anterior, a pesar de la información divulgada a nivel nacional el 25 de septiembre, el gobernador

‘La Revolución Vinotinto Sur’ ha acompañado al Deportes Tolima desde el año 2000 promulgando los mismos ideales de la Revolución francesa.

Fotografía: Daniel Arbeláez.

del Tolima aclaró un par de días después a una emisora local que “no es cierto que Camargo no tenga en venta al Deportes Tolima. No hay ofertas serias aún; pero el equipo continúa en venta”. Información ratificada por el mismo exseñador que en una entrevista dada unas semanas después a un periódico de otra región confirmó que no regresará a Ibagué, y que existen propuestas en varias ciudades del país, encabezadas por nombres con historia en la institución tolimense como Jorge Enrique Rueda quien fuera presidente del Club en el año 2003.

El Deportes Tolima va más allá de ser un equipo de fútbol. En los colores que ha vestido durante casi sesenta años, vinotinto y oro, encajan perfectamente los recuerdos y los anhelos de toda una región que ve en esta institución una pieza irremplazable del rompecabezas de su esencia. En el silencio hondo que recorre las tribunas prácticamente vacías del Manuel Murillo Toro se percibe un lejano murmullo de gloria, pasada y venidera. Sin embargo, si el murmullo no se hace grito, si las graderías no vuelven a llenarse, si Camargo no regresa, probablemente muy pronto el Deportes Tolima no sea más que un nostálgico recuerdo, un amargo último sorbo.







# De visita en la casa del diablo

Por Sebastián Ospina

142

•

143

Fotografía:  
José Álvarez



Giovanni: "Estas casas se hundieron un 31 de diciembre, ¡imagínese el mierdero!".

## El misticismo de un inocente

**U**na noche, con sólo cinco años, llegó a mis manos un ejemplar del periódico *El Tiempo*, en el que sobresalía una noticia sobre el diablo. “Sí: el tipo es bien plantado, anda de negro, mide dos metros y tiene pezuñas. Es el diablo... el diablo”, recuerdo que decía en ese periódico del 27 de abril de 1996. Tenía impresa una imagen de Lucifer: rojo él, con cuernos y ojos que daban la impresión de querer salir del papel. Apenas logré echar un vistazo al texto antes de que mi madre –ferviente evangélica– me lo arrebatara de las manos afirmando que no podía ver esas cosas, para luego incinerarlo en una caneca metálica que reposaba en un rincón de su habitación. El mayor de mis hermanos, quien sí logró leer el diario, me contó que a una joven y a un taxista se les apareció el demonio, que éste no llevaba zapatos porque tenía pezuñas y que por donde caminaba dejaba un repulsivo olor a azufre. Aquella noche, mientras intentaba dormir, mi consciencia no paraba de repetir: “¡El diablo sí existe!, y si lo llama tres veces, ¡se le aparece!”. Lo verraco de mi situación era que sí, efectivamente existía y ¡era mi vecino!.

Nací y crecí en el barrio El Jardín, en Bucaramanga. Aquel conjunto de cuadras poseía un misticismo único, corría el rumor de que alguna vez hubo un tiroteo, de que en la quebrada vecina se podían encontrar tortugas y cangrejos, y de que ahí no más, en nuestras narices, vivía el Diablo. Los jóvenes de la barriada crecimos atentos a cualquier noticia sobre las casas que yacían derrumbadas a unas pocas calles de nuestro vecindario.

Un 31 de octubre, mientras los niños deambulábamos por la noche pidiendo dulces, un olor a mortecino se apoderó de la cuadra que limita con la misteriosa casa. Los vecinos adultos, preocupados por el olor a muerte, llamaron a la policía, quienes, luego de ingresar al inmueble abandonado, afirmaron haber encontrado una vaca muerta.

Hace unas semanas visité la casa de Juan Camilo Navarro –habitante del barrio–, y, luego de recibir su amable atención, dialogamos sobre aquél suceso.

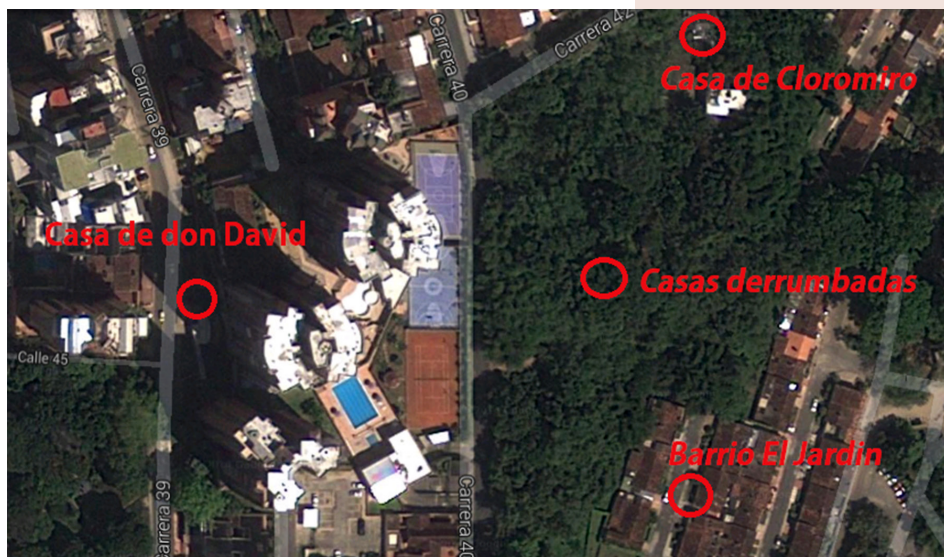
— Ole Lilo, ¿se acuerda de lo de la vaca?

— Ustedes eran los locos que se metían por allá. Yo estaba muy pequeño y no me dejaban acercar mucho, pero sí recuerdo que decían que los satánicos habían rajado una vaca por la mitad y que le habían sacado el ternero para sacrificarlo.

Días después del escandaloso evento, Orlando Cancelado, compadre de mis progenitores, periodista del canal TRO y vecino del barrio, llegó a mi casa con los pelos de punta.

Después de varios años sin conversar, me dio su versión de los hechos. “Compadrito, estaba sentado en el estudio de mi casa y Nicolás empezó a ladrar. Sentí un olor asqueroso y una sombra que estaba detrás de mí. Me volteé y la sombra se corrió de lugar, además, Nicolás comenzó a ladrar más fuerte. La puerta del estudio se cerró de un solo ‘tramacazo’, ¡y ahí sí ni mierda!, cogí mis chiros y arranqué a correr con el perro detrás para la casa de sus papás. Llegué con los poquitos pelos que tengo parados y su papá sólo se reía. Pero chino, créame, yo sé que era el diablo”, afirmó el periodista.

Estas historias hicieron de las casas derrumbadas un tema a tratar diariamente por los jóvenes de la cuadra, quienes de manera arbitraria terminaron por bautizarlas bajo el seudónimo de la Casa del Diablo. Timbré en el domicilio



El Hippié: "La policía casi nunca se mete a joder por este monte, nosotros no nos metemos ni con ellos, ni con nadie".  
Fotografía: Google Maps.

146

•

147



"La Casa del Diablo, emblemática construcción del sector que transformó sus patios y caballerizas en dos gigantescos edificios que se conocen como Casa de don David",  
Gentecabecera.com.  
Fotografía: archivo particular.



de Doña Leonor –propietaria de una casa en el Jardín desde muchísimo antes de haber respirado mi primera bocanada de aire– y, luego de luchar contra su memoria por recordarle quién era yo, le indagué sobre la dichosa estructura. Su respuesta fue idéntica a la de otros adultos mayores de la barriada.

— Señora Leonor, ¿qué sabe usted sobre la Casa del Diablo?

— Mijo, la casa del diablo que yo conozco es la de Don David, queda en la carrera 39. Ahorita hay un edificio allá.

— No, Doña Leonor, le hablo de las casas de acá arribita, las derrumbadas.

La señora frunció el ceño y afirmó:

— Joven, usted está equivocado. Esas casas no son la casa del Diablo.

## La Casa del Diablo, historia de Bucaramanga

Al igual que Doña Leonor, la mayoría de bumangueses reconoce la casa de Don David como la verdadera y única casa del Diablo. El mito más conocido en la Ciudad Bonita surgió hace varias décadas. Un artículo del diario *Gen-te de Cabecera*, publicado el 10 de febrero de 2012, cuenta el origen de la afamada historia.

*Dicen los libros que, diez años antes, don David Puyana Figueroa había llegado en barco procedente de España, y que en 1865 decidió construir una inmensa casa hacienda en la parte alta de Cabecera del Llano. Desde allí, y con la ayuda de un catalejo, divisaba los cultivos de café que dominaban la zona en predios de su propiedad.*

*Sentado en su balcón, analizaba con su monocular el quehacer diario de sus empleados. Anotaba, identificaba y esperaba el día del pago –sábado– para pasar su cuenta de cobro.*

*- Usted el lunes en la tarde durmió, el martes en la mañana comió naranjas, el miércoles... les decía.*

*Así desnudaba cada una de las actividades de sus obreros, quienes asombrados por la precisión, echaron a andar el rumor de un posible pacto entre don David y el Diablo.*



148

•

149

Carlos –joven bogotano de 22 años–: “Aquí vivimos siete manes, pero vienen todo el rato otros chinos a fumar y a enfiestarse”.

Además de este mito, también se rumoraba que debido al embrujo que poseía la casa, en uno de los marcos que adornaban sus paredes, jamás se logró poner una ventana. Los obreros tomaban las medidas del marco, y cuando volvían con la ventana lista, las medidas eran distintas.

A tan solo una cuadra de la hacienda embrujada, la empresa de Don David Puyana –Urbanas– inició el levantamiento de un complejo residencial. Antes de culminar con la construcción del mismo, las estructuras de la mayoría de viviendas sucumbieron ante la inestabilidad del terreno. La ciudad perdió todo interés en el espacio de las casas derrumbadas, y como todo lo que no sirve, se relegó al rincón del olvido.

Según Cloromiro –el único propietario que no perdió su casa debido a la falla geológica–, desde 1974, él es la única persona que habita legalmente el boscoso terreno. “Los únicos vecinos que he tenido, son los que actualmente ocupan las casas”, comentó el anciano.

## Los diablos también son humanos

Con el ánimo de realizar una crónica sobre la casa del Diablo –las casas derrumbadas–, me movilicé de Bogotá hasta Bucaramanga. Llegué un viernes y de inmediato contacté a José Álvarez, amigo y estudiante de artes audiovisuales. Le manifesté mi interés en que él fuera el encargado de hacer la foto fija que incluiría en el proyecto, propuesta que el joven no rechazó.

Al día siguiente, a eso de las 3 de la tarde, me reuní con José. Habíamos acordado vernos más temprano, pero, debido a la lejanía de su morada, la puntualidad del encuentro no fue tenida en cuenta. Llovía en mi ciudad natal aquel sábado, el día estaba oscuro y húmedo, nada alentador para ingresar a las casas. Previamente averigüé sobre el presente de éstas. Sabía que unas personas vivían allí, por lo que compré una bolsa de pan y una gaseosa sabor manzana, de esta manera mi visita sería menos molesta.

No hablamos con nadie, no hubo un primer contacto con los ocupantes y mucho menos un permiso, simplemente nos dirigimos a la boca del lobo. Eran las cuatro y media de la tarde. Ingresé junto a mi compañero por el sendero que conduce al oscuro lugar.



Don Cloromiro: "Eso es mentira. Aquí sí mataron una vaca, pero la mataron para llevársela la mera pulpa, las meras partes buenas".



Carlos: "A veces los pensamientos se me vuelven realidad, ahí es cuando más me cago del susto".

150

•

151

Luego de varias zancadas, visualicé las casas que protagonizaron la mayoría de pesadillas que tanto agobiaron mi niñez. Nos acercamos un poco y, de repente, varios perros corrieron hacia nosotros vociferando advertencias en su idioma.

Dimos unos pasos más y dos hombres aparecieron entre las grietas de la casa. Su aspecto no era nada agradable; estaban sucios, sin camisa y con sus ojos detallando cada parte de nuestros cuerpos. “Señores, ¿qué se le ofrece?”, dijo uno de ellos. Le respondí que estaba realizando una crónica sobre la Casa del Diablo, además, le manifesté mi interés en escuchar sus experiencias al vivir allí. El hombre se mostró tranquilo y dispuesto a colaborar. Hizo una seña indicándome que siguiera al escalofriante lugar y así lo hice. Observé detalladamente cada uno de los grafitis que adornan las paredes de la casa. Colgada en una pared, una cabeza de ternero sin ojos me miraba con extrañeza, como si yo hubiera sido cómplice de su muerte. Intenté parecer lo más tranquilo posible, pero estoy seguro de que no lo conseguí; las piernas me temblaban como a bailarina de samba. Le pregunté al habitante de la casa si mi compañero podía tomar fotos. “Obvio ‘ñero’, por ahí andan unos rolos que están haciendo una película con nosotros, entonces sano, dígame que todo bien”, autorizó el señor. Le dije a José que no se preocupara por la cámara, que recorriera el lugar y tomara fotos. Mi acompañante se terminó de tranquilizar al descubrir que dos estudiantes de la Universidad Nacional se encontraban –con cámara al hombro– documentando la vida de los habitantes de la casa.

Tranquilo por la seguridad de José –más que todo por su costosa cámara–, proseguí a dialogar con el señor que me atendía.

— Ole mano, ¿cómo es que es su nombre?

— Jefferson, pero no me diga así, dígame Diablo.

— Oiga Diablo, lo que pasa es que yo crecí por acá cerca, y antes se escuchaban rumores sobre sectas satánicas en esta casa. ¿A ustedes nunca se les ha aparecido alguna joda rara?, ¿nunca los han asustado?

El Diablo se rió, me miró con cara de extrañeza y sentenció:

— ‘Pito’, aquí lo único que asusta es el bazuco.



152

•

153

El Diablo: "Tenemos pan, aguardiente y porro, ¡mucho fiestón violento!".



La respuesta del personaje hizo que se me saliera una carcajada. Segundos después, le pedí permiso para recorrer la casa. Con un gesto de aprobación dio luz verde a mi solicitud. Atravesé la casa en la que sostenía la conversación con el Diablo hasta llegar a la segunda entrada.

Allí, un joven de buen vestir puso su fría mirada sobre mí. Me le acerqué, le pregunté su nombre y le brindé un cigarrillo. “Me llamo Carlos, soy de Bogotá, parcerito... Regáleme un toque de candela, todo bien”, dijo el joven. No es un hombre muy expresivo, habla suave y evita mirar a los ojos; no parece ser la persona adecuada para conversar. Pero, lejos de toda apariencia, prendió su cigarrillo, cruzó las piernas y se dispuso a hablar.

— Mis padres son muertos. A mi cucho lo mataron hace rato, y a mi mamá me la ‘sicarearon’ en Bogotá cerca de la calle 19 con carrera 18, me le pegaron 3 tiros unos ‘hijueputas’. Me vine para Bucaramanga a prestar el servicio militar, allá me dieron a probar el bazuco.

— Pero, usted ya había probado otras drogas, ¿cierto?

Puso cara de inocente, como quien oculta un misterioso secreto, levantó los hombros y confesó:

— Sí, en Bogotá probé el perico. Un tiempito después de estar en el ejército, me echaron porque me cogieron fumando bazuco dentro del batallón. Yo tengo una hermanita de 7 años, vive con mi tío acá en Bucaramanga. Intenté vivir allá, pero yo no me entiendo con ese *man*.

El joven de 22 años calló por un momento y miró hacia el exterior de la casa, como analizando su realidad. Minutos después, le pregunté qué sentía cuando fumaba bazuco. Giró su cabeza y manifestó: “Mucho temor, mucho miedo”. Carlos duerme en el piso, no tiene cobijas ni otra muda de ropa distinta a la que llevaba puesta aquel día. Su expresión triste me hizo sentir mal, y no sé si haya sido buena idea hacerlo, pero, para animarlo decidí comprar aguardiente.

Le di cuarenta mil pesos al Diablo para que comprara un litro de guaro y dos paquetes de cigarrillos. Agarró el dinero y se fue a conseguir el trago.

Luego de hacer el pedido para los “diablos de la casa”, continué con el recorrido. Mientras lo realizaba, José congelaba con su cámara la experiencia que





154

•

155

Giovanni: "Ahí no hay nada, esa película de los rolos no creo que sirva de mucho, ya casi nos va tocar ir mirando pa' dónde agarrar".

estábamos viviendo. Subí lo poco que quedaba de unas escaleras y llegué al segundo piso. De un costal –que hacía las veces de ventana– surgió un señor. “Chamo, ¿me regala un cigarrillito?”, ordenó Giovanni –porque sonó más a orden que a favor–. Le entregué el cigarrillo y aproveché para contarle sobre del trabajo que estaba realizando. Mientras me escuchaba, sacó de su bolsillo un encendedor, prendió el ‘marlborito’ y me interrumpió.

— Hay unos chamos que están haciendo una película con nosotros, y dicen que supuestamente nos van a ayudar para que nos reubiquen. Lo que pasa es que estas casas las van a tumbar y van a hacer un parque. Ya nos mandaron dos cartas, una de la corporación y otra de la alcaldía, en las dos nos ordenan que desalojemos. Los dueños de las casas, unos están muertos y los otros no aparecen, entonces no saben con quién negociar.

Expresó con cierto desconcierto el hombre descamisado.

Luego de escucharlo le estreché la mano como agradecimiento y despedida y me dirigí al tercer piso. De repente apareció un señor sin camisa, con varias cicatrices en el estómago, con una pantaloneta larga y escurrida por su cadera, que casi dejaba ver sus partes íntimas. Le pregunté su nombre y, como si fuera un niño atendiendo a un mayor, respondió: “Camilo Andrés Rueda Cifuentes”. Este individuo emanaba tranquilidad, sumisión.

— Andrés, ¿a qué se dedica usted?

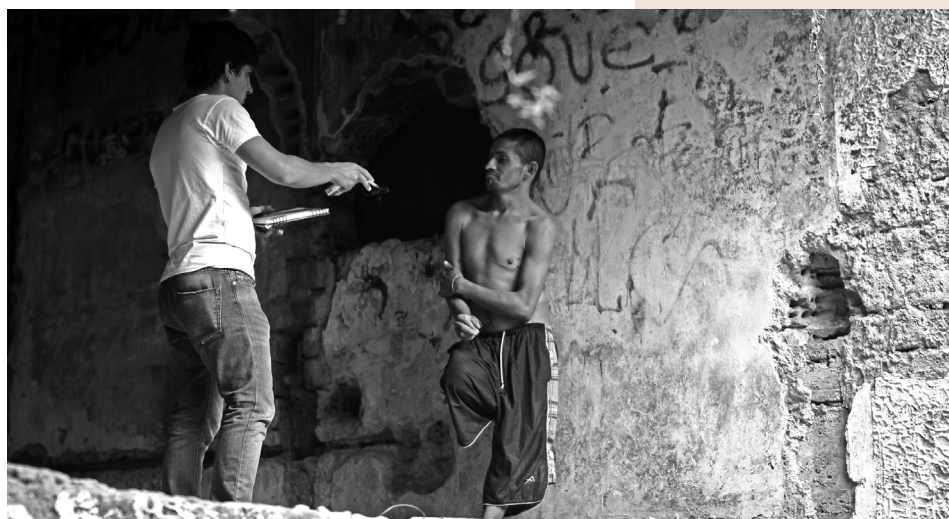
— Señor, yo reciclo.

— ¿Cuánto le pagan por el reciclaje?, ¿cómo es la vaina?

— Nosotros vendemos el kilo de vidrio y cartón a cien pesos, ahí uno se hace la ‘barbachita’ (Dinero).

Afirmó el hombre, mientras mecía su cuerpo de lado a lado con las manos dentro de los bolsillos. Me despedí, no sin que antes me pidiera la ‘liguita’. Me alejé de él pensando en lo difícil que debe ser recolectar un kilo de cartón, para sólo recibir cien miserables pesos.

Bajé las escaleras y me reencontré con el Diablo –quien ya había regresado con el aguardiente – y Carlos. Eran las 5 y media de la tarde, la noche se aproximaba y José ya me miraba con cara de: “¡Vámonos ya!”.



Camilo Andrés Rueda Cifuentes:  
"Todos trabajamos, ya sea  
reciclando, cuidando carros o  
en cualquier otro 'camellito' que  
aparezca. No le hacemos daño  
a nadie, porque el que a hierro  
mata, a hierro muere".

156

•

157



Darwin –joven que visita la casa para  
meter vicio–: "Ñero, créalas que los  
gomelos nos menosprecian por tener  
menos, pero sano, ante los ojos de  
Dios todos somos iguales".

Hice caso omiso a la advertencia gestual de mi compañero y me senté en el piso. Abrí la botella y llené varias copas. Carlos permaneció la mayoría del tiempo callado, sólo hablaba para pedir cigarrillos o una copa de 'guaro'. Por otro lado, el Diablo no paraba de contar historias sobre las barras bravas del *Nacional*. "Una vez en el Parque de Berrio, unas gonorreas me estallaron la jeta a punta de 'traques', me pusieron 12 puntos internos", confesó. José siempre estuvo sentado detrás de mí, guardó silencio y mantuvo un perfil bajo. Un quinto personaje apareció, el Hippie. Su presencia era intermitente, bajaba del segundo piso a pedir una copa de licor, se la tomaba y regresaba de nuevo a su guarida. De vez en cuando se escuchaba un comentario suyo proveniente del segundo piso. "Sí, sí, yo he escuchado esa canción, es 'poporra'", gritó desde su cuarto, haciendo alusión a una champeta. Con la casa casi a oscuras, tres personajes más se unieron al bebido, Cristian, 'la Dayana' y Darwin.

Sentado en un balde volteado, junto a una botella de aguardiente, con la oscuridad adueñándose de la casa en ruinas, un porro rondando por la boca de los diablos y las papeletas de bazuco escondidas "por si los chinos son de la Sijin", los inquilinos sacaron sus cuchillos. Todos estaban armados, todos tenían navaja patecabra. José se asustó un poco, también yo, pero, era tanta la confianza que sentía con ellos, que simplemente les serví un trago más de aguardiente. Uno de los muchachos –Cristian– me enseñó cómo desenfundar el cuchillo y, luego de varios intentos, aprendí cómo sacar la patecabra apropiadamente. Apacigué el momento de tensión ofreciéndole una copa a Darwin. "Darwin, tómese esto pa'l frío", le aconsejé al muchacho. Agarró la copa, y antes de beberla, dijo: "¿Un guaro pa'l frío? Para el frío hay que hacer es hijos, ¿sí o qué Dayana?". Su compañera sentimental asintió con la cabeza y le celebró el comentario.

Eran las 7 de la noche, la oscuridad ya se había apoderado por completo del lugar. Sólo el celular de Darwin –que reproducía cumbias desde el suelo– dejaba distinguir un rostro de otro. Luego de charlar un buen rato, de pasar varios momentos de tensión y de reír sin parar, me levanté del suelo y me despedí de todos. Les agradecí por su colaboración y prometí que en otra ocasión los volvería a ver.



Llegué a esa casa buscando al Diablo de las sectas, al de la tabla güija, al responsable de la muerte de la vaca, mejor dicho, ¡al diablo que tanto me jodió de peladito! Pero lo único que encontré, fue a un puñado de personas por diversas o adversas circunstancias viven al margen de la sociedad, que tienen sus propias leyes y que en consecuencia atraviesan el camino de la vida como el mismo Diablo lo dijo: “En la anarquía total, papi”.

Estos señores son humanos, no diablos. Si los trata como trataría a un amigo se dará cuenta que no son tan distintos a usted. Sienten hambre, tienen necesidades sexuales, trabajan, ríen, se toman sus aguardienticos –si hay plata– y, debido al repudio de la sociedad, sufren por el rechazo de las personas. ¡Deles la mano sin asco!, ¡salúdelos sin pena! y verá cómo se transforman de diablos en personas gratas, amables y simpáticas.

El diablo es sólo un reflejo de los más salvajes instintos humanos... Tal vez el diablo es uno.

158

•

159





# Bajo la piel de “El Patrón”

Por Susana Mora Concha

160

•

161

Fotografía:  
Susana Mora  
Juliana Arango Ossa





Para Andrés Parra, la mirada baja de Escobar refleja la mitad de lo que fue: complejo de inferioridad.  
Fotografía: Susana Mora.

“ ¡A mí no me pueden decir sé tú! Yo no sé ser yo. ¿Sé tú? ¡Yo no sé cómo se hace que yo haga de yo!”, dice Andrés Parra entre risas y a modo de charla mientras se fuma un cigarrillo y se toma una piña colada bajo un cielo de 32°C, mucha humedad y un sol picante de medio día. Él está sentado en una silla de plástico roja, en medio de una habitación pequeña, de techo de madera y piso de baldosa blanca, en calzoncillos y sudando por el infernal calor de Girardot; uno de sus lugares de grabación. Dos personajes llenan su cuerpo de “Menticol” para protegerlo de los zancudos, y un maquillador, descalzo y malhumorado, le masajea la cabeza con sus manos desteñidas por el vitíligo para relajarlo un poco. Andrés, cierra sus ojos, suspira y bosteza, aunque lanza algunos gestos de placer.

Comienza el proceso de maquillaje: su transformación que durará unos 45 minutos y lo convertirá físicamente en el personaje que hizo del narcotráfico, un símbolo colombiano; el estigma de la mafia: Pablo Escobar. Fadi –como le dicen al maquillador– con un pincel fino, delgado y sombras oscuras fortalece sus rasgos; esos pliegues entre la frente, el mentón, los pómulos y la nariz. Andrés abre sus ojos por milésimas de segundos, donde deja al descubierto su mirada profunda y fija al horizonte. Una brocha recorre su rostro para anular el brillo, dándole vitalidad al personaje. Todavía se ven sus ojos azules claros, que después de unos segundos y un par de lentes de contacto cambian a un café oscuro. Su cabeza aún la vemos sin pelo. Luego tres personas a su alrededor

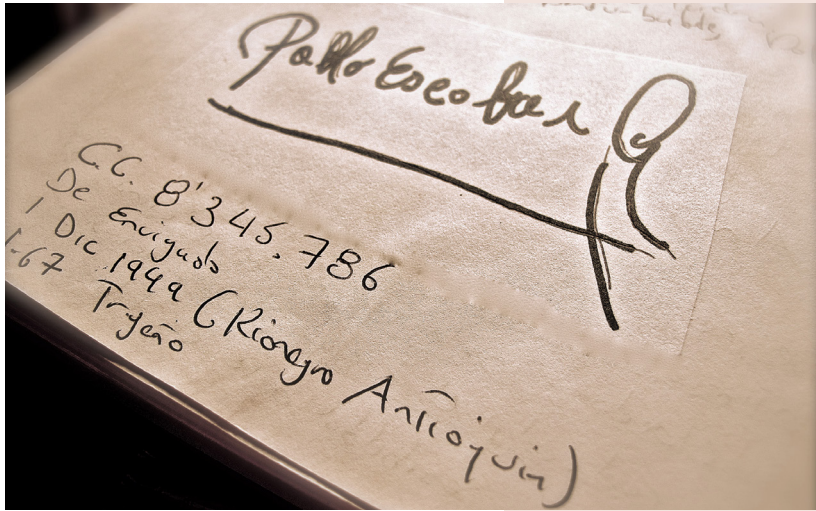
ponen una peluca de pelo castaño oscuro y rizado, sobre su calvicie. Después de 45 minutos, el proceso ha terminado y Andrés sigue mirando fijo al horizonte, está serio, callado, no modula una palabra, no se dirige a nadie. "Ha entrado en su trance", alguien dice. Ahora, es Pablo Emilio Escobar Gaviria. Se levanta de su silla *rimax* roja y camina a su trono: el set de grabación.

## Pablo Escobar: el "Cirque du Soleil" de Andrés Parra

El personaje de Pablo, como muchos lo nombran, sin pronunciar su apellido, jubila a Andrés Parra de los papeles de "narco". Ante sus ojos no hay otro papel más interesante que este. No hay alguno más intrigante y complejo de personificar que Escobar, "El Patrón". Hoy le tocó a Andrés ser Pablo, aquel personaje, dice él, que todos los actores hubiesen querido interpretar, se siente privilegiado como actor, de recrear este personaje, independientemente del bien y el mal, un personaje mítico, repleto de contradicciones, estudiado mundialmente por psiquiatras y aún imposible de descifrar dada la riqueza de sus contrastes y matices. El interpretar este personaje lo llevó a través de una experiencia que cambió su percepción de la historia de "El Patrón". Si él hubiese sabido las dimensiones del proyecto a nivel nacional e internacional, quizás hoy, no hubiese sido capaz de hacerlo. Se hubiera bloqueado y no hubiera tenido el valor necesario, dada la popularidad del tema a nivel nacional y del compromiso que traía consigo interpretar ese papel.

Para interpretar a Pablo, Andrés creó un diario, una recopilación de apartes de libros, principalmente de *La Parábola de Pablo* de Alonso Salazar, *El verdadero Pablo* de Alias "Popeye", el de Virginia Vallejo, entre otros. Periódicos, documentales, entrevistas, discursos, fotos y un análisis psicológico que le ayudaría a apropiarse más del personaje. Este diario es un cuaderno del "Cirque Du Soleil", en la portada está la foto de Pablo Escobar tomada la primera vez que va a la cárcel de Itagüí, donde aparece sosteniendo el cartel de delincuente, sonriendo desafiante –según Andrés–. Cada personaje que él ha interpretado tiene un diario que narra una historia.

Pablo decía ser la persona más importante en el mundo después del Papa, y se lo creyó. Se creyó lo de "El Patrón", era megalómano. También decía que se había vuelto "malo, de verdad malo" después de la bomba de Mónaco. Millares



Diario. Puño de Andrés, letra de Pablo, quien fue abatido en 1993 y murió de cuarenta y cuatro años de edad. Fotografía: Susana Mora.



Escobar fue encarcelado por primera vez en 1976, a sus veintisiete años. Transportaba treinta y nueve kilos de cocaína desde la frontera del Ecuador. Fotografía: Susana Mora.

de personas alrededor del mundo se preguntan si Pablo Emilio Escobar Gaviria nació siendo un tirano o se convirtió en un monstruo. Por su lado, los psicólogos, según el análisis que hicieron junto Andrés Parra, concluyeron que "es un sociópata con incapacidad para experimentar culpa, vergüenza, asco y pudor. Se basa en sus propias normas morales y se rige bajo ellas. Antisocial, agresivo, sádico: tiránico". Y mientras Andrés leía esta descripción se emocionaba, alzaba la voz, se reía a carcajadas y sacudía mi brazo con fuerza, repitiendo una y otra vez: "Esto definitivamente es lo más chimba e interesante del planeta. ¡Es una locura!" Indudablemente, nació con gran capacidad para ser bandido, bajo el seno de una madre que le inculcó la ambición y en medio de un país con un Estado si no débil, ausente.

Hermilda Gaviria, madre de Pablo, es una mujer preparada, inteligente, abierta, inquieta, con iniciativa, fue maestra. Según Vicky Hernández, actriz que la interpreta, tenía poder sobre los demás, siempre inculcó en Pablo la ambición y la perseverancia sin importar quien estuviese al frente. Como la actriz lo interpreta, Pablo fue el hijo con quien su comunicación traspasaba límites comunes; "como si tuviesen un lenguaje filial, emocional: como si tuvieran una vida juntos". De la mano de una investigación rigurosa, acompañada de Andrés, Vicky descubrió entre Hermilda y Pablo una personalidad impulsiva, agresiva, insensible, con gran afinidad al peligro y la adrenalina. Amante a la reclusión, razón por la cual construye la Hacienda Nápoles; un mundo donde solo habita él, es frío, cortante, plano y obtiene placer del sufrimiento. Es netamente dogmático, seguidor de Marx y de la izquierda. Es autoritario, su palabra es sagrada. Es belicoso, competitivo, hostigador, calculador. No tiene conciencia de sus actos, pero todo tiene un motivo. No tiene límites.

Andrés, adoptó sus modales lentos, largos silencios de *El Padrino*, al igual que su vocación social. Su mirada baja al piso, rasgo característico de este personaje cuando se dirigía a los demás o cuando saludaba, como en aquella famosa foto de Pablo en la Casa Blanca donde está mirando hacia el piso, lo que podría revelar su complejo de inferioridad, su naturaleza como hombre de pueblo que se siente por debajo de los demás. Andrés, al preguntarle: ¿Qué hizo Escobar en este país? relata una anécdota. Alguna tarde de grabación en una comuna de Medellín, cruza la calle desde el lugar de maquillaje hasta el set





En el año 1992, el Gobierno nacional colombiano ofrecía como recompensa mil millones de pesos por información de 'El Patrón'.  
Fotografía: Juliana Arango Ossa.

de grabación, ya “disfrazado” como Escobar. Se le acerca una mujer, entrada en años, bajita y de semblante humilde. Ella con fuerza lo abraza y le dice: “Pablo, yo nunca tuve la oportunidad de agradecerle por la ancheta que usted mandó a mi casa. Muchas gracias”.

## Nace y muere un personaje

Mientras Parra, acostado en una cama, en el cuarto de maquillaje, el día de su “muerte” y en calzoncillos responde a mi entrevista, afirma nunca haber tenido dificultades emocionales por el personaje. Entre carcajadas y a modo de charla dice, “por lo menos yo digo que yo no estoy rayado. Alguien más puede pensar lo contrario. Igual uno no sabe cuándo está loco. De todas formas, yo digo que yo no me rayé”. Ahora, un poco más serio, sostiene que aquella postura en donde los actores afirman dejarse afectar por los personajes es falsa y emocionalmente peligrosa. Por lo menos él nunca buscó sentirse Sancho Panza, primer papel que tuvo como actor en una obra de teatro en sus años de

colegio, donde comenzó a descubrir su amor y talento por la actuación. Papel que construyó con unas medias veladas, unos pantalones anchos, un chaleco de gamuza y una olla de su madre, pero que recuerda con tanta emoción como la que le causa Escobar.

Andrés no buscó sentirse Pablo Escobar, sino imitar las emociones que lo embargaban. Tiene la sensibilidad necesaria para hacerlas ver reales. Por sus estudios en La Escuela de Teatro Libre de Bogotá, su experiencia como actor de teatro, cine y televisión, y quizá su naturaleza, tiene la capacidad de recrear un personaje complejo como Escobar. Él es emocionalmente frágil y sensible. Cree que esta condición le ayuda a potenciar su rol como actor. Además, durante las largas horas de grabación logró hablar como Pablo, desde sus entrañas, a tal punto que algunas frases eran de su propia autoría, alguna vez dijo: "Yo no tengo ningún inconveniente en seguir ensanchando la franja roja de la bandera de Colombia" o "Le voy a enseñar una cosa mijo, si usted se quiere cagar a un enemigo de por vida, mátele a un hijo en navidad" o "a la clase dirigente de este país le tiene que quedar claro que a partir de este momento difícilmente alguno de ellos se vuelve a morir de viejo en este país", y él se pregunta, ¿de dónde ha salido semejante barbaridad?, pues del alma de Pablo Escobar.

A pocos minutos de grabar la escena en la que matan a Pablo Escobar, en un tejado de una casa en la ciudad de Medellín, cerca al Estadio Atanasio Girardot, por la calle 80, tal como sucedió el 2 de diciembre de 1993, Andrés Parra dice que lo único que le afecta emocionalmente es la barba, porque le estorba mucho. En ese momento, una mujer entra al cuarto temblando por el Parkinson, le ofrece un plato de mondongo del que Andrés acepta solo un poco, pues debe estar liviano para el tiroteo. En la escena debe correr por su vida hasta que no pueda más, pero segundos antes de entrar en acción, acepta tener miedo. Pablo no tendría miedo, pero Andrés está "cagado del susto".

Lamenta no haber ido a la tumba de Escobar en el cementerio de Montescro en Medellín, para darle las gracias por todo, como hizo su madre Hermilda Gaviria hasta el día que falleció. O como muchos de sus cómplices, amigos, colegas, quienes lo admiran, lo aman o quienes se dejan llevar por los tragos, lo visitan en el cementerio donde su existencia ha sido resumida en una lápida que dice; "Aquí yace Pablo Emilio Escobar Gaviria, un rey sin corona".



## Un recuento de la historia

Un Robin Hood, como se proclamó, un “personaje folklórico y estrambótico” como lo definió Timothy Ross, periodista de la ABC; “Uno en un millón”, como lo dibujó Joseph Toft, exdirector de la DEA en Colombia; un “Da Vinci del crimen”, como lo tituló el periódico *El Tiempo* o “El mejor hijo” como siempre lo aseguró Hermilda Gaviria. Andrés recuerda que antes de salir al aire la serie, una sobrina de Pablo le hizo llegar un mensaje en donde le decía, que ella, solo esperaba que mostrarán lo buena persona que había sido su tío, afirmando que jamás existiría mejor ser humano que Pablo Escobar.

El atentado al DAS, los panfletos del MAS (Muerte A Secuestradores) durante un partido de fútbol en la ciudad de Cali en el año 1989, el asesinato del fundador del periódico *El Espectador*, Guillermo Cano; el asesinato de Rodrigo Lara Bonilla, Ministro de Justicia durante el mandato de Belisario Betancourt; el asesinato de Luis Carlos Galán, candidato presidencial y líder liberal colombiano; la guerra con el Cartel de Cali, la bomba a *El Espectador*, la guerra en Colombia, esto lo que todos los colombianos saben, por cultura general o porque lo vivieron en carne propia. Para Andrés, antes de Pablo, Colombia era la “tierra del café”, ahora es la tierra de “la coca, los narcos y Pablo Escobar”. Según él, la serie deja al descubierto partes de la historia que no solían estar claras y revela cómo el Estado colombiano fue el gran cómplice de Escobar, por no decir que fue uno de los grandes motores. Se atreve a decir, que veinte años después,



Con el comercio de cocaína, Escobar hizo la fortuna más grande de su país y una de las más grandes del mundo avaluada entre nueve y quince mil millones de dólares de la época.  
Fotografía: Juliana Arango Ossa.

Colombia sigue siendo un terreno fértil para dar bandidos como este, que logró infiltrarse en todos los aspectos de la sociedad y convirtió su guerra en una venganza social; hizo lo que quiso con el país, al igual que con sus doscientas especies de animales de la Hacienda Nápoles.

Aún hoy en día, muchos seguidores lo aman con fervor, se convirtió en un dios para muchos, porque en palabras transmitidas a nivel nacional, del padre Rafael García Herreros, líder católico de un país religioso, en las que afirma haber recibido una donación de "Don Pablo Escobar", concluye que "cuando se hace la voluntad de Dios, no hay corrupción".

Se combatió al monstruo, pero, finalmente ganó, pues logró transformar económicamente al país, el lenguaje y la cultura. También dio a conocer el rol de un sicario. Incluso después de muerto logró reformar el sistema judicial y penitenciario.

Parra cree que él se pegó un tiro en donde siempre le dijo a su familia que lo haría cuando creyera que no había salida; debajo del oído. Pablo Escobar ganó, no se dejó llevar en extradición y salvó a su familia, "su santo y su sepulcro".

## Voces del terror

Bajo las vivencias personales y el dolor de los recuerdos de una época llena de oscuridad, nace la serie televisiva del Canal Caracol "Escobar, el patrón del mal". Una mujer, Juana Uribe, sobrina de Luis Carlos Galán candidato presidencial asesinado por Pablo, e hija de Maruja Pachón, secuestrada también por Escobar, junto a Camilo Cano, hijo de Guillermo Cano fundador del diario *El Espectador*, también asesinado en esta época, son los productores de la serie que muchos colombianos sintonizaron en las pantallas de sus televisores. Esto con el fin de resaltar la soledad que vivió Colombia en esta lucha contra el capo y reflexionar sobre la grave debilidad de las instituciones; Colombia sigue en peligro.

Juana, recordando años de persecución y amenaza, acepta que las personas no deben quedarse en los resentimientos del pasado, y que toda su experiencia dolorosa fue, en cierto modo, enriquecedora porque logró producir y contar esta historia sin herir susceptibilidades y siendo coherente con la realidad. Después de ver el resultado acepta haber comprendido el tamaño real del monstruo y asegura que si lo hubiera dimensionado en el momento que tuvo a su madre secuestrada, el miedo hubiera sido mil veces mayor.



170

•

171

Junto a Gonzalo Rodríguez Gacha, Carlos Lehder, Jorge Luis Ochoa y sus hermanos Fabio y Juan David, fundó el 'Cartel de Medellín'.  
Fotografía: Juliana Arango Ossa.

Carlos Moreno, uno de los directores de la serie, afirma que la audiencia televisiva busca “respuestas que nunca se le han dado”, explicaciones a una revolución social y una historia que pertenece a los colombianos. Él percibe a Pablo Escobar como la cabeza de un cambio social que marcó la historia de Colombia, y por tal razón, es que se genera empatía en la audiencia. Aún, veinte años después, Colombia no tiene la capacidad de responder a las incógnitas que encierra la historia de “El Patrón”.

Aún, entre carcajadas fuertes y risas, un sol que cae directo sobre la mesa en donde estamos sentados, los 32 grados de temperatura, otra piña colada y otro cigarrillo, Andrés insiste. “¿Cómo es hacer de ustedes mismos? ¿No es muy difícil? ¿A ustedes se les facilita? Definitivamente a mí no me pueden decir: ¡Sé tú!”.



# Mística, la costurera Wayuu

Por Maryann Estrada Fragozo

172

•

173

Fotografía:  
Maryann Estrada



La pintura morada es la muestra de que que hay niños en la casa. Detrás el único cuadro que tiene Mística colgado en su casa.



**T**engo en la memoria el recuerdo de mi Guajira. ¿Se han detenido a detallar un cactus guajiro? La indiferente planta ante todas las demás, con su distinguido color verdoso y espinoso, sus miles de agujas y su pequeño fruto redondo: la Iguaraya. La fruta intensamente roja debajo de las agujas que la cubren. El corazón seco del cardón. Jugosa, agri-dulce, exótica. No se parece a otra fruta roja, ni a la cereza, ni a la frambuesa, ni a la fresa, ni a la manzana. La Iguaraya sabe a Iguaraya. No hay sabor que la pueda reemplazar.

Es irónico que una fruta tan exótica esté escondida por las espinas del cardón. Ese cardón que crece en medio del desierto. Me pregunto, si en caso tal caminara entre las casas de barro y las rancherías, quiénes serían capaces de arrancarla del cardón y quitarle las espinas que rodean su pulpa. Repito, no hay ninguna como ella.



Tengo en la memoria esos versos del cardón guajiro, que alguna vez, Leandro Díaz compuso para Diomedes Díaz:

*Es que la naturaleza  
a todo le da poder  
al cardón le dio la fuerza  
pa' no dejarse vencer  
yo me comparo con él  
tengo la misma firmeza*

Son las 8 de la mañana en la calle principal de Riohacha. El sol aún no está puesto, la brisa mañanera envuelve el olor del mar y lo lleva hasta nuestras narices. A estas horas son muy pocas las personas que transitan por acá. Una mujer llega en un taxi y saca del baúl un gran saco blanco. Decidida en su labor pone una gran tela negra en el piso y en cada punta coloca unas piedras pequeñas. Se dispone a vaciar del gran saco todas las mochilas y demás artesanías que lleva adentro. Las tira una por una sin detallarlas, salen mochilas de todos los colores: marrones, amarillas, verdes, azules, negras, anaranjadas, pintando un arcoíris enredado a sus pies. Algunas tienen figuras geométricas: triángulos, cuadrados, círculos, rombos, rectángulos. Otras están pintadas con flores y paisajes guajiros. Hay de todos los tamaños: grandes, medianas, pequeñas y diminutas. Cada una posee un significado. Significados que a la gente no le importa a la hora de comprarlas. Sin embargo, les dejo un dato: la mochila es el útero de la mujer Wayuu.

Ahora comienza a ordenar por filas, con delicadeza, cada una de las mochilas que tiró. La tela negra comienza a desaparecer y las mochilas adquieren el protagonismo. Ahora es el turno de las manillas, los llaveros, los cinturones, los turbantes, las mantas y los sombreros. Desde los 3000 pesos hasta los 60 000 pesos es un recuerdo de la indígena que hizo todas las artesanías. Desde los lejos, un señor la saluda y le grita: ¡Argelida!

Me pregunto cuánto tiempo se llevó haciendo todas esas mochilas. “Cada tejido una semana”, me dice Argelida. La mujer detalla cada mochila en su puesto y las termina de acomodar como si fueran intocables, como si cada una fuera única, como si cada una estuviera hecha para las personas que pasen por



176

•

177

Los capuccinos o religiosos le toman fotografías a los indígenas. Los ven como algo extraño y un lugar inhóspito para las demás personas.

Fotografía: Libro "Guajira, memoria visual" de Vladimir Daza Villar.

la avenida y escojan entre los más de cinco puestos que rodean la peatonal. Donde en cada puesto, hay mujeres que tejen y otras que están a la espera de que llegue algún turista o solo alguien que las mire. Alguien que les dé el sustento de cada semana haciendo sus artesanías. Argelida se sienta en su puesto a esperar, a esperar que el día continúe y que se llenen las calles. Vender, volver a la casa y al otro día despertarse para llegar a la misma avenida.

Argelida. Me gusta su nombre, no es nada parecido a las Marías o las Lauras, es un nombre que distingue como la Iguaraya. Su color, su sabor, su misterio. Me gustan las Argelidas, me encantan las Vicentas y especialmente, adoro a las Místicas. Me gustan las Epieyuu, me gustan las Pushaina, me gustan las lipuana, me gustan los Epinayuu. Cada casta representa a un animal. Son buitres, son báquinos, son halcones, son venados.

Mística Epieyuu. Tan fuerte como el cardón. Tan exótica como la Iguaraya. Mística la de los rasgos identificables en todos los wayuu. Ojos achinados, nariz ñata, pequeña boca y su gran cabellera negra y lisa. Mística, de 30 años, textura gruesa, una gran sonrisa y pequeños tatuajes marcados en la piel con un alambre caliente que su propia hermana le hizo en una ranchería. Una mujer del servicio doméstico. Esa mujer que llegó a mi casa, dos meses después de encontrarse con la muerte, con un pequeño maletín lleno de ropa. El 10 de agosto de 2009, fue la primera vez que vi a Mística. Y desde ese momento, yo no lo sabía sino hasta hoy, hasta estos 3 días de regreso a Riohacha que nos volvemos a encontrar, que ella le dio un significado a su casta. Se convirtió en un buitre. En uno inmenso y voló a gran distancia de su pasado para criar a sus 4 hijos: Yolanda, Milena, Diana y Carlos.

Y no. Esta no es una historia de la pobreza y la desnutrición. Los Wayuu vienen de un territorio que históricamente ha tenido momentos de hambruna. Han ocurridos veranos intensos que hasta ahora se han expuesto por los medios de comunicación. Si usted le quiere apostar a las situaciones de La Guajira, comience por las causas que la tienen mal: medidas de prevención a largo plazo, las vías de comunicación, la producción de alimentos por los mismos Wayuu, nada de donaciones ni mendigar, una apuesta por la educación para que llegue a todos los territorios indígenas, y sobretodo, averiguar las políticas de quiénes gobiernan en cada uno de los municipios de La Guajira. ¿Existe



178

•

179

*“La Guajira es una dama reclinada.  
Mi Guajira es una dama reclinada.  
Bañada por las aguas del caribe inmenso  
y lleva con orgullo en sus entrañas,  
y lleva con orgullo en sus entrañas,  
una riqueza guardada  
orgullo pa’ mi pueblo”.*

Versos de la canción  
“La dama Guajira” del Binomio de Oro.

corrupción o no? Es una respuesta libre de cada uno. Lo que sí les puedo decir es que esta es una historia de una mujer de las muchísimas mujeres Wayuu. De una identidad. De una persona que no teje pero es tejida, como la mochila Wayuu, porque tiene la fuerza del cardón guajiro y lo exótico de la Iguaraya, que hasta su mismo nombre hace alusión a algo extraño y que merece ser descubierto: Mística.

Mística creció en el desierto, específicamente en una ranchería en el km 32 vía Maicao. Allá, ella tenía todo. Ella jugaba con las vacas, los chivos, comía mazamorra y tenía a sus 18 hermanos. Puede que cuando fuera pequeña, Mística escuchara a todos los pájaros del mundo cantar, como Vicenta Siosi, una escritora Wayuu, lo siente cada vez que va a su ranchería.

A los 8 años su mamá la dejó para trabajar en el mercado de Riohacha. Mientras crecía nunca tuvo la oportunidad de ir al colegio. En ese momento en la ranchería no existían internados indígenas. Cuando cumplió los 15 años, su mamá volvió y la mandó para Venezuela para que aprendiera a trabajar y a hablar español. Durante nueve meses la tía le enseñó los deberes de una empleada doméstica.

A todas las Wayuu no les toca igual. En la comunidad indígena existen personas comparativamente ricas y con amplias influencias sociales en la sociedad, hay otras como Mística que no poseen ninguno de estos beneficios. Ella creció con todo y con nada. Ella es parte del grupo de mujeres Wayuu que venden pescado en el mercado, que tejen artesanías en la avenida primera y que son empleadas domésticas. Es la china. Es "la india de porra" como una vez escuché a una mujer gritarle a una indígena.

En un principio, cuando se creó la tierra, dicen los libros de los Wayuu, fue la mujer. Los Wayuu son matrilineales. Son las mujeres quienes representan la casta. Más allá de la tradición y las costumbres que registran las fotografías de las indígenas en las rancherías haciendo la mazamorra y cuidando de sus hijos, la mujer es la carne, es el envoltorio corporal. "La mujer es el mundo de la frontera. La mujer tiene una especie de fuero sagrado con el que no se pueden meter", dice el historiador Wayuu, Wilder Guerra, haciendo referencia al papel y la identidad de la mujer. Así es, un cuero sagrado que nace del desierto.





Una mujer Wayuu, tiene en sus brazos a una de sus hijas, mientras espera la vacuna que están colocando los médicos de la IPS Anashanta. La mamá calma el miedo a la aguja.

180

•

181



Significado de Linaje. Mística tiene un rostro indígena que hace juego con el color de su manta en representación del territorio guajiro.

Esas mujeres, de carne y cuero duro, me recuerdan a mi niñez. A las calles de Riohacha, especialmente la 33, cuando pasaban las marchantas con grandes poncheras sobre sus cabezas gritando a todo pulmón: “¡Caaaaamaaaaaa-róooooon!”, esas entonaciones tan altas que se escuchaban en todo el barrio.

He estado tres días acá, y me he dado cuenta que aún las marchantas siguen pasando por la calle 33, con las mismas palabras y las mismas entonaciones. Es como si el tiempo no pasara. Todas esas mujeres trabajan en el mercado nuevo. Trabajan en un lugar donde las condiciones no son las más adecuadas, el olor es putrefacto, una mezcla a carne cruda y pescado, el piso está inundado de agua, de escamas y los restos de los pescados que son abiertos para venderlos. Las moscas revolotean de un lado a otro. Trabajan desde muy temprano, desde las 6 de la mañana hasta las 3 de la tarde, cuando se vende todo. A la hora de comprarles se les ve con una herramienta poco común. Un instrumento de madera circular o triangular con clavos, como un cepillo de peinar que utilizan para descamar los pescados. Se vende una gran variedad de alimentos. El camarón y su ripio. La sierra, la mojarra amarilla y blanca, el lebranchi, el casón, el pargo y la cojinúa. Cada pescado va en una pita de cabuya, como un collar medido por kilos. Hay otras variedades como pulpo, chipichipi, frijoles y huevos criollos.

Cuando Mística se fue a Venezuela con su tía no tuvo la oportunidad de hacer una de las tradiciones más importantes tras haberle llegado su primer período: El encierro. No tuvo la experiencia de escuchar a su abuela, ni a su mamá hablándole acerca de la cosmovisión indígena y de enseñarle a tejer una mochila. Tampoco tuvo la oportunidad de conocer el ritual que se realiza después del encierro. La celebración de conversión en una mujer Wayuu, celebrada con la yonna (el baile tradicional) y seguramente, con un buen plato de friché (el chivo picado).

Esa tradición no hace parte de Mística. Ella tuvo que responder a las necesidades y los retos de su casta. Las mujeres como Mística que dejan algunas de las tradiciones responden a los cambios. Que necesariamente no significan una pérdida, sino a una transformación en respuesta al occidentalismo. Son las ciudades que llegaron a las rancherías, mas no las rancherías a la ciudad. Son las ciudades que llegaron a los indígenas, mas no los indígenas a la ciudad.





Cada una de las mochilas de Argelidas, tienen un color que las distingue una de la otra. La elaboración de estas mochilas es un arte, su complejidad muestra la vida de la mujer wayuu.

182

•

183

¡Inmensidad de cosas que han adaptado los Wayuu con el tiempo! Sino, aquí les tengo un listado. Pasaron del burro, a la bicicleta con un tejido en la silla. Comenzaron a utilizar las gafas Rayban, las extranjeras, que ahora son parte del traje tradicional. Los hombres utilizaban wayucos (pequeños taparrabos) de tela que ahora pueden ser una simple toalla. Los Wayuu explotaron en colores. Usted antes no veía la inmensidad de colores que se ven en las artesanías. Introdujeron el color frente a una gama de tintes que no pasaba del negro, del café, del beige y del blanco. De la misma forma pasó con Mística.

Después de un año de trabajo, volvió a los 16 años a la ranhería del km 32, del que su mamá se estaría mudando cuando ella llegó. En ese mismo lugar donde vivió su niñez conoció a Fredy, su primer amor.

A medida que pasó el tiempo Mística se fue a trabajar como empleada doméstica en Valledupar. Allí se dio cuenta de su embarazo. Sin embargo, el tiempo le demostró que esa sería la primera dificultad en su vida, y también, su primera felicidad. Cuando le contó su situación a Fredy, le comentó que ella no quería que le pagaran. Ella no quería ser comprada por ganados, ni por dinero, ni licores. Mística quería construir su propia casa con Fredy. Al final, ella fue comprada.

Cuando Mística estuvo a punto de parir se fue para la casa de la hermana. A los tres días, Fredy llegó borracho y estas fueron sus palabras: “Qué mala suerte, si es primeriza niña es mala suerte, si es niño es buena suerte”.

Mientras piensa en la frase, Mística por primera vez, desde que hemos estado hablando se queda seria. Me menciona que luego de que nació la niña, fue maltratada y estuvo a punto de ser violada. Ella no reaccionó ante las palabras. Sin embargo, la bebé recién nacida, la de la mala suerte, fue quién con su llanto la salvó de Fredy. Sin más, cogió un burro y se fue a la ranhería de su mamá. No volvió a saber más de él.

Cuenta en la historia de las mujeres Wayuu, que anteriormente solo las mujeres libres eran quienes podían utilizar las mantas, las mujeres Wayuu esclavas no vestían ninguna indumentaria. Por supuesto, Mística se hizo libre. Escapó del daño y del dolor. Con manta o sin manta, ella era libre, como aquellas mujeres de esa época.

No pasó mucho tiempo cuando a los 18 años, conoció a su segundo amor. Lucho. El papá de Milena y de Diana. Convivieron siete años. Estuvieron juntos hasta el 2009. Lucho, junto con toda su familia eran indígenas conflictivos. Tenían enemigos y las armas eran la solución para resolver las diferencias. Aún en el 2009, los indígenas resolvían por sus propias manos los conflictos entre familia. De hecho, incluso en el 2016 Mística vive una situación similar con su papá, a causa del conflicto entre enemigos.

Si Mística no hubiera pasado por esta situación creería que es mentira y que es tan solo una escena inventada de su vida. Ella estaba adentro de la casa,



Mística junto a su casa de barro.  
Siempre tranquila y sonriente.  
Eso es lo que le han dejado sus  
30 años.

184

•

185

cuando de repente, escuchó los disparos que se produjeron. No sabía lo que estaba pasando. Ese día estaba lloviendo, cuando salió, y entre la multitud de gente encontró a Lucho tirado en el piso.

Esa no fue la tragedia total. A Mística le quitaron todos los bienes que juntos habían construido. “Luego de ese día, me quise morir, nada tenía sentido... yo me preguntaba ¿Pa’ que voy a seguir acá? Mis hijos van a estar bien, aquí los van a cuidar”. Encontró un tarro con un veneno blanco, espeso y amargo. El veneno para las cucarachas y las matas. Cuando se lo tomó le ardía mucho la garganta –con las manos recorre el cuello como si aún lo estuviera tragando–. Ya la vida se le estaba

acabando. Sentía mareo, pero estaba tranquila. De momento, uno de sus hermanos, Luis, fue quién la encontró en ese estado. Así comenzaron las horas de angustias para volver a Mística a la vida. Para que se convirtiera en un verdadero buitre.

— Me dieron un pocotón –hace con las manos la seña de abundancia– de leche corta’ con la clara de huevo para vomitar el veneno. Pero yo no. Yo no lo vomitaba.

Ese día llovía, el río estaba crecido. No alcanzaban a pasar algún carro por el río. Entre toda la gente que fue llegando tomaron un chinchorro y metieron a Mística adentro. Y entre cuatro personas la cargaron. Pasaron por el río turbulento. Pasaban los minutos y Mística ya no reaccionaba. Se perdió. Solo escuchaba las voces lejanas. Todo era negro, estaba inconsciente. Cuando volvió a la vida se encontraba en una camilla en Maicao, junto con una doctora que le había sacado con un tubo el veneno.

No volvió a la ranchería. Ella quiso estar lejos de los conflictos. Mística llegó a mi casa para escapar. Luego de un tiempo decidió volver para a encontrarse con sus hijas. Fue un sentimiento raro. Lloró. La más pequeña de las dos, Diana, le dijo: “¿Qué te pasó mami?”. Ella solo respondió con una frase sin sentido: “No, hija, no volverá a pasar”.

Mística poco a poco logró recuperar a los más importante que le quitaron luego de que se murió Lucho. A sus dos hijas. La primera de todas fue Diana. La sacó con la excusa de que debía llevarla al médico porque la veía muy mal. Luego a punta de sudor, comenzó a traer a todas sus hijas, que ahora conviven con ella y dos personas más en la casa de barro de la calle 40.

Ella trabajó en Venezuela, Valledupar, Riohacha y Maicao. Su jornada era desde 7 la mañana. En cada uno pagaban desde los 150 mil pesos hasta los 300 mil pesos. Con eso es que sustenta a sus hijas. Aun cuando el salario mínimo en Colombia es de 680 mil pesos. Ahora, está ayudando a un señor con un puesto de jugos de naranja y arepas de huevo. El señor le da alrededor de 15 mil pesos diarios.

— Después de todo lo que pasaste, ¿Qué piensas ahora?





186  
•  
187

En la cocina tradicional de la mujer wayuu siempre hay un palo para partir el maíz y un gran caldero para hacer el friché.

— Lo que yo pienso, y yo le digo ellas, es que deben estudiar. Hay una que va salir, y yo le digo que después elijan su trabajo. Y ahora yo sigo trabajando en casa de familia, pa' que ellos estudien, para darle lo que ellos necesitan. –Sonrió por un momento y continuó—. Porque ajá ahora, hay mucho estudio. Y yo no estaría con esa condición así, trabajar así. Trabajo así, porque no he estudiao', porque no sé hace' más nada.

Entre todo lo que dijeron sus palabras quedó resonando en mi cabeza que con todo lo que tiene está tranquila, está bien. Siente que todo ya pasó, ahora solo tiene un interés:

— El día que yo salga de aquí, ¿Pa' onde voy? –Lo menciona porque en la parcela donde vive no es suya—. Me gustaría conseguirme un lote, pero no consigo. Pero bueno, de pronto voy a conseguir una casa ahora. José (el señor con quién tuvo su último hijo) quiere una casita que tenga un rancho, un lote para construir una casa... y él ta' ahorrando ahí, donde Fernando (un señor que le cuida a su hijo Carlos) para juntar y conseguir otro. Ojalá él me consiga una casita. Que me regale una casita y conseguí' una propia.

Cuando hablé con una de las mujeres que me encontré en Bogotá, Sandra Rosado. Me dijo lo siguiente: “Los medios de comunicación llaman al genocidio Wayuu a los niños desnutridos, a los niños que se están muriendo. Pero yo pienso, que genocidio es que tú te quites tu manta y decidas ser como los otros. Pierdas la tradición”.

Pensando en Mística, las mujeres Wayuu tienen atributos que las hace únicas no por sus mantas sino por cuatro características esenciales en ellas: sabiduría, fuerza, autonomía y libertad. Sin tener una tradición sólida y saber solo un poco de su etnia, Mística es todo lo que acabo de nombrar. ¿Entonces por qué no sería una mujer Wayuu? Es tan sabia que quiere la educación de sus hijos, tan fuerte que ha criado a sus hija sin tener un buen saldo, tan autónoma que aprendió a salir adelante por sus propios méritos, tan libre que está sin ataduras para seguir criando a sus hijas.



Mística es un personaje sin serlo, no es una influencia política, ni económica, ni social. Es la Wayuu cotidiana que detrás de ella lleva un linaje y una identidad que le hace pensar en el futuro de sus hijos.

El último día que visité una ranhería para brindar trabajo social con la IPS Anashanta hacia las ranherías que están en Malewainka, vía Maicao, me di cuenta que el día a día de una mujer Wayuu entre tejer y cocinar, es darle una orientación a su generación. ¿Han descubierto la sencillez de una ranhería? Es donde se escucha el cantar de todos los pájaros del mundo, se respira silencio y tranquilidad viendo los chivos, los burros, los tejidos en todas partes, el chivo asolado para la comida, los cabritos del corral, los chinchorros colgado en los quioscos. Y si estuvieran cocinando no sería el arroz, sería la mazamorra, el friché y la leche cuaja'. ¡Todo tan diferente a la ciudad! Por supuesto que una mujer Wayuu no puede pensar igual que una mujer que se cría en la ciudad.



# Relato de un exilio

Por Anyi Cárdenas Forero

190

•

191

Fotografía:  
Anyi Cárdenas



Fabiola Calvo en la sala de redacción del Canal Capital. Celebración del programa que actualmente dirige: 'Ni reinas ni cenicientas'.

***E**sta es la historia de Fabiola Calvo Ocampo, periodista, escritora y coordinadora de la Red colombiana de periodistas con visión de Género, quien por la violencia de la década de 1980, enterró a tres de sus hermanos. El Partido Comunista Marxista Leninista de Colombia la acogía, pero ella era la siguiente en la lista. Europa fue el continente elegido, salió del país con su familia, sumándose a los 317.239 colombianos asilados en España.*

## **El primer golpe**

Sonaba el teléfono mientras Fabiola solo pensaba en compartir algo del tiempo que tenía con sus cuatro hijos. Ellos la miraban esperando que así fuera.

Aló –contestó. Era Rosa su cuñada.

Quería saber si tenía información diferente a la que había escuchado en la radio. El teléfono no dejaba de sonar, se intercalaban amigos, familiares y personas que no recordaba haber conocido, preguntando por detalles sobre la noticia. La tensión crecía entre las cuatro paredes de lo que llamaba hogar. Fabiola no comprendía lo que estaba pasando.

El sonido de la radio era lo que importaba, una voz del otro lado decía que había sido herido. Mortalmente herido. Un grito que emergía desde lo más profundo fue la forma de exteriorizar su dolor. Caminó hacia la puerta, dejó recomendados a sus hijos y se dirigió al lugar de los hechos, sin temer por su vida, solo con el deseo de encontrar respuestas y de comprobar por sí misma lo que ya todos sabían. Salió a las calles que, en ese momento, solo representaban peligro.

Ese día las flores y las montañas que tanto apreciaba Fabiola no existían en su mundo. A pasos largos llegó a la avenida y paró un taxi. Era 20 de noviembre de 1985, y la calle 42 con 13 esquina, se convertiría en un lugar de Bogotá no muy grato para recordar.

\*\*\*

Si cada cosa tiene un porqué, la respuesta para la situación de la periodista era el partido Comunista Marxista Leninista, que bajo la influencia de la Revolución China nace en 1965, y crea en 1967 al Ejército Popular de Liberación (EPL). La organización les seguía los pasos a sus hermanos y a ella. Con tan solo 14 años, esta mujer se sentaba a leer a Marx, a analizar el tema de la injusticia social, las desigualdades y a pensar en una alternativa que dejara atrás la guerra entre liberales y conservadores, un conflicto que dejó casi trescientos mil muertos y la migración forzosa de más de dos millones de personas. Para Fabiola los recuerdos son claros por las portadas en los periódicos y por los cuerpos sin vida que recorrían el río La vieja.

“El primero en involucrarse fue Jairo (Ernesto) él se movía mucho como en ese ámbito cultural, y en medio de todo ese proceso, tiene un profesor que le empieza a dar lo que es como el ABC del marxismo y el socialismo, cuando él se mete en esas lecturas me las empieza a pasar a mí, y yo arrastro a Óscar William, eso fue una fila india de mayor a menor”, dice Fabiola con una sonrisa cómplice que forma dos hoyuelos en sus mejillas.

Una fila india que termina llegando a las montañas del noroeste colombiano, a esa zona campesina afectada por la violencia liderada por los partidos tradicionales de la década de 1950, que ve el nacimiento de “un partido que lograría un cambio para Colombia”, dice Álvaro Villarraga, constituyente y amigo personal de Fabiola.





194  
•  
195

La abuela Sofía, Pastora (madre de Fabiola), Héctor, William y Fabiola. Celebración dominguera de fin de semana.  
Fotografía: archivo particular.

El contexto revolucionario, las múltiples guerrillas que surgían no solo en Colombia, sino en Latinoamérica y en el mundo, dejaban en evidencia la formación política de los jóvenes de la época. “Era casi imposible estar al margen, a los quince años ya teníamos posición política”, expresa Villarraga.

Evidentemente la juventud de los hermanos Calvo Ocampo brotaba con un deseo de revolución. Sentada en su silla, deja la libreta en el escritorio, se acomoda y con una sonrisa que ilumina su cara, me mira a la espera de escuchar lo que puedo estar por preguntar. Aún se sienten los deseos de cambio.

— ¿Qué buscaba el partido Comunista Marxista Leninista?

— Por un lado era un cambio de la estructura, acabar la propiedad privada. El planteamiento era buscar un gobierno socialista, entonces, la propuesta que a una la llamaba como adolescente, era la propuesta de cambio y de justicia, de justicia social.

\*\*\*

Fabiola se bajó del taxi, caminó entre la multitud que impedía su caminar rápido. Alguien le gritaba:

— ¡No puede pasar!

Quien lo hacía tomó su fusil en las manos y apuntándole en el pecho seguía moviendo sus labios. Fabiola estaba desconcertada, el dolor que sentía por esperar lo peor, no la dejaba responder del mismo modo. Las luces que estallaban en medio del desorden, de los gritos, de las cintas que decían “Peligro no pase”, cegaban su mirada. Pronto se identificó, el uniformado no tuvo otra opción más que dejarla pasar.

Recordar el pasado no es fácil –ella se acomoda en su silla, pide a gritos un café– la cantidad de trabajo y las fuertes luces de la sala de redacción la agobian. Me mira como cuando los padres miran a sus hijos, con deseo de que ellos aprendan mucho más sobre la historia de la Patria, y no precisamente con base en la historia tradicionalmente contada, sino, con base en la vida de los jóvenes que buscaban algo nuevo y diferente.

— ¿Y sus padres?

— Para mi papá fue un golpe muy duro. Mi mamá, en cambio, entendió porque se acercó más, no porque definitivamente dijera ¡sí!, pero pues qué



Ernesto Rojas –comandante del EPL, John Agudelo Rojas– presidente de la comisión de paz, y Óscar William Calvo, vocero público del EPL. Firma de la tregua de agosto de 1984, Medellín.

Fotografía: archivo particular.

196

•

197

haces tú cuando un hijo ya te dice que ese es su camino ¿Qué haces? Un hijo que no oye, ni ve, ni entiende.

De inmediato los uniformados dejaron en evidencia la importancia de que Fabiola compartiera el mismo espacio que ellos. Ese sitio en medio de una de las calles bogotanas, que dejaba al descubierto una escena de crimen, pudo ser el lugar de una doble escena del crimen. Sin prestar atención a las miradas amenazantes, ve en el piso un cuerpo semidesnudo, era un hombre, “el hombre que había compartido 32 años de su vida con una lucha revolucionaria al lado de sus hermanos y de su familia”, dice Fabiola.

–Recojan el cadáver– ordenó uno de los sujetos en la escena.

Su interior colapsó, pero ella sabía que no podía demostrarlo. “Tenía que ser fuerte”, relata. Sin mayor preámbulo, las preguntas en avalancha y las luces perturbadoras no tardaron en llegar. La constancia de que Fabiola había estado allí en ese lugar, ahora no solo estaba en la memoria de quienes la vieron, sino también en los medios de comunicación. Los uniformados ya no podían hacer nada, frustraron la idea de sumarle un muerto más a la escena del crimen.

El oficio periodístico, los colegas, o no se sabe qué logró salvarla. Algunos de ellos lograron sacarla del lugar, ahora estaba sentada frente a las pantallas de televisor que transmitían en directo para una cadena internacional la noticia de última hora: el asesinato de Óscar William Calvo Ocampo. Las ideas planteadas por años de lucha, la confianza que se había generado tras la firma de un acuerdo de paz, parecía que se desvanecían con solo escuchar esas palabras en el noticiero.

“Nunca se está preparado para que los seres amados nos dejen sin su presencia y menos cuando los obligan a abandonar la vida”, dice Fabiola con el café en sus manos, mientras sus ojos avellana me miraban fijamente.

Óscar William Calvo Ocampo había puesto las cartas sobre la mesa en el Museo Zea de Medellín, el 23 de agosto de 1984, junto a su hermano Jairo de Jesús Calvo Ocampo, conocido como Ernesto Rojas, ellos habían firmado los acuerdos de paz con el gobierno del presidente Belisario Betancur. Óscar propuso a través de un discurso carismático, la urgencia de convocar una Asamblea Nacional Constituyente.

“No cabe duda de que la firma del acuerdo de cese del fuego y de convocatoria del gran diálogo nacional que hoy compromete al partido Comunista Marxista Leninista y a su brazo armado el Ejército Popular de Liberación, representa un hecho histórico de especial importancia para el pueblo colombiano y para el país entero”, dijo en aquel momento.

Como bien lo dice Germán Toro, constituyente y amigo íntimo de la familia, ante el discurso de Óscar, “uno no se imagina que en 1984, un dirigente político de la izquierda marxista leninista vinculado a una guerrilla tuviera la



Consejo Editorial:  
Director: Oscar William Calvo O.  
Editores: Álvaro F. Uggas  
Jairo Ernesto Peña Zamudio  
Asesor: M. Conzuega



Publicación: Magisterio 02241/81.  
Tarifa Postal Reducida 132 Adpostal

Calle 24A No. 13A-96 Of. 201  
Apartado 47457  
Bogotá, Colombia

No. 34

QUINTA QUINCENA DE MARZO DE 1984

POR UN FRENTE REVOLUCIONARIO DE MASAS

\$ 15.00

# Colocar al centro del movimiento popular la lucha por la apertura democrática

Propone Oscar Calvo O.



Oscar Calvo.

## Referendum y Asamblea popular en Nicaragua

Propone el MAP (M-L)

En los cuatro años del triunfo sobre el somocismo, se celebró en Nicaragua un referendo electoral que culminó el cuatro de noviembre de 1983 con la elección de un presidente y una asamblea constituyente.

En la noche del 21 de febrero en Nicaragua se celebró una asamblea popular en la Plaza de la Revolución de Managua.

Según Ortega y el Consejo de Estado dio vía libre a las elecciones y decidirá próximamente sobre la edad mínima para votar que la Junta de Gobierno propone de 16 años.

Para a la página 11

"Obligar al régimen a comprometerse con una verdadera apertura democrática es el objetivo central que las luchas populares deben propiciar en este momento", enfatizó el dirigente político revolucionario Oscar William Calvo, al concluir la campaña política abstencionista el pasado 5 de marzo.

Aunque al efecto el director de UNIÓN iba a participar en un foro organizado por el Centro Educativo Nacional CENASEL, el cual no pudo realizarse al no asistir los ponentes Jorge Mario Eastman del partido liberal, Rafael Amador representante del Nuevo Liberalismo, Hernando Hurtado por el partido de Viento, Teófilo Pedraza por el partido conservador y Diego Bentancur por el Mlar, quienes incumplieron el compromiso.

Oscar William Calvo dijo que, para hablar de apertura democrática, el movimiento obrero y popular debe exigir y arrebatar a Betancur y su gobierno, unas reales garantías para que las organizaciones obreras y populares, y particularmente las políticas, puedan participar en un amplio debate sobre esta problemática.

"Esta propuesta ha sido planteada por varias organizaciones políticas revolucionarias y, en particular, por el Partido Comunista de Colombia (Marxista Leninista), que ha expresado su disposición para ordenar una tregua al Ejército Popular de Liberación, su

brazo armado, si dentro de una serie de condiciones, y como resultado de este debate político nacional sobre la apertura democrática, un evento decisivo plasma los elementos que abran un período de libertades políticas haciendo que el gobierno pase de los discursos demagógicos y promotores a los compromisos efectivos".

"No pueden abrigarse falsas ilusiones en la demagogia belarista y son, por consiguiente, la clase obrera, el pueblo y sus organizaciones políticas, incluida la guerrilla, las llamadas a conquistar con su lucha las libertades políticas y a obligar al gobierno a comprometerse en una real apertura democrática", fueron las palabras finales del dirigente marxista leninista.

### En Banco Popular

## Etapa Extralegal en negociaciones



Foto UNIÓN, Cines Ombra

Miembros del Banco Popular, han venido sucediéndose en todo el país. Los trabajadores agoran en pie de lucha.

Ver suplemento páginas interiores. Antioqueños Amenazan con un nuevo paro



Luego del combativo paro de 72 horas, millones de antioqueños se preparan para un nuevo paro. Ver suplemento páginas interiores.

## Propuestas para el pago de la deuda privada

Gobierno y grupos económicos expresan su opinión

El total de la deuda externa, que ronda los 11 mil millones de dólares, 4.000 millones corresponden al sector privado. Esta cantidad, aproximadamente el 36% del total, se incrementó en 1983, cuando teníamos un déficit de 16% del mercado financiero. Hoy deben pagar ahora los intereses de la deuda,

sino que lo deben hacer con pesos más devaluados, lo que implica una carga adicional. En 1983 la devaluación fue del 26% para este año tiende a incrementarse.

Las industrias se han declarado incapaces de atender el pago de intereses y de hacer aportes de capital a sus acreedores. El sector textil adeuda U.S. \$200 millones. La industria del cemento está al borde de la parálisis. El sector metalúrgico vive una situación

similar, sólo Paz del Río debe U.S. \$105 millones. Y dentro de las empresas de transporte aéreo, Avianca tiene obligaciones externas por U.S. \$180 millones. Según los industriales, la situación se debe al mayor ritmo de devaluación que ha impuesto el gobierno, a los bajos precios de sus productos, a las elevadas tasas de interés y a las obligaciones tributarias. En consecuencia, sus propuestas giran en torno a que se

les acepte disparar los precios, se imponga control a las tasas de interés, se disminuya la devaluación y se nacionalice su deuda. Pero de inmediato surgen las contradicciones del manejo económico: los exportadores quieren más devaluación para que sus productos no pierdan competitividad en el exterior; si se suben demasiado los precios se deprime aún más la demanda y se profundiza la recesión.

198  
•  
199

Periódico Unión creado después de la firma de paz de 1984 para asegurar la democracia colombiana.

claridad de lo que pudiera pasar y los puntos que podía tocar una Asamblea Nacional Constituyente”.

“Nosotros abogamos, luchamos y trabajamos por una verdadera apertura democrática en Colombia y cuando decimos eso es porque en Colombia existe una deformada democracia en extinción, pisoteada; que el pueblo colombiano quiere restituir porque el pueblo colombiano ansía derechos políticos. Por eso nuestra propuesta radica principalmente en que se dé una reforma de la participación popular directa, es decir, a través de una Asamblea Nacional Constituyente; que sea elegida por el pueblo con poder decisorio y que aborde la discusión y definición sobre los temas de reforma política, de reforma laboral, de reforma agraria, que aborde el estudio del problema fiscal y la deuda externa del país”, concluye.

Los militantes del Partido argumentaban que la forma adecuada para llegar a un desarrollo revolucionario en Colombia “era conquistar por lo menos la democracia, sobre todo en esa época” –dice Álvaro Villarraga– “teniendo en cuenta el fracaso de los diálogos del 84, la puerta de la Asamblea no alcanzó a coger vuelo”.

Muchas fueron las nuevas estrategias que surgieron a partir de esto, entre ellas la creación de “un periódico para hacer consciencia” –dice Villarraga– “donde surge el Periódico *Unión* en el que escribía Fabiola”.

Esta periodista sentía rabia con Óscar William, como si él fuera el culpable de su propia muerte, sabía que los mismos sentimientos que ella tenía por buscar un cambio en el país en el marco de la revolución, era lo que lo había llevado a abandonar este mundo.

Los minutos pasaban y con ellos las horas y los días, solo quedaba el recuerdo de aquel hombre que “vivía con intensidad, escribía y presentaba propuestas políticas que querían revolucionar las leyes colombianas” –dice Fabiola– “quien amaba a su pueblo y por eso luchaba por él”. Esos recuerdos que ya no eran sino eso, recuerdos.

“Óscar William siguió el camino sin mirar atrás. Para él siempre existió el aquí y el ahora, vivió de prisa como si fuese a morir en la tarde del día que vivía”, expresa.



## El anuncio

Fabiola continúa su camino sin abandonar las responsabilidades, cuatro criaturas que la esperaban en casa, dos niños y dos niñas que habían llegado después de sus veinte años, eran su motivación. Continuó su militancia con el poder del habla, militando y reclutando clandestinamente personas afines a los ideales del Partido Comunista Marxista Leninista de Colombia que quisieran hacer parte de esta revolución.

“Terminamos militando juntos y entonces ya la amistad tenía el componente de la militancia y aunque me pasé a otra carrera, teníamos la relación política, al punto que esa familia terminó siendo un segundo hogar para mí” –con cara de quien recuerda una época buena de su vida, Germán Toro agrega– “Fabiola era una estudiante absolutamente destacada, totalmente apasionada por las ideas del marxismo y por su partido, y con un compromiso que la sacaba del molde de cualquier mujer madre de familia”.

La militancia en la clandestinidad permitía que Fabiola llevara una vida normal ante los ojos de quien no la conocía. Una tarde en uno de los Congresos de Fedoce en Neiva, llegó alguien del Partido Comunista a coordinar todas las fuerzas asistentes; de lejos se divisaba a un hombre de mediana estatura, cabello corto y tez clara que caminaba entre la multitud, despertaba algunas miradas por donde pasaba; “cuando hicimos el contacto directo con esa persona, ¡Qué sorpresa! era Fabiola disfrazada” –entre risas habla Germán–



Pastora Ocampo y  
Fabiola Calvo Ocampo.  
Fotografía: archivo particular.

200

•

201

“fue en la clandestinidad, le habían encomendado la tarea de coordinar las fuerzas del partido en ese congreso, llegó irreconocible con peluca y con sombrero”.

La vida parecía continuar de manera normal, “a pesar de haber dejado una huella imborrable para la Familia Calvo Ocampo”, expresa Fabiola. Sin embargo, mientras intentaban superar los hechos pasados, a su madre Pastora le llega un comunicado en el que le avisaban los próximos muertos de la familia. “Señora, prepare su nuevo luto, los siguientes serán Héctor y luego la periodista”.

La vida de Fabiola se derrumbada de nuevo, cuando ni siquiera se había terminado de levantar. El país seguía inmerso en la violencia y “el Partido Comunista Marxista Leninista reclamaba una revolución similar a la de los cubanos, a la de los chinos, al modo de las revoluciones en África, a manera de lo que había dejado la Segunda Guerra Mundial”, dice desde un edificio en el Centro de la capital, Álvaro Villarraga. “La solución era hacer un partido clandestino con tesis que determinaban que Colombia está regida por un régimen oligárquico con la violencia de los años 50”. Violencia que llegaba cada vez más cerca a cada uno de los miembros de esta familia de Cartago.

\*\*\*

Las fotografías se convirtieron en el centro de memoria, Fabiola revisaba con nostalgia cada álbum al que tuviera acceso, las imágenes de sus hijos, de sus hermanos, todas llenaban de lágrimas sus ojos.

Salimos a caminar, tantas horas en la oficina no dejan sino cansancio. Ya eran las tres de la tarde.

— ¿Existen fotos tuyas en las que aparezca como militante del Partido?

— (Risas) No, la clandestinidad estaba incorporada en la vida cotidiana que no se veía en las fotos, se cargaba en el cuerpo, en el alma, en el espíritu, en cada acción del día.

Ella tenía claro que de no tomar una decisión era posible extrañar no solo a Óscar William, sino también a alguno de sus otros hermanos. Pero ¿Qué decisión tomar?, muchas preguntas pasaban por su cabeza, en ese mar de pensamientos que atravesaban una tormenta. El timbre del teléfono la despierta. Ese sonido ya no era agradable pero no tenía otra opción más que contestar. Una

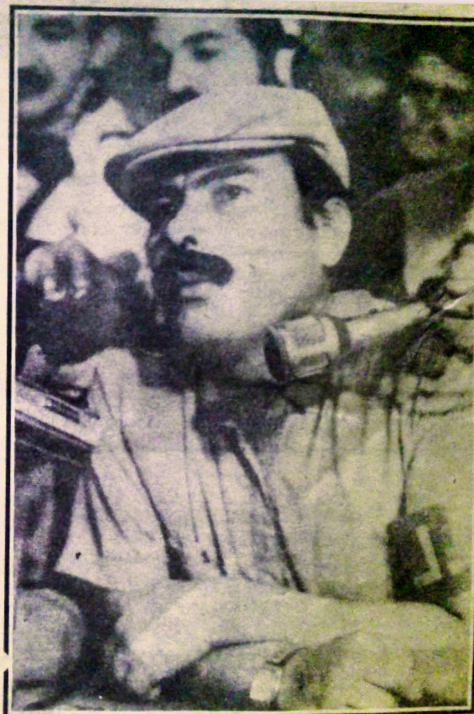
# ERNESTO ROJAS PRESENTE!!

**H**ace seis años, el 15 de febrero de 1986, fue detenido, torturado y asesinado por el régimen nuestro inolvidable Camarada y Comandante Ernesto Rojas.

Al recordarlo hoy, el Partido y el EPL le rinden un homenaje a su vida y a su obra, el mejor que puede brindarse a nuestros héroes: la continuación de la lucha obrera y popular por la liberación nacional y la revolución social.

El ejemplo de Jairo de Jesús Calvo, que era el nombre de pila de Ernesto, es digno de seguir por los comunistas y los revolucionarios.

Siendo muy joven ingresó al Partido y al EPL y fue trasladado de Cartago, su patria chica, al frente de guerra que desarrollaba la organización guerrillera en el noroeste del país. Allí se destacó como militante y combatiente y se convirtió en un importante cuadro político y militar. Desde el proyecto de las FE, Fuerzas Especiales, y en medio de la lucha contra los traccionalistas del 74, adquirió experiencia urbana. En 1975 fue detenido, juzgado en Consejo de Guerra y condenado. Como preso político pasó gran parte de su condena en Gorgona y fue liberado al levantarse el



(PASA PAG 6)

202

•

203

Periódico *Revolución*.  
Conmemoración del asesinato  
de Jairo de Jesús/Ernesto Rojas.

voz agitada y ahogada suena a través de la bocina –“Me van a dejar sin hijos”– sus ojos se convierten en ríos de agua salada que solo expresaban el dolor que podía sentir.

“Héctor sólo tenía un pecado, tener hermanos y hermana comprometidos con la revolución, además de cantar desafinado tangos y ranche-ras”. Los ojos de Fabiola quedaban fijos ante el ventanal por el que se puede ver la calle 26, el ruido de teclados y la multitud de periodistas que transitan por la sala de redacción parecen quedar inmersos ante su historia, aunque nadie más estaba escuchando.

Luz Estela, su hermana menor, también había sido herida en el atentado, pero ella había corrido con la suerte de no perder la vida, “ya no habían dudas de que estaban en el plan de acabar con la familia, entonces realmente hubo mucho desconcierto y la única propuesta que yo veía viable era salir del país”, decía.

## Consejo de guerra

Diez años atrás, muchos jóvenes habían desaparecido. El ejército había detenido a un grupo de hombres que se encontraban en prácticas militares. Ernesto era uno de ellos. Fabiola a pesar de querer estar liderando la búsqueda de su hermano, no podía hacerlo, ella pertenecía en la clandestinidad y no podía salir de ella; de descubrirla podría ser un blanco para la organización. Pastora, la madre de Fabiola, fue quien tuvo que asumir el camino de herradura para llegar a su hijo. Ni en los hospitales, ni en las cárceles, ni en los batallones dieron razón alguna sobre este joven de veinticinco años.

El 28 de julio de 1975, un periodista que se enlista en los ideales socialistas muere al enfrentarse, en la ciudad de Cali, a cuatrocientos soldados dirigidos por el capitán Gonzales, hombre que más tarde irrumpiría en la tranquilidad del hogar de Fabiola y que se llevaría también a Francisco, su esposo. Llegó la noche y Fabiola de pie junto a la ventana, esperaba la llegada de su compañero, las horas pasan y se da cuenta que no llegaría. Francisco desapareció por quince días.

La ausencia de su esposo, le abrió la posibilidad a decenas de uniformados de llegar a su casa sin ser invitados. “Leyeron documentos, destrozaron otros cuantos, revolvieron todo, desbarataron su hogar. No encontraron nada.” Narraba Luz Marina, amiga de universidad de Fabiola, quien vivió con ella esos momentos.

Pasaron treinta días, los recorridos por la ciudad, las indagaciones entre amigos, familiares y varios abogados, terminaron. Ernesto apareció en la Cuarta Brigada del Ejército. Los campesinos, los sindicatos y la Organización para los Derechos Humanos de Medellín se manifestaron, protestaron “frenaron el objetivo de los militares”, asegura Fabiola, y así como bien dice la frase popular: “La unión hace la fuerza”.

— ¿Quién era el preso 762?

— Era Jairo, a ellos los condenaron en primera instancia, o sea que de una manera arbitraria e ilegal se los llevaron para la isla Gorgona.

Los militares habían convocado un consejo de guerra para juzgar a sesenta y dos civiles. Les había faltado reclutar a otra persona más. Fabiola Calvo Ocampo debía ser la número sesenta y tres, pero la criatura que crecía en su vientre la protegía. “El ejército estaba muy pendiente de mi embarazo, de cuándo iba a dar a luz y el objetivo era mi detención, o sea hacer parte del consejo de guerra”. Sin embargo, con la velocidad en que transcurrían los hechos y “la audacia de Ernesto, él pasó de acusado a acusador”, cuenta la periodista.

“Si analizamos la historia de la violencia y de las guerras en Colombia, nos daremos cuenta de que no es un fenómeno nuevo ni temporal, y que las guerras en Colombia, y que su razón de ser, no ha estado en unos cuantos agitadores profesionales enemigos de la paz, sino en los propios explotadores y opresores, señor fiscal: siempre han tratado de esconder las verdaderas causas de la miseria, la descomposición social y todo cuanto padece la sociedad actual...”

Gracias a la defensa política de Ernesto, “se abren nuevas metas para el Partido como la Organización Política Frente Popular, la Unión Democrática, y el periódico *La Unión*”, dice Germán Toro.

## Preparando el vuelo

La muerte rondaba de cerca a los Calvo Ocampo. Fabiola me miraba y retrocedía en el tiempo, la tranquilidad con que hablaba sobre su pasado era para asombrarse. Tal vez, el tiempo que pasó fuera de casa sanó sus heridas.

Las amenazas no tardaron en manifestarse en la casa de la familia, la pérdida de dos de los hermanos anunciaba una tercera. Una llamada telefónica advertía el nuevo luto: “La siguiente será la periodista”.

La desconfianza crecía, era difícil ver a todos los militantes del partido de la misma forma, “desde hacía varios años venía reuniendo gestos, actitudes” —cuenta Fabiola— “suficientes para andar con la mosca tras la oreja”. No solo temía por su vida, temía por la vida de sus seres queridos, en especial por la vida de su hermano Ernesto.

— “Eres muy confiado, cuídate porque tú quedarás en la boca del lobo”, le repetía a Ernesto.

Ella presionaba a Ernesto y su familia la presionaba ella. Sabía cuál era la decisión que debía tomar, solo que ella no quería hacerlo. “Emigras cuando quieras, y si estás muy mal de plata y quieres irte a buscar dinero, tienes dos opciones: o quedarte o irte, pero cuando estás amenazada no tienes la opción. Te vas o te mueres.” Según un estudio económico y social de la ONU, entre la década de los 30 y mediados de los 60 predomina el exilio individual de las figuras políticas que se ven obligadas a abandonar sus países ante la persecución de los dictadores caudillistas y personalistas. Ella no se había ido en el exilio en los 60, ni tampoco se había ido sola, se había ido en los 80 con su esposo y sus cuatro hijos, bajo las mismas condiciones de 20 años atrás.

Como dice el libro de su autoría: *Hablarán de mí*, “se debatía entre su convicción de continuar en la lucha por una sociedad igual para todos, hacerlo en su tierra de indios, negros y mestizos; en su tierra con mares, montañas, llanura, selva, desierto; en el lugar de sus ancestros donde tenía sus raíces. Allí donde estaban sus muertos y sus vivos”.

Finalmente tomó la decisión de no irse en situación de exilio, estarían de viaje un tiempo y en cuestión de meses volverían los seis a casa. Lo mejor era que ella viajara primero con los dos niños que estaban más expuestos, se instalaran y que después Francisco viajara con las dos niñas.

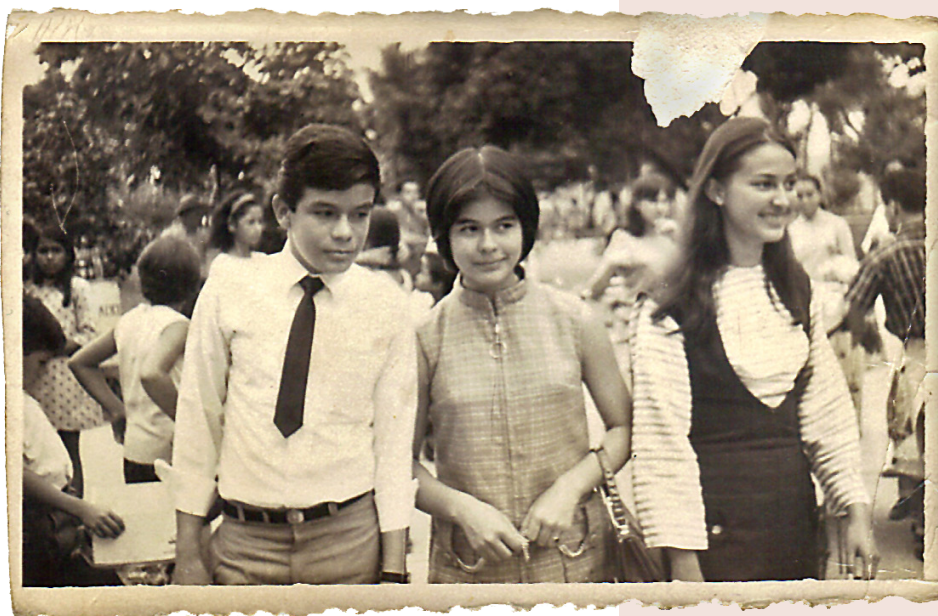
— ¿Cuándo se enteró que estaban exiliados en España?

— Me di cuenta viviendo aquí (España). La historia que a mí me contaron no era esa, sabes, la historia que a mí me contaron de chiquita era que nos veníamos de vacaciones. Cuenta Sara Asprilla Calvo, hija de Fabiola.

## El exilio

La gente pasaba con maletas, muchos de ellos con caras felices por el viaje que emprendían. Ella miraba a su esposo y a su familia, los pasos se hacían densos y su reflejo se veía en el piso brillante de aquel lugar, la tensión se sentía en el ambiente.





Óscar William, Fabiola y la prima Sofy, de paseo en el Parque la Isleta en Cartago.  
Fotografía: archivo particular.

— Mamá, y ¿a dónde vamos a llegar? preguntó Alejandro.

— A un hotel.

— ¿Y con quién vamos a vivir? ¿Cuándo va a llegar mi papá?

Preguntas que se quedaban sin respuesta, para el mayor de los cuatro. Ya era un hecho. El avión despegó y se separaba de su tierra natal. Viajaba a unirse al 48,6% de las mujeres que representaban las migraciones internacionales.

Los primeros años fueron los más difíciles. Acoplarse a España, un país en el que el 12% de la población es extranjera, no se libra de una ola de racismo. La xenofobia era la nueva forma de violencia a la que la familia Calvo Ocampo se estaba enfrentando.

— ¿Sufrieron algún tipo de discriminación?

— Todos los días, eso era a diario. Estuvimos al principio en un colegio especial para niños inmigrantes, niños asilados. Terminamos en un barrio obrero porque habían amigos de mis papás o bueno, no eran amigos realmente, era gente que había llegado como en circunstancias parecidas, era horrible, yo creo que mi infancia y la de mis hermanos fue una pesadilla, totalmente una pesadilla, eran golpes y puños todos los días, nos tocó aprender a defendernos, cuenta Sara.

Ya había pasado un año desde su llegada a España y no obstante no dejaban de llegar las malas noticias.

— “Mamá, que llame a Álvaro, el de Pereira”, dice Alejandro.

Efectivamente, Fabiola sabía que no podía ser algo bueno. “Mataron a Ernesto” – decía una voz al otro lado del teléfono. Militantes del Partido lo entregaron a “la boca del lobo”.

La situación se tornaba cada vez más difícil, a Fabiola le costaba socializar, sus temores seguían presentes. Sin embargo, ella tenía como propósito fortalecer a su familia de algún modo. “Lo que pasaba, era que a pesar de esas dificultades fuimos una familia super unida y super feliz entre comillas” – dice Sara– “Eso sí que ha sido una suerte, en medio de todo hemos tenido tanto amor dentro del núcleo familiar, de los tíos, de los abuelos y sobre todo de nosotros acá que estábamos solos, que nos ha protegido de millones de cosas, entre todas de no volvernos locos”.

Pasaron meses y meses, hasta que hicieron finalmente los trámites para el exilio, no tenían otra salida “si hubiésemos tenido plata no habríamos tenido por qué exiliarnos de derecho, pero qué hacíamos con cuatro muchachos y los dos sin trabajo”, dice Fabiola.

## El regreso

El pavimento pasaba rápidamente debajo de nuestros pies, risas acogedoras era la música de aquella tarde de septiembre de 2013. Fabiola miraba con amor y alegría las montañas que se divisan desde la calle 26 con Avenida Esperanza, esas montañas que nos observan cada día y que acuñan la Iglesia de Monserrate.



208

•

209

Oviedo, ciudad capital del Principado de Asturias, España. Fabiola un mes antes del regreso a Colombia en el 2009. Fotografía: archivo particular.

— ¡Cómo las extrañé!

— ¿Por qué le gustan tanto las montañas?

— Madrid es un lugar árido, volver a Colombia fue volver a ver a mis montañas, al paisaje con el que crecí.

Me decía mientras caminábamos engarrotadas bajo la lluvia de la capital.

El deseo de volver al hogar crecía cada vez más, a pesar de que Fabiola le recordaba a sus hijos sus raíces colombianas y visitaban el país a menudo, “ella sentía el deseo de volver a cerrar los capítulos de la revolución que quedaban aún abiertos”, cuenta Luz Marina.

En el 2007 finalmente deja su vida española atrás.

¿Cuál fue su reacción, ante la decisión de su madre, de volver a Colombia?

Pues sinceramente esto no se lo he dicho nunca a mi madre, pero no me hizo mucha gracia, porque toda la vida hemos vivido con ese miedo de volver y eso se te queda sobre todo si eres pequeño, se te queda grabado en el tuétano, entonces, siempre existió ese miedo, qué podía pasar si volvíamos. Yo todavía tengo, a veces como pensamientos que se me cruzan y trato de decir ¡No, todo está bien, no pasa nada!, expresa su hija Sara.

31 años han pasado y los recuerdos siguen vivos, generan dolor y han fortalecido a esta mujer “inteligentemente brillante” como la describe su hija o, en palabras de su mejor amiga Clara Inés ex guerrillera, “una mujer alegre, muy comprometida, agradable y muy fácil para la convivencia”.

¿Cree que han sanado sus heridas?

— Yo sí creo, le ha dado muy duro, ha sido muy difícil, pero ella a punta de tesón, de transformar y de creer en la paz, de construir cosas nuevas y de creer en las mujeres lo ha ido transformando, dice Clara Inés.

Una periodista puede tener más formas de expresar lo que siente. Puede escribir un artículo, un libro, crear un programa y seguir en la lucha por la verdad. Fabiola llegó a Bogotá a terminar la recopilación del libro que había empezado en España, su ser regresó a luchar en la capital del país colombiano, a conocer y a convivir con la propuesta materializada de Óscar William, que podía ver ahora en la Constitución Política de Colombia 1991.





ESTE LIBRO EDITADO POR LA  
UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ  
JORGE TADEO LOZANO  
SE TERMINÓ EN EL MES  
DE MARZO DE 2017







UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO

[www.utadeo.edu.co](http://www.utadeo.edu.co)